



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcon, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, *Albuerné*, *Ardanaz*, *Ariaca*, *Arrieta*, Balaguer, *Barati*, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, *Borao*, Borrego, Bueno, Bremon, *Bretón de los Herreros (Manuel)*, Blasco, *Cábo Asensio (D. Pedro)*, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, *Cortina*, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), *Durán*, *Duque de Rivas*, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, *Eguilaz*, *Escosura*, Estrella, Eulate, Fabié, *Ferrer del Río*, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guorra, Fernandez de los Ríos, Formin Toro, *Flores*, *Figuerola*, Figuerola (Angusto Suarez de), García Gutierrez, Gayangos, *Galvete de Molina*, (D. Javier), Graells, *Giménez Serrano*, Giron, Gomez Marin, Guijarro, Güell y Renté, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, *Janner*, Labra, Larra, *Larrañaga*, *Lasala*, Lezama, Lorenzana, Llorente, *Lafuente*, Macanáz, Martos, Mata (D. Guillermo), *Mata (D. Pedro)*, Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, Olavarría, *Orgá*, Ortiz de Pinedo, *Olzaga*, Palacio, *Pasaron y Lastra*, Pascual (D. Agustin), Perez Galdós, Perez Licio, Pi y Margall, Poy, Reinoso, Retes, Revilla, *Ríos y Rosas*, *Rivera*, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, *Sanz Perez*, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, *Segovia*, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, *Ulloa*, Valera, *Velez de Medrano*, *Vega (Ventura de la)*, Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre.—Europa: 60 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Setiembre de 1879.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Alcalá, 35, principal.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—*Francia, Rusia y Alemania*, por don Fernando Velarde.—*La guerra del Pacífico*, por nuestro corresponsal de Londres.—*Memorias históricas y autobiográficas*, por D. Andrés Borrego.—*Notas y apuntes de un viaje por el Pirineo y por la Turana*, por D. Antonio María Fabié.—*Santa Teresa y sus escritos*, por D. Juan Valera.—*Electricidad y magnetismo*, por D. José Echegaray.—*La retirada*, cuento-sucedido, por don Carlos Coello.—*Los bufones en la antigüedad*, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—*Dolores*, novela, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—*Revista española*, por D. Andrés Mellado.—Anuncios.

REVISTA EXTRANJERA.

Convirtamos los ojos, si á mi lector le place, al conjunto de la política europea, aunque falten hechos dignos de narrarse y mengüen por ende la novedad y el interés de estas narraciones. Sucédele á la política en verano lo que á ciertos animales en invierno, duerme. Los reyes andan, los Parlamentos huelgan, los negocios vacan, los políticos veranean, las pasiones treguan; por fin, toda vida regular suspende su curso, y toma algun que otro baño en rápido Leteo, cuyas ondas, olvidadas y hundidas como el Guadiana en la Mancha y el Ródano en la Saboya, durante Agosto y Setiembre, reaparecerán con brillo y con estrépito, henchidas de ricos caudales, en el Octubre próximo. Así la Cámara de Versalles ha suspendido sus sesiones en el sitio real de Luis XIV, y se ha citado para Noviembre en la tempestuosa y radical ciudad de París. Destino singular el de ese sombrío Versalles, fundado para albergar á un Dios. La naturaleza habrá de someterse allí á las líneas geométricas de Le Notre y el génio á las reglas clásicas de Boileau, porque así gusta á un monarca, creído de que la nacion entera se ha refugiado en su persona, número y medida de todas las cosas, legislador absoluto en el espíritu y en la materia, especie de déspota asiático, el cual, con todo su poder y toda su fortuna, dejará por fuerza en el suelo y en el espíritu los gérmenes de la revolucion universal, destinada providencialmente á destruir para siempre las monarquías absolutas en toda Europa. Singular destino, repito, el de Versalles. Los árboles se hallan alineados como los cortesanos que aguardan la hora de levantarse el monarca; las flores recortadas, como las tragedias que obedecen las tres falsas unidades aristotélicas; las paredes

revestidas de bronce áureos y de lienzos aparatosos, semejantes á las altas pelucas de los gentiles-hombres y á los redondos tontillos de las damas; el agua de las fuentes, sometida, como todo, en aquella cárcel de esos pueblos, en aquel tabernáculo de un rey, á la matemática que regula desde el paso de los mosqueteros hasta la actitud de las estatuas; el espíritu y la naturaleza encorvados bajo el Código abrumador de la etiqueta; y sin embargo, el rey, que se molestaba cuando le traian á las mentes su igualdad con los demás mortales en el seno de la muerte, ha muerto; y los salones y jardines, arreglados para albergar su inmortalidad, han tenido que presenciar en la rotacion vertiginosa de los tiempos, allá por 1788, el juramento del juego de pelota y la reunion de los Estados generales que abrieran la edad de las democracias, y ahora, en 1871, el advenimiento de la tercera y última Republica, que la consagrara el triunfo definitivo del pueblo francés sobre su vieja y gastada monarquía. *Sic fata voluere.*

Las sesiones del Parlamento no se han suspendido sin haber suscitado antes alguna agitacion y agitacion subidísima, con motivo de la ley Ferry, cuyo contexto, despues de reivindicar para la suprema autoridad del Gobierno la expedicion y la sancion de los grados académicos, prohíbe á las corporaciones, expulsadas legalmente del territorio francés y sólo consentidas por antigua tolerancia, el ejercicio de la pública instruccion.

No cabe dudarle de ninguna suerte. La primera Asamblea de Versalles, la Asamblea monárquica, padeció ceguera tan grande y espesa que, en provecho del clero y de las Universidades clericales, arrancó al Gobierno una de sus supremas funciones, como la validacion de los títulos académicos. En absoluto, en pura teoría, con arreglo al derecho natural escrito en la conciencia, como norma de las instituciones, la facultad de enseñar debe contarse entre las primordiales facultades humanas, y el Ministerio de todo Estado reducirse á la seguridad de su completo ejercicio, como á la seguridad de todas las manifestaciones, en todos sus aspectos, de la inquieta actividad del hombre, sin más límite ni cortapisa que el derecho igual de sus semejantes y conciudadanos. Pero en el período de transicion que atravesamos, no pudiendo los Estados modernos dejar á la pura espontaneidad social y á los derechos individuales el ministerio de la instruccion, á cambio de cumplir el deber de mantenerla y defenderla, reivindican para sí el derecho de otorgar sus honores y sus títulos. La renuncia á tal autoridad supone una serie de renunciaciones análogas, como dejar

de proveer al culto, de asistir al clero, de pagar á los catedráticos, de tener cuerpo oficial docente, y de asegurar el ejercicio y la validez y la legalidad de ciertas profesiones científicas. El día que el Estado abdique sus facultades universitarias, debe abdicar tambien sus facultades religiosas, y permitir el libre ejercicio de todas las profesiones. Pero mantener tres ó cuatro iglesias del Estado, varias Universidades del Estado, como sucede en Francia, y luego prohibirle á ese Estado, tan fuerte y poderoso, lo más necesario á tan supremas facultades, la colacion de los títulos académicos, resulta una de las mayores inconsecuencias que puede cometer el falible criterio de los legisladores. Por consiguiente, dada la legislacion y las instituciones de la República vecina, M. Ferry ha procedido perfectamente, y sólo hay motivos para alabarle y enaltecerlo, en reivindicar para la suprema autoridad política la validez de los grados académicos. Nosotros, que en la revolucion de Setiembre, llevamos las reformas mucho más lejos quizá de lo debido, si á lo reciente de nuestra libertad y á lo inexperto de nuestra República se atiende, nunca imaginamos ni en los días de mayor entusiasmo radical, desceñirnos de prerogativas, sin las cuales apenas pueden concebirse y explicarse los Estados modernos. Y nuestra misma reaccion presente, con ser exagerada en sus tendencias clericales, con oponer veto á los catedráticos libre-pensadores, con maquinan en pró de toda tendencia exclusiva y atrasada, no llega á donde llegó la primera Asamblea de Versalles; y no abdica, por complacer al clero, en aras de la Iglesia, esenciales atributos del Estado.

En este punto, la ley dictada por Ferry, mantenida por el partido republicano en su inmensa mayoría, aceptada por la Cámara baja, puesta á discusion ya en la alta Camara, merece el aplauso de todos cuantos por el progreso de la ciencia se interesan y responde á una de las reivindicaciones que más necesitaba la república y que más exigian las circunstancias. No puede dudarse, no debe dudarse; la colacion de grados, como dicen los franceses, en el estado actual de la cultura pública en los gastos del presupuesto, en la extension de las facultades gubernamentales, en los privilegios restantes aun al clero y á la Iglesia, en la existencia de cuerpos docentes, en todo este conjunto de circunstancias históricas corresponde y debe corresponder á gobiernos que velaban para la nacion, y en la nacion mantienen, ó en sus poderes declarar, siquiera sea transitoriamente, una parte considerable de las facultades que en otro tiempo y para otros fines tuvieron las antiguas monarquías.

No cabe en este punto duda de ningún género.

Más precisa medir las consecuencias de esta doctrina y no llevarla demasiado lejos. Los Estados contemporáneos, á pesar de ser más laicos y más progresivos que los Estados del último siglo, no pueden de ninguna suerte intentar lo que ellos intentaron, la expulsión total de ciertas corporaciones religiosas, ni siquiera la prohibición de la enseñanza en ellas, sin arriesgarse á herir este principio divino de la libertad, cuya sombra benéfica debe extenderse así sobre nuestra frente como sobre la frente de nuestros mayores enemigos. Lo que hizo Carlos III de España, José II de Austria, Luis XV de Francia, no pueden hacerlo hoy Cavour con todo su talento, ni Bismark con toda su fuerza. El sentimiento reaccionario, que protege á la orden de los jesuitas, como ejército permanente que es de la reaccion; y el sentimiento liberal, que pide el derecho para todas, se juntan á una en la obra comun de reivindicar esas facultades tenidas por esenciales á la naturaleza humana. Leed, para penetraros de esta situación singularísima, los periódicos ultramontanos y los periódicos ultra-democráticos, y vereis cómo aquellos, por sostener el privilegio de una clase teocrática, y éstos por sostener el derecho de la naturaleza humana, coinciden para desgracia de la nueva ley en combatirla y en negarla. Ferry, en su defensa, sólo acierta á parapetarse en el recuerdo de leyes olvidadas. ¡Ah! si el vigor legal debiera llevarse hasta donde pretenden los defensores del artículo sétimo, habria que comenzar por prohibir los conventos de jesuitas y por lanzar á sus eclesiásticos del territorio francés. Mucho han dañado á Francia como á España en estos últimos tiempos; mucho han contribuido á la reaccion universal.

Ellos y sólo ellos, mantuvieron la intervención militar en Roma que enagenará á Francia el concurso de Italia; ellos y sólo ellos, propagaron ese ultramontanismo rematado por la declaración de la infalibilidad pontificia que en vano pretende ahora moderar la sabiduría y la prudencia del Pontífice Leon XIII; ellos y sólo ellos, han dado á la Iglesia ese carácter exclusivo y estrecho dentro del cual no cabe el espíritu moderno: ellos y sólo ellos, han tratado de entregar por continente á la reaccion algo más grande que el lecho de los Océanos infinitos, el corazón de Jesús; ellos y sólo ellos, han fundado esa escuela neo-católica tan dañosa á la razón como á la fé; pero hay otras armas mucho más aceradas para combatirlos que la prohibición de un derecho natural y las inútiles persecuciones oficiales. El jacobinismo de mi querido é ilustre amigo Ferry ha de resultar en la libre y republicana Francia al cabo de cierto tiempo, tan inútil á este fin como ha resultado inútil en la sometida Alemania, fascinadísima por la victoria, el cesarismo de Bismark. Estas, y aun mayores razones, han debido mover el ánimo de Julio Simon á oponerse con todas sus fuerzas al art. 7.º, abriendo una campaña en la alta Cámara contra su redacción y su sentido. Mucho habrá costado á Julio Simon este acto; primero, porque no se compadecen con su temperamento las resoluciones extremas, y segundo, porque no se oculta á su inteligencia el desenfreno de las iras políticas. Quizá, después de la implacable guerra abierta por el clero; después de los escándalos promovidos por los bonapartistas; después de la agitación extrema en que cayeran todos los partidos, conviniera más al grande orador, que es una de las glorias del siglo, y á su causa, que es la causa de la República conservadora, esquivarse al combate, recurrir á la abstención, y declinar completamente en un Gobierno al cual no puede en buena política oponerse con fuerza, la responsabilidad de ciertas leyes traídas al debate con impremeditación. Sobre todo, lo que principalmente convenia hoy á un republicano cuyo nombre é importancia tanto interesan á la República, era no anudar tan estrechas inteligencias con la oposición clerical del Senado, ni aspirar por ciertas combinaciones parlamentarias más hábiles que útiles, al vano honor de presidir la comisión. Pero, aun dado que en esto cometiera faltas mayores, no hay razón alguna para abrir contra él de manera tan despiadada, la guerra que han abierto los republicanos adictos á las nuevas leyes. Si una vida privada sin mancha, si una vida pública sin sombra, si palabra elocuente y escuchada de todos, si historia brillantísima, si largos servicios prestados á la causa republicana, si una personalidad tan alta como la personalidad de Julio Simon, ilustre orador, ilustre filósofo, ilustre republicano, no ha de inspirar ningún respeto al partido republicano, porque en un caso particular se opongá á sus ideas y contraste sus aspiraciones, sobrevendrán las gerarquías artificiosas é históricas, ya que nada pueden contra la soberbia y la irreverencia del mayor número las gerarquías naturales y legítimas. Julio Simon se ha defendido con soberana elocuencia en su discurso de Nancy, consagrado á la vida y á la política de Thiers, diciendo que este repúblico, entre sus virtudes cívicas, tenia la de arrostrar con calma las iras de su partido y renunciar con abnegación al goce de la popularidad.

La legislatura se ha suspendido, y la ley no ha entrado en debate, que por necesidad habia de inclinarse á la violencia, como inspirado y mantenido por sendas y encontradas pasiones. Cuatro meses de reposo en el hogar, de comunicación con los electores, de debates tranquilos entre correligionarios, de mútuas concesiones, quizá logren unir al partido republicano en este como en otros

negocios que á primera vista parecían más áridos, y traer una conciliación estrecha entre todos, tan necesaria al desarrollo pacífico y regular de las libertades públicas como á la consolidación y robustez de la naciente república.

En Alemania, después de haberse verificado el año último unas elecciones, háblase para este año corriente de otras nuevas. Mala señal tamaño menudeo de llamamientos al voto público, porque indica, ó bien imprevisión y debilidad en las leyes é instituciones, ó bien discordia entre las tenaces aspiraciones de la conciencia nacional y las tendencias decididas del Gobierno. ¡Ah! No hay medio humano de saber á qué atenerse cuando los impulsos de una inteligencia y de una voluntad, grandes sí, pero también arbitrarias, reinan allá en las altas regiones sociales, y con facilidad y prontitud inapreciables por lo rápidas, como un órgano tañido por muchos dedos y pronto á producir toda sarta de notas, pásase desde la política revolucionaria á la política feudal; desde el trato íntimo con los socialistas á las persecuciones sañudas; desde el papel de un emperador excomulgado como el brillantísimo rey de Sicilia, al papel de un emperador sometido como el célebre penitente en Canosa; desde las teorías del libre cambio á las teorías de la protección; desde la unidad germánica intentada con los liberales, á la unidad germánica sostenida por los conservadores; cambios bruscos de temperatura moral, tan dañosos á la salud de las naciones como los cambios bruscos de temperatura física á la salud de los individuos.

El príncipe de Bismarck, que lo ha hecho todo, disolver el Austria antigua, fundar la Hungría moderna, romper el imperio francés, emancipar á Roma y á Venecia, concluir la unidad de Italia, realizar el sueño de los profetas de Francfort, respecto á la nueva Alemania no ha logrado hacer lo que á cualquier república de tres al cuarto le parece hacedero en nuestra España; no ha logrado hacer un partido dispuesto á obedecerle en sus caprichos y á seguirle en la parábola de su errante curso á lo cometa. Hay allí los partidos ultramontanos que suspiran por una intolerancia tan provechosa á la Iglesia católica, como á la Iglesia evangélica, á todas las Iglesias burocráticas; los partidos feudales, llamados agrarios por antífrasis, y que pretenden leyes agrarias como los Gracos romanos, pero á favor del privilegio y de la aristocracia; los partidos particularistas, compuestos de cuantos quieren las antiguas autonomías locales y detestan la unidad avasalladora y absorbente del imperio; los partidos separatistas, que forman los trece diputados polacos, tenaces en sus reivindicaciones, el único diputado danés, más tenaz todavía, si cabe, en demandar la reincorporación del territorio que representa á la patria comun, y la mitad por lo menos de los diputados de Alsacia y de Lorena, intransigentes en sus ideas é implacables en su odio á la conquista y á la victoria; los partidos nacionales-liberales que se parecen mucho á nuestro partido constitucional; los partidos conservadores, que se parecen un poco en verdad á nuestro partido moderado-histórico; los partidos progresistas, semejantes al radicalismo español cuando la echaba de monárquico, los socialistas de la cátedra, muy templados, y los socialistas del club, muy revolucionarios; y hasta diez ó doce salvajes, así llamados por su feroz independencia, y que ora van con unos y ora con otros, anteponiendo las cuestiones económicas á las cuestiones políticas, ni más ni menos que nuestra malograda sección tercera; partidos en los cuales han desaguado, como afluentes, muchas de las antiguas agrupaciones, sobre todo, aquella brillantísima República del cuarenta y ocho, que apenas existe después de las empresas Bismarkistas, y con tantos nombres, banderas, divisas, agrupaciones, programas, doctrinas y tendencias, no se ha compuesto con ejército, decidido á entregarse de grado á formar la guardia negra de un César, tan grande como el que ha conseguido sacar incólume la patria alemana de tantas apocalípticas batallas y refundirla en su reciente é increíble unidad imperial, que parece un sueño de la mente y una fantasía de la Historia. Y hé ahí lo que busca el príncipe de Bismarck en sus continuas elecciones; un partido como él, que le acompañe á todas partes; tan fácil para sonreír á la santa Rusia como á la Gran Bretaña, según los golpes de la fortuna; tan dispuesto á la guerra como á la alianza con la nación francesa, según la corriente de los sucesos; flexible hasta arrodillarse ó erigirse ante Roma, según las necesidades de la política interior; que abra ó cierre las aduanas según las exigencias del presupuesto imperial; en el creer nulo, en el pensar vario y cambiante, en el hacer pronto, de pocos escrúpulos y de muchas tragaderas; ora socialista y ora jesuita; captando á través de todos estos rodeos y de todas estas resoluciones, dos cosas capitales: el afianzamiento de la unidad germánica y el predominio de Prusia sobre esta maravillosa unidad, gloria imperecedera del nombre ilustre que ha de legar á las venideras generaciones el canciller alemán.

Más la dificultad de dar á un partido el temperamento de un hombre se ofrecerá siempre como insuperable aun á la habilidad y á la perseverancia de un Bismark. Y habrá todavía otra dificultad mayor y más grave, el que todo partido, aun resuelto á ser el cuerpo de una sola cabeza, ha de tener propio organismo, entrañas distintas del cerebro, y ha de pugnar por una existencia propia é independiente. Y si es un partido parlamentario, como no puede menos, porque al Parlamento se

destina y consagra, ha de reclamar por fuerza aquella latitud de instituciones, sin las cuales no puede existir el régimen moderno. Así es que, habiendo en Alemania tantos cuerpos electorales, tantas cámaras varias, cuatro ó cinco constituciones, sufragio universal, sufragio por grupos, votos de delegados, comicios innumerables, todos los partidos reclaman á una voz y con igual insistencia el régimen constitucional, en apariencia acaparado por el férreo Emperador, y en realidad por su astuto é ingenioso canciller. Y cuando esa constitución imperial se proclamó dijeron sus comentaristas que era la más parecida entre todas las constituciones europeas á la constitución americana. El célebre Brancoff, ministro de Wasigthon en Berlin, historiador ilustre, orador insigne, y hasta poeta á veces, pero poco, muy poco político, no dejó de contribuir á esta idea singularísima, comparando á gusto del Canciller la constitución del Grande Imperio europeo con la constitución de la grande república americana. A muchos de aquellos que desconocen los resortes secretos y las máquinas ocultas de la política, pudo engañarles, y les engañaría en efecto, esta apariencia declarada por un americano tan ilustre como el historiador clásico de los Estados-Unidos; pero á los que conocen las cosas públicas en sus interioridades, moviéndoles á risa lo nuevo de la gracia y lo ingenioso del intento.

Vaya si se parece la constitución germánica á la constitución sajona, en que esta separa el poder ejecutivo del poder legislativo á beneficio del pueblo y de la libertad, mientras aquella separa el poder ejecutivo del poder legislativo á beneficio del Imperio y de la Cancillería. Bien es verdad que, entre las cosas difíciles de este dificultoso mundo, ninguna tanto como conocer, definir, clasificar la Constitución imperial, germánica, nacida en los campos de batalla y sin otra intervención que la indirecta y póstuma de Asambleas, las cuales nunca tuvieron carácter constituyente; presidida y encabezada por un Emperador cuyos orígenes se encuentran á una en el derecho divino de los antiguos tiempos históricos y en el consentimiento tácito ó expreso de los modernos reyes germánicos; compuesta de dos asambleas, el *Bunderrath*, que representa á los príncipes reinantes y el *Reistach* que representa al sufragio universal; con el derecho de iniciativa y de proposición en la asamblea régia, y con facultades no bien definidas y prerrogativas no muy claras en la Asamblea popular; sin ningún ministerio responsable, á quien poder exigir el cumplimiento de las leyes, ni más ni menos que en los peores tiempos del Cesarismo francés, y sin ninguna acción de la Cámara baja sobre el poder público, muy por encima de sus discursos y de sus votos; con un presidente que se asemeja á los Césares feudales de la edad Media, por lo aparatoso de su dignidad imperial y por lo limitado de sus facultades prácticas, y un Canciller, especie de vice-presidente y vice-emperador, más alto que los dos cuerpos colegisladores y más poderoso, dotado de una especie de dictadura administrativa muy amplia, y teniendo que dirigir por combinaciones muy difíciles un Estado, representativo y de soberanía popular en el *Reistach*, al mismo tiempo federal y monárquico en el *Bunderrath*; contradicciones á las cuales solo ha podido acudir una voluntad tan fuerte como la voluntad de Bismarck, y en cuyos laberintos y sirtes perdiése la lógica rigurosa y la inteligencia armoniosísima de las naciones latinas.

Reconozcamos, en verdad, que el príncipe ha encontrado muchas dificultades en su trabajo y muchos obstáculos á su obra. Los políticos que más firmemente le apoyaban, los hombres del partido nacional liberal, se han gastado en este apoyo, que no les ha valido ni siquiera la fundación del régimen constitucional y parlamentario, á cuyo triunfo se comprometieran y juramentaran; los progresistas se han acercado, ó se van acercando en su desesperación al partido democrático; crecen de una manera alarmante sus dos enemigos implacables, los ultramontanos, que llegan á componer una fracción de cien diputados, y los socialistas, que empiezan á contar en medio de sus persecuciones, por millares sus votos en la comisión del sufragio universal. Por consecuencia, lo que Bismark buscara en una Asamblea nueva, la formación de un partido conservador suyo, no lo encontrará por el menosprecio en que tuviera á los partidos y por las guerras que desatara de unos contra otros á fin de dominar sobre todos. Esta vieja galera del imperio alemán boga bien cuando recoge en sus velas el viento de las revoluciones modernas y de las ideas progresivas, el espíritu de la unidad germánica; pero necesita para recibir ahora en estos tiempos nuevo impulso la locomotora que se llama democracia y el vapor que se llama el espíritu inmortal de la libertad.

EMILIO CASTELAR.

FRANCIA, RUSIA Y ALEMANIA.

Nada preocupa tanto en este momento á los hombres pensadores, á los hombres de mirada telescópica, como la situación respectiva y las relaciones internacionales de esas tres grandes potencias.

Allá por los años de 1816, bajo la inspiración de la batalla de Waterloo, y en la embriaguez del orgullo de raza exaltado por aquella gran victoria, un escritor prusiano publicó un folleto, pretendiendo probar que en aquella desastrosa jornada habia ter-

minado la gestión y supremacía de la raza latina en las fecundas evoluciones del progreso y en las augustas ascensiones de la historia, dejando para siempre á la raza teutónica en ambos hemisferios la hegemonía de la humanidad futura. Precisamente es ese mismo el pensamiento que tiende á propagarse y á dominar y á hacerse creencia universal en nuestros días; pero ese pensamiento es una jaculatoria infusa, una condenación insensata que no debe cumplirse jamás, que no se cumplirá en toda la prolongación de los siglos, aunque venga acompañada de formidables batallas y de nefandas profecías. La raza greco-latina, la más noble y fecunda y gloriosa de todas las razas, madre de las más grandes civilizaciones y de los más sorprendentes progresos, tiene siempre los mismos destinos y debe purificarse, debe regenerarse, debe transformarse; pero no debe morir, y nunca morirá... La unidad de Italia, que parecía una utopía, es ya un hecho irrevocable. En Francia, vedlo bien, parecía un sueño, parecía imposible, pero las instituciones se consolidan. El buen sentido de los franceses, aleccionados por tanta sabiduría y por tan largas y dolorosas experiencias, la veneranda autoridad de Víctor Hugo, que á la edad de 77 años lleva en sus manos titánicas (¿quién osaría disputárselo?) el estandarte del genio y del progreso universal, la prodigiosa habilidad de Gambetta, la moderación sin límites, el sufrimiento ultra-heróico, la longanidad inagotable del partido radical, y, en fin, los mismos errores, las mismas miserias, y aun las mismas intemperancias de sus adversarios, han arrollado en Francia todas las resistencias, han disipado todas las prevenciones y han triunfado, no sin penosa y porfiada lucha, de todo linaje de dificultades. En vano el ultramontanismo vocifera y se alborota en Roma, en Viena, en Bruselas, en París... en todas partes.

En vano quiere la internacional negrera comprometer al episcopado, al clero regular y secular, á las infinitas congregaciones, á los jesuitas... en vano se dan escándalos y se fulminan criminales amenazas al Rey de los belgas en Bruselas... en vano los diputados reaccionarios provocan gigantescos tumultos en las Cámaras francesas, osando profanar el mismo santuario de las leyes... todo es infructuoso, contraproducente. La situación de Francia se consolida. Cada discusión es una derrota reaccionaria: cada polémica un triunfo radical: cada votación una sentencia ejecutoriada contra los enemigos del verdadero progreso. La situación económica de Francia es hoy la sorpresa y la envidia de todas las naciones: el informe que acaba de presentar Mr. de Pelletan, las últimas obras que con motivo de la controversia de los jesuitas han comenzado á circular, y en fin, las últimas elecciones en que el Gobierno ha asegurado cincuenta y siete asientos, mientras que todas las oposiciones reunidas no han obtenido más que treinta y tres, hacen por ahora más que probable el triunfo de las instituciones que Francia ha querido darse. El *bill* de Julio Ferry, según todas las apariencias, pasará en el Senado, como pasó por una gran mayoría en la otra Cámara.

Tal es el aspecto interior de la cuestión; veamos el exterior ahora. Reconozcamos desde luego, que es sobremanera difícil modificar la solaridad nacional, la solaridad internacional y más aun la solaridad humana. Las naciones pesan sobre las naciones, como pesan los espíritus sobre los espíritus, como pesan los cuerpos sobre los cuerpos, y confesemos, desde luego, que la situación de Francia sería muy precaria y tal vez muy pasajera, á pesar de tantas virtudes y de tan mercedos triunfos, si no coincidiera y si no se asocian hábilmente á la evolución última de la política europea cuya clave está hoy en la Meca europea, en San Petersburgo.

En efecto, fuera de toda duda, parece que si la triple alianza de los déspotas del Norte hubiera continuado por algún tiempo, bien pronto, armando la internacional negrera, y utilizando maquívelicamente todos los malos sedimentos de la misma Francia, hubieran dado al traste con la naciente República, y quizá también con el mismo reino de Italia. Pero esa triple alianza ya no existe, y no existiendo, una alianza franco-rusa está en la pendiente de la lógica y en los intereses supremos de esas dos grandes potencias, y la alianza franco-rusa vendrá como una consecuencia forzosa, como un hecho inevitable, y esa alianza será precisamente la salvación de la Francia, de la Italia y de toda la Europa liberal y progresista. Muchos hay, bien lo sabemos, que consideran débil, casi impotente, una alianza semejante; empero, ese es el más craso de los errores para todo aquel que posea algún elemento de etnología, de estadística y de estrategia y no se abstiene en desoír las enseñanzas de la historia. Esa alianza es, en realidad, tan formidable, que tiene fundada probabilidad de disponer con el tiempo de todo el continente antiguo. Bajo el punto de vista etnográfico, esa raza significa la palingenesis de las razas más gloriosas y simpáticas del mundo antiguo: esa alianza triunfante significa la resurrección de la antigua Atenas y la resurrección de la antigua Roma; y más tarde ó más temprano, arrastraría en la inmensa órbita de sus afinidades, de sus intereses y simpatías á Italia, Grecia, España, Portugal, Bélgica, Suiza, Montenegro, Bulgaria, Serbia, Suecia y Dinamarca. Esa alianza significaría desde luego, bajo el punto de vista estadístico, una superficie de más de 12.000.000 de millas cuadradas, una población absoluta de más de 150.000.000,

una renta nacional de más de 5.000.000.000 de pesetas, un ejército de 4.000.000 de soldados, y una marina, en fin, que podría ordenar en línea de batalla 100 buques de coraza. Y en fin, esa alianza representa, bajo el punto de vista estratégico, la posesión de las líneas, mares y puntos más ventajosos y frecuentados de todo el continente. Así es que esas dos grandes potencias, aunque separadas por una formidable barrera de pueblos belicosos y hostiles, podrían, sin embargo, darse la mano por los mares del Norte y por el Mediterráneo y constreñir y estrangular á sus adversarios en un círculo de hielo, de hierro y de fuego. Pero haceis cuentas muy galanas, dirán algunos, y para nada contais con Inglaterra.

En este país, el partido reaccionario, hoy en el poder es cada día más impotente, y el partido liberal enemigo de la intervención y de la guerra. Buen cuidado tendría este gran pueblo mercantil de guardar, en medio del gran conflicto, una neutralidad en gran manera utilitaria. Bastante tendría que hacer Inglaterra con la conservación de su vasto imperio colonial y con entenderse con los Estados-Unidos, que llegado el caso, han de simpatizar con Francia y aún con Rusia. Otros hay á su modo tan optimistas, que se obstinan en afirmar que, á pesar de cuanto se vé, la Rusia y la Alemania se entienden y aún se entenderán á las mil maravillas por mucho tiempo. Hé ahí otro error no ménos palpable. El desacuerdo que hoy existe entre esas dos grandes potencias, como causa está en la naturaleza de las cosas, y como efecto, está á la vista de todos y es innegable.

Las razas son rivales, los intereses opuestos, los instintos contrarios.

Entre los emperadores hay frialdad y reserva. Sábese que el Czarévich detesta á los alemanes.

Bismarck odia á Gortschakoff, porque en efecto, aquél no ha sido hasta cierto punto más que un instrumento de éste, que, en resumen, ha ganado á todos la última partida.

Las prensas de ambos imperios se bombardean. El emperador de Alemania y el de Austria se reúnen en Gastein.

En el momento en que esto escribimos, oímos anunciar que los cancilleres de los mismos imperios también se van á reunir.

Se habla de sumas considerables destinadas por el Gobierno ruso para fortificar la frontera alemana.

Y en conclusión, se afirma que hay en Berlin alarma y disgusto, porque el ministro de la Guerra de Rusia ha mostrado al embajador francés las fortificaciones del Báltico, distinción que no se concede en aquel país á ningún extranjero.

Tal es en este momento el verdadero estado de las cosas, y al terminar esta breve reseña, parecen oportuno reproducir aquí un fragmento que se refiere al mismo asunto, y que copiamos literalmente de una obra nuestra que vió la luz en Mérida de Yucatan á fines de 1870, y se reprodujo después en Nueva-York en 1872. Dice así: *literatim et verbatim*:

CONCLUSION.

No levantes ¡ay! la frente
Con tan soberbia arrogancia,
Que en el piélagos inclemente
De este mundo, solamente
Es constante... la inconstancia.

«Tales son los más notables sincronismos del decenio que acaba de desaparecer. Al comenzar la descripción sumaria de esta década dijimos, y creímos haberlo justificado plenamente, que es la década más extraordinaria de la historia, exceptuando la última del siglo xv. En efecto, tendid por do quier una mirada. ¡Qué sorpresas! ¡Qué catástrofes! ¡Qué transformaciones! ¡Oh Dios! Parece que el tiempo agita con céntuple rapidez en nuestros días sus alas incansables. Jamás los acontecimientos se han precipitado en corrientes más insondables y más rápidas. ¿Quién no siente vértigos en esta fatídica pendiente de la historia? Jamás la fuerza ha chocado con la fuerza en colisiones más súbitas: jamás los hechos se han encadenado en series más lógicas: jamás los pueblos se han organizado en grupos más armónicos, en periferias más vastas, en círculos más concéntricos y homogéneos. La gran República americana se purifica y se consolida; Italia realiza plenamente su unidad, desaparece la monarquía teocrática de los Pontífices, cerrando un ciclo de doce siglos y el panslavismo y el pangermanismo desenvuelven sus últimas consecuencias. Parece que la Providencia se complace hoy en iluminar con resplandores eléctricos las páginas más oscuras del misterioso libro de los destinos humanos. Si teneis oídos ¡oid! En todas las profundidades de todos los horizontes se dilatan ondas sonoras, vibraciones présagas, semejantes á los estremecimientos embrionarios de otra más libre, de otra más sabia, de otra más grande humanidad futura.

En vano blasfemais, apóstatas del porvenir, en la cueva lóbrega de vuestras miserias. En vano os levantaís, adoradores de la muerte, cual momias gigantescas sobre el polvo estéril de las catacumbas solitarias. En vano profetizais, sibilas ya decrépitas, sobre los escombros de los oráculos infernales. En vano parodiaís, falsos apóstoles, los antiguos sínodos para entregar á los cuatro vientos el germen negro de vuestros odios y el implacable espíritu de vuestras venganzas. ¡Insensatos! ¿qué haceis? Suspended esos bárbaros afanes. ¿Pre-tendeis, como la Inquisición, apagar la luz, supri-

mir el bien, estirpar la especie humana? ¿Quereis, como los verdugos de Galileo, suspender la eterna y arrebatada marea de los piélagos celestes? ¡Intentaís, por ventura, como el impío que osó en Florencia quemar los huesos del Danfe, detener en su marcha triunfal la Providencia? ¡Oh! no prosigais esa bárbara tarea. Si sois la paz, no alimenteis la guerra. ¡Es verdad! ¡aun podeis hacer muchas víctimas... pero la sangre de las víctimas mancha hoy de una manera espantosa las manos, los vestidos y los lábios de los sacrificadores y de los verdugos! ¡Si quereis inspirar fé, sed rectos, como la razón, pródigos como la sabiduría, fecundos como el amor, cándidos como la virginidad y la esperanza!

¡Y tú! anciano rey de los teutones, ¿no afirmabas ayer que ibas á combatir á Napoleon, no á hacer la guerra á los franceses? ¿Qué buscas en los escombros ensangrentados de la metrópoli de las naciones? ¡Tú! que viste deslustrarse en Jena los trofeos del Gran Federico, que viste agonizar á Napoleon el Grande en Santa Elena, que viste morir en el destierro á Carlos X y á Luis Felipe, que has visto caer á Isabel II; ¡tú! que has oído las descargas fúnebres del cerro de las Campanas y que ahora tienes á tus plantas la soberbia omnipotente del vencedor de Magenta y Solferino, ¿no has visto bastante para comprender que nada existe en las manos de los hombres, más pasajero ni más frágil que la fuerza y la fortuna? ¡Hijo del siglo XVIII! ¿no has aprendido aun bastante para comprender que al derribar los muros de París abres las puertas de Viena y de Berlin á los cosacos? No creas ya en la gran estrategia de Molke ni en la sabiduría diplomática de Bismarck. En Sedan terminó la misión de esos hombres extraordinarios. Detrás de Bismarck está Gortschakoff; detrás de Molke está Tóleben; detrás de tí... ¡Alejandro! Un político más profundo que Bismarck ha dicho: *la Europa será cosaca ó republicana*. ¡No la hagais tú cosaca! ¡Rey Guillermo! ¿á quién llamará Alemania en su auxilio el día, quizá no lejano, en que, cumpliéndose el testamento de Pedro el Grande, los ejércitos moscovitas rujan como monstruos polares á orillas del Vístula y del Danubio? Crees en tu eternidad, como los Césares antiguos, y sin embargo, nadie ha podido exclamar como tú: *Sólo la verdad es eternamente invencible... Fuera de Dios nada está firme... Todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma de los mares que vá deshaciendo la ola...*

FERNANDO VELARDE.

LA GUERRA DEL PACÍFICO.

Sr. D. Eduardo Asquerino.

LONDRES 4 de Setiembre de 1879.

Muy señor nuestro: Todas las noticias que hoy tenemos aquí referentes á la guerra de Sud-América se reducen á los telégramas que á continuación traducimos *verbo ad verbum*.

RIO JANEIRO 4 de Agosto (by telegraph from Lisbon.)

Acaba de publicarse aquí el siguiente despacho procedente de Santiago de Chile.

SANTIAGO 31 de Julio.—Anoche ocurrieron aquí sérios motines con motivo del general descontento que produce la mala dirección de la guerra. El pueblo levantó barricadas en la Alameda de las Delicias al grito de: *¡Muera el Ministerio traidor!* Siguióse un choque entre el pueblo y la tropa, resultando dos muertos y varios heridos. Dícese que el presidente de la República huyó á Villa del Mar.

VALPARAÍSO 31 de Julio (by telegraph from Lisbon.)—Crece la agitación popular contra el ministro Santa María, que lo es de Negocios extranjeros y delegado especial de la guerra para la base de las operaciones. Varios periódicos chilenos aconsejan al Presidente que haga dimisión y exigen que se confie la dirección de los negocios á personas más competentes.

Afirmase que se ha dispuesto que se levante el bloqueo de Iquique á fin de que toda la escuadra chilena quede espedita para perseguir y dar caza al *Huáscar* y demás buques peruanos.

El *Huáscar* y la *Union* capturaron cerca de Antofagasta el transporte chileno *Rímac*, con 240 dragones, treinta mil pesos en efectivo y un gran cargamento de material de guerra que llevaba á bordo.

Una bala de cañón del *Huáscar* les destruyó la máquina antes de rendirse, y después la *Union* la remolcó á Arica. Ahora se afirma que el *Huáscar* y el *Pilcomayo* están á la vista de Valparaíso.

TUPIZA (Bolivia) 20 de Julio (by telegraph from Lisbon.) El *Chacabuco*, buque de guerra chileno, intentó apoderarse de la población de Huanillos, pero fué rechazado. Acaban de llegar á Pisagua, procedentes de Tacna, 2.500 bolivianos. El ejército de esa República, que está en Tacna, se compone de 8.500 hombres, y aun se dice que han salido del interior de Bolivia 4.000 hombres más que acuden á reforzarle.

Aquí terminan los telégramas que traducimos del *Echo*.

Hay además otros dos que no carecen de importancia: Procede el primero de Washington, y en él se afirma que el Gobierno de los Estados-Unidos desea prestar sus oficios para que cese la guerra, y hasta ahora parece que los beligerantes no han acogido mal esa generosa y benévola insinuación. El segundo es de procedencia peruana, y hace constar que, entusiasmado el bello sexo de Lima con la conducta del Capitan Grau, han resuelto mandar acuñar una gran medalla de oro para regalarle.

Estos telegramas confirman en globo lo que dijimos en nuestra anterior correspondencia; y hasta ahora, á pesar de los grandes recursos y del valor indomable de los chilenos, el éxito de la guerra ha venido á coronar los generosos sacrificios y los increíbles esfuerzos que hacen los peruanos defendiéndose. *Sum cuique*: á cada uno lo suyo. El Perú no puede presentarse á los hombres justos ni más heroico ni más simpático. No ha provocado la guerra; algo hizo por evitarla: no la ha declarado, y se defiende y la rechaza.

Séanos lícito un recuerdo para que se aprecie mejor la magnitud de los sacrificios que hace defendiéndose la república peruana. Cuando la guerra de Marruecos, España, después de largas excitaciones en ambos mundos, apenas pudo recoger en dádivas patrióticas para la guerra 1.300.000 duros; pues bien, el Perú, con sólo 3.000.000 de habitantes, ha recogido en pocas semanas para la guerra dádivas que suman la inverosímil cantidad de 3.000.000 de soles (pesos), y lo que es más inverosímil aún, y lo que da la verdadera medida, no sólo del patriotismo, sino también de la verdadera riqueza de aquel país, el Perú ha obtenido en pocas semanas una suscripción voluntaria de 300.000 soles mensuales mientras dure la guerra. Reconozcáse que estamos autorizados para afirmar que en la historia de las generosidades patrióticas á duras penas podrá hallarse un caso semejante.

Ahora, por lo que toca á la marina peruana, nada ha dejado que desear, ni en diligencia, ni en humanidad, ni en fortuna, ni en valentía; y digámoslo noble y audazmente: ni el mismo Nelson, ni el mismo Farragut, ni Pinzon, ni Mendez Nuñez en semejantes circunstancias, hubieran hecho más que el capitán Grau. Algunos nos han dicho que Grau es hijo de un catalán; esto no es exacto. El padre de Grau, como la mayor parte de los hombres que más figuran en la América antes española, son, en efecto, de raza española y así lo reconocemos y nos gloriamos en reconocerlo; pero el padre del héroe en cuestión nació en Cartagena de Indias en Colombia, y fué al Perú con Bolívar hacia el año de 1823, y tuvo este hijo que tanta gloria debía darle en Payta en la costa del Norte del Perú hacia 1836, de manera que el capitán Grau tiene ahora cerca de 43 años.

Ahora, por lo que hace á Chile, forzoso y aun triste es reconocer que hasta hoy ha estado tan desgraciado en las evoluciones de la guerra marítima, como en los procedimientos diplomáticos, y sentimos y deploramos que una política quizá susceptible en demasía, tal vez algo ambiciosa, haya lanzado á esa noble República á la inevitable corriente de estas y de otras acaso mayores desgracias. Chile es y debe ser para nosotros y para todos los amantes de la humanidad y del progreso, un pueblo glorioso y en gran manera simpático. En 50 años ha realizado una evolución increíble. Su población es hoy quince veces mayor que cuando se hizo independiente: su comercio internacional, que en 1830 apenas llegaba á 3.000.000 de pesos, hoy se acerca á 60.000.000: la renta del Estado, que en 1810 era de 3.000.000 de pesetas, no baja hoy de 80.000.000: tiene marina mercante y de guerra, su agricultura florece, su industria minera no carece de importancia: posee ferro-carriles, telégrafos, escuelas normales, quintas normales, observatorio astronómico, y gasta en educación popular relativamente más que cualquiera monarquía en la culta Europa.

La tipografía chilena es en su medida mucho más activa que la de la Península, y para coronar el cuadro Chile posee una literatura próspera y floreciente. Valleso solo cedería el puesto á hombres como Larra, ó como el venerable Mesonero Romanos: apenas tiene hoy la Península ibérica poetas líricos que oponer á Guillermo Matta y á Eduardo de la Barra: Lastarria es un pensador profundo y un juriscónsul eminente: los hermanos Amunátegui son literatos laboriosos y biógrafos incomparables; y en fin, Francisco Bilbao, por sus virtudes heroicas, por su elocuencia y por su sabiduría, es el espíritu más grande y más bello que después de Bolívar ha venido á iluminar los horizontes sud-americanos.

Pero aun siendo todo eso, como lo es, innegable, á pesar de nuestra admiración, á pesar de nuestras simpatías, nosotros no debemos ni estamos dispuestos á aplaudir y justificar indistinta é incondicionalmente todo lo que se hace en Santiago, como no podemos ni queremos aplaudir sin razón suficiente todo lo que se haga en Madrid, en Méjico, en Caracas, en Lima ó en Buenos Aires; y digámoslo de una vez siendo sinceros, digámoslo con entereza y lealtad verdaderamente castellanas: no creemos que en la totalidad de la cuestión asista á la República chilena derecho para hacer la guerra: creemos que en algunos pormenores que se refieren á Bolivia ha sido realmente agravada; pero lo repetimos, en el *summum* del asunto, y sobre todo, refiriéndonos la cuestión del Perú, Chile ha procedido, cuando ménos, de una manera muy poco reflexiva al comenzar y declarar la guerra. Creen muchos aún por desgracia, siguiendo consciente ó inconscientemente las máximas nefastas de los tiempos bárbaros, que todo es lícito, invocando, aunque sea de una manera farisáica, á Dios, la maternidad, la paternidad, la patria.

Es indispensable que prevalezca ya la moral verdaderamente humanitaria. Lo que es irracional, lo que es injusto en las acciones humanas, siempre será malo, aunque se envuelva en un millon de sofismas y plegarias; aunque se presente invocando impía y sacrilegamente á Dios, la maternidad, la paternidad, la patria.

No queremos terminar esta correspondencia sin apresurarnos á declarar, que de ningún modo participamos de la creencia que han expresado no pocos, de que los chilenos, y sobre todo, el almirante Rebolledo, han procedido hasta ahora con la más torpe ineptitud en esta guerra. Esa es, en nuestro sentir, una acusación injusta, un error grosero, una ignorancia suprema. Los chilenos no han podido disponer mejor las cosas; y cuando se ha ofrecido han peleado con inteligencia y con heroísmo. Rebolledo es un excelente marino, y un jefe lleno de saber y bizarría, y plenamente poseído del sentimiento de sus deberes; pero todo el que tiene alguna experiencia

en los negocios de la vida, sabe muy bien que la fortuna en sus caprichos, se burla frecuentemente de las disposiciones más oportunas y de los proyectos meditados con la mayor prudencia y sabiduría. Y así, terminaremos afirmando que, cuando se trate de Chile, jamás pondremos en tela de juicio ni su inteligencia, ni su valentía; pero que al mismo tiempo no tenemos fe ni en la infalibilidad de su derecho, ni en la eternidad de su fortuna. De Vd afectísimo,

V. AMERICANOS.

MEMORIAS

HISTÓRICAS Y AUTOBIOGRÁFICAS DE MI TIEMPO

Extracto.—Suiza en 1826.—Hago conocimiento con Casimiro Perier.

Llegados á terreno de más fácil acceso, se nos reunieron los guías de descubierta y el capataz de la cuadrilla me dispuso un brevage de rom y agua, mezclado de yerbas, que me hizo beber á pequeños sorbos, con cuyo reconfortante se calmaron mis angustias y pude llegar á pié al término de la azarosa jornada.

La población de Leuche forma un mísero lugar que únicamente es habitable en la estación de verano y cuyo caserío se reduce al albergue, que es al mismo tiempo el local de las Termas, y á un centenar de casas de madera, dispuestas para los bañistas.

En la mañana de aquel día había llegado á Leuche un personaje de celebridad histórica, Casimiro Perier, el afamado banquero parisiense á quien tan popular habían hecho sus discursos en la Cámara de Diputados, venia á buscar en aquellos baños el alivio de sus padecimientos. Acompañábase su sobrino Emilio, un secretario y un ayuda de cámara. La posada no era suntuosa, y lo reducido de sus viviendas obligaba á los bañistas á estacionarse colectivamente en el rústico comedor del modesto hotel. Introducido en él á nuestro arribo, no tardé en hacer conocimiento con los concurrentes, y lisonjeado de hallarme en compañía del esclarecido liberal cuyo nombre se hallaba tan á la moda, no tardamos en partir de política y de viajes. La feliz estrella que cobijó mi juventud y que tan simpático me hizo con las personas á cuyo trato tuve acceso, no me abandonó en aquella noche, que pasé hasta bastante tarde en amena conversacion con el distinguido personaje que la casualidad puso en mi camino. Era Casimiro Perier hombre bastante adusto y poco comunicativo, pero se mostró conmigo tan afable y complacido, que me convidó á almorzar para la siguiente mañana.

Nuestro segundo coloquio intimó nuestra recíproca simpatía á punto que, aunque era mi ánimo haber salido para Sion, capital del Valais, en la tarde de aquel día, fueron tan expresivas las instancias de Perier para que permaneciese un día más en su compañía, que no pude negarme á sus finas atenciones, viéndome tratado con tanta afabilidad, que su sobrino, impresionado de la distinguida acogida dispensada al forastero, renovó á mis oídos palabras muy parecidas á las que en Florencia había oído de boca de Ivan cuando me decía haber yo caído en gracia de su tío el príncipe Demidoff.

Tan amigos nos hicimos Casimiro Perier y yo, que el gran banquero me exigió la palabra de no dejar de visitarlo cuando llegase á París; y como verán mis lectores en el curso de estas Memorias, ni yo falté á ella, ni dejé de ser objeto de predilección y de confianza de parte del futuro gran ministro, que debía más tarde distinguirme, hasta el extremo de darme entrada en su alcoba durante la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

Sabia yo que residía en Sion un personaje célebre en nuestros anales revolucionarios. El general don Antonio Rotten, procedente de los regimientos de suizos capitulados que estuvieron al servicio de España, y que después de la disolución de aquellos Cuerpos se incorporaron á las filas de nuestro ejército. Había cobrado en Cataluña en 1823 la trágica celebridad de que tienen memoria mis lectores por lo que dejo dicho en el libro 5.º Rotten era natural del Canton del Valais y proscripito por la reacción absolutista, que siguió á la caída del Gobierno constitucional, se había retirado á su casa solariega en la ciudad de Sion. Desde Ginebra había yo correspondido epístolarmente con el lugarteniente del general Mina y fuí por él acogido con la doble fraternidad de emigrados por la misma causa y de individuos de la asociación filantrópica á que ambos pertenecíamos. Cabía á este general, en su calidad de español naturalizado y de hijo de Suiza, suerte comparable á la que cupo á varios sud-americanos, quienes, nacidos súbditos de España, y habiendo tenido que compartir nuestra suerte como emigrados políticos, hallaron una segunda patria en el suelo que les vio nacer. En caso idéntico se encontraron Garro, Gorostiza, Zea é infinitos que ocuparon puestos en la diplomacia y en la administración de las nuevas repúblicas americanas, dualismo de nacionalidad de que no podíamos disfrutar los peninsulares emigrados para quienes no tuvieron remisión las amarguras de los diez años de expatriación á que los sujetó la implacable iracundia del señor Don Fernando VII.

Pasé veinticuatro agradables horas en compañía del célebre ex-gobernador militar de Barcelona, y terminada mi expedición alpina, retrocedí á Berna para reincorporarme en Zurich á mi amigo

lord S... Hallélo en compañía de las dos señoritas Y... sus compatriotas, de las que hice referencia al hablar de Interlaken, y acerca de cuyas interesantes personas debo entrar en algunos pormenores para más cabal inteligencia de lo que seguirá después.

Eran estas señoritas lo que en Inglaterra llaman *wards of chancery*, esto es, pupilas del gran Canciller de Inglaterra, situación que sólo alcanzan generalmente las menores de elevada prosapia ó de gran patrimonio; pues las pupilas de Cancillería gozan de grandes privilegios en resguardo de su persona y de su hacienda. Las dos señoritas en cuestión eran huérfanas de un opulento magistrado que había servido largos años en la India y dejado á cada una de sus dos únicas herederas una renta en tierras y en fondos públicos de 20 á 25.000 libras esterlinas.

Aunque todavía menores, frisaban ya en la edad en que serian dueñas de sí mismas, y viajaban según la costumbre inglesa, de recorrer el continente durante los meses de verano, en compañía de Missis Edwards, respetable aya antigua al servicio de la familia, de un mayordomo de grave aspecto, de un correo y dos doncellas.

La esmerada educación que ambas habían recibido, encontró en las hermanas materia privilegiada á enriquecer con los dones de la cultura intelectual las más felices de una organización física y moral, en la que parecía haber puesto la naturaleza todo su esmero.

Instruidas, afables, sin dejar de ser circunspectas, fáciles en su trato, pero sin incurrir en la menor inconveniencia, la sociedad de aquellas lindas criaturas atraía sin alentar á nada que no fuese delicado y digno, y sólo podrán formar idea de cuán atractivo era su trato los que conozcan la naturalidad, la franqueza y la sinceridad que generalmente se encuentra en la intimidad de las familias inglesas bien educadas.

Las fiestas federales.—La grande aventura.

El compromiso que yo había adquirido consistía en verificar en compañía de milord la correría de los diferentes cantones de la concurrida Helvecia, excursion que en aquel año hacia más interesante la doble circunstancia de verificarse en él dos grandes fiestas federales, la del tiro de carabina que iba á tener lugar en Ginebra, y pocos días después el gran concierto fijado en la ciudad de Neufchatel. A nuestra llegada á Ginebra hallábase reunidos los concurrentes á la lid. marcial en que tomaban parte los mejores tiradores de Suiza. El tiro de la carabina es muy popular en aquel país montañoso y erizado de pasos muy difíciles de franquear á un ejército invasor, por lo que sus naturales dan suma importancia á tener bien ejercitado al tiro sus milicias movilizadas, cuyos individuos se entregan con pasión al ejercicio de las armas de fuego. El carácter de los suizos, mezcla feliz de tradición y de patriarcal democracia, ofrecen el contraste de una naturalidad y sencillez primitivas realzadas por el refinamiento de una espléndida civilización encarnada en aquellos montañeses francos y hospitalarios, sin dejar por eso de ser sumamente interesados.

El tiro federal dura ocho días, durante los cuales se inscriben cuidadosamente los resultados de la puntería de cada uno de los competidores, entre los que se distribuyen los premios señalados para los que más se han distinguido dando en el blanco ó acercándose más á él. El premio de honor consistía en una rica carabina incrustada de oro y en 2.000 libras suizas, equivalentes á 4.000 francos.

La dilatada pradera en la que se verificaba la justa ofrecía el animado espectáculo de una alegre romería, en la que alternaban con los tiradores animadas comparsas de naturales del país y de visitantes extranjeros. Durante las noches de los ocho días las opulentas familias de la aristocracia abrían sus salones á los distinguidos forasteros y ofrecían una continuada serie de bailes y de saraos, embellecidos con la presencia de las elegantes del país y de las extranjeras que con ellas competían en belleza y en atavíos.

Terminada que fué la fiesta del tiro, emprendimos nuestra jornada para Neufchatel milord y yo en la silla de posta del primero y las señoritas en su *landau*, que caminaron de conserva hasta la capital del canton, donde debía verificarse el concierto.

El local destinado para la celebridad filarmónica, formaba un vastísimo salon, cuyas tres cuartas partes ocupaban hileras de bancos ó gradas en anfiteatro, que dejaban ver el pintoresco concurso de 1.200 cantantes reclutadas entre las más distinguidas familias de la república. Al pié de las gradas se estacionaba una colosal orquesta, hábilmente dirigida y cuyas armonías, mezclándose á las celestiales voces del prodigioso coro de señoras, producían torrentes de armonía que sin exajeración enajenaban á los oyentes.

La señorita Falconet, de la familia de los opulentos banqueros de este nombre, ganó el primer premio, siendo proclamada como reina de la festividad federal.

En los tres días que duró el concierto intimaron mis relaciones con las señoritas Y..., la amabilidad de cuyo trato no podía ménos de producir honda impresion en mi exuberante juventud y en mi acalorada imaginación.

Cada día me aficionaba más á la sociedad de aquellas lindísimas criaturas, sintiéndome vehementemente atraído hacia ambas, y no pudiendo discernir á cuál de las dos era más viva mi

simpatía. Durante los días del concierto, convini- mos en hacer juntos una romería á la isla de Santa Pierre, célebre por haber sido la residencia de Juan Jacobo Rousseau, y donde éste escribió su Nueva Eloisa. Tuvimos en nuestras manos la pluma de que es tradicion se sirvió el gran filósofo para escribir su célebre novela.

La vecindad del lago convidaba á una expedición acuática, que en efecto, determinamos emprender y que efectuamos en un bote que dió cabida á las dos hermanas, á su aya, á Misis Edwards y á mí. En medio del lago, y encantados de las bellezas de su ribera, no guardamos las precauciones necesarias en un bagel de forma chata como lo son todos los usados en los lagos de Suiza y entregados á la seguridad de una navegacion apacible, un brusco movimiento de la mayor de las señoritas la precipitó en el agua sin que su hermana, yo ni los remeros pidiésemos defener su caída. Milord regia el gobernalte y no podía abandonarlo sin aumentar el peligro que corríamos. Apenas vi caer á la jóven, cuando despojándome súbitamente de mi vestido, y confiando en mi robustez y en mi conciencia de buen narrador, me precipité en el lago en busca del precioso objeto que acababa de desaparecer. No tardé en dar con la náufraga, á quien exclamé con fuerza no embarazase mis momentos, y que contentándose con asir mi mano izquierda, dejase libre el movimiento de mi brazo derecho y de mis piés para ganar la superficie y asirnos del bote, que á pocas brazas nos seguía; pero cuando más afanado me hallaba en mi tarea salvadora, desgarradores gritos que partían de la barquilla, indicaron un nuevo peligro, que no tardó en serme conocido, señalándome milord la dirección, en la que había una nueva víctima que salvar.

Estimulado por el peligro, nadé con vigor en dirección del bote; aupé á la primera náufraga, la que asida por milord y por los remeros, dejó libres mis movimientos para ocuparme de la segunda, cuya inmersión no acertaba á explicarme, toda vez que el bote había recobrado su equilibrio, y deslizaba sereno por la superficie del lago. Por algunos momentos tuve que hacer el oficio de buzo, y, no sin trabajo, descubrí en el fondo de la laguna un bulto blanco que se agitaba convulsivamente. Dirigíme á él con el impulso de una flecha lanzada en el espacio, y logré asirme de los cabellos de la hermana menor, á la que me costó mucho trabajo sacar á la superficie; pues ménos dócil que lo había sido su hermana mayor, se agarró convulsivamente de mí, coartando el uso de mis miembros y exponiéndonos á haber hallado inevitable sepultura en lo más profundo del lago.

Afortunadamente lo vigoroso de mis esfuerzos dió á conocer á los remeros dónde nos hallábamos y corrieron presurosos en nuestro auxilio. ¿Qué había pasado en el bote desde el primer inesperado incidente que me hizo correr en auxilio de la víctima casual?

La escena de que fué teatro la embarcación en cuanto nos vimos reunidos en ella los partícipes de la singular y trágica aventura, reveló un secreto que me llenó de tanto pesar como asombro. Miss-Florence, la menor de las hermanas, al punto que me vió lanzarme al lago exclamó: *¡se va á ahogar!* é instantáneamente se sumergió en mi seguimiento exclamando: *¡quiero perecer con él!* Si algo podía haber de equívoco ó de dudoso en el móvil que impelió á la jóven á acto tan desesperado, las frases que se escaparon de sus labios cuando medio vuelta en sí, comenzó á dar señales de vida, no dejaron duda á nadie de que una profunda y misteriosa pasión encerrada en el fondo de aquella alma sensible y cándida había hecho explosión en el instante en que vió en inminente peligro al objeto que se la había inspirado. No ménos enagenada que Florence, su hermana mayor mezclaba á sus acentos de agradecimiento hácia el extranjero á quien debía la vida, palabras significativas de los sentimientos que había en el fondo de su corazón. En aquellos momentos de inesperadas y desgarradoras revelaciones, se me hacia patente otro secreto más cruel. Milord no pudo contener las demostraciones del vivísimo afecto que sentía por la hermana mayor, y el amigo del noble Lord, que tan leal había sido al cariño de éste y tan circunspecto, comedido y respetuoso no cesó de mostrarse hácia las dos hermanas, veíase cual otro Edipo inocente protagonista de un drama, en el que sin participación suya venía á ser el instrumento que desgarraba el corazón del amigo y llevaba la desunion y la desgracia al seno de una interesante y noble familia. No se necesitó que se prolongase el coloquio de que fué teatro el bagel que nos conducía de regreso á Neufchatel para que me penetrase yo de todo el horror de mi situación. No hubo, ni se requerían mayores explicaciones entre Milord y yo. Penetrados ambos del rigor de nuestra suerte, ni una palabra cambiamos en aclaracion del inesperado espectáculo de que acabamos de ser testigos.

Llegados al hotel, sólo debimos ocuparnos de la salud de nuestras amigas. El médico inglés llamado para cuidarlas, manifestó que el estado moral de ambas exigía más cuidado que las dolencias físicas, naturales consecuencias del naufragio.

Durante los tres días siguientes al de la catástrofe, no me fué posible sustraerme á los ruegos de Missis Edwards, la que á cada momento reclamaba mi presencia exigida por las enfermas, las que guardando cama en habitaciones separadas, querían que yo fuese quien les llevase alternativamente nuevas del estado en que cada una se hallaba.

Aquella intimidación, aquellos cuidados, estimulando y acrecentando en mi pecho los sentimientos que no habían podido ménos de haber exaltado las escenas del lago y las demostraciones de confianza y de afecto de que no cesaba de ser objeto de parte de las hermanas y de Lord S... quien con extremada delicadeza y haciendo justicia á mi lealtad, demostraba que no me hacia responsable de nada de lo que había sucedido, me tenían en una situación de violencia, de contrariedad y de sufrimiento, natural efecto de inclinaciones que en vano procuraba ahogar, que atormentado, confuso y descontento de mí mismo más que de mi suerte, no pudiese ocultarme que había llegado el caso de tomar una resolución que pusiese término á las vacilaciones y al martirio de que era presa mi agitada alma.

Las enfermas, que habían entrado en plena convalecencia, formaban proyectos de visitar los cantones de Suiza, que aun no conocían, y además pensaban en un viaje á Italia, para el que miraban como cosa hecha, poder contar con la compañía de milord y de su amigo.

Yo había evitado de contraer el compromiso de ser de la partida, no sólo por lo embarazoso que me era prolongar la equívoca situación de novio *in partibus* y de comensal para quien no podía ser grato continuar haciendo el dispendioso género de vida á que me obligaría viajar en compañía de las opulentas familias de cuyo interior habría tenido que formar parte, gravámen superior á las modestas proporciones de mi limitado peculio, y carga que sólo hubiera podido salvar resolviéndome á aceptar la generosa hospitalidad de milord, condicion tan repugnante á mi orgullo, como contrario á mis hábitos y á la completa independencia en que siempre había vivido.

Intimamente preocupado de mi situación, pensando sobre mi agitado espíritu que mi encuentro había sido una fatalidad para personas tan merecedoras de mi afecto y de mi simpatía, experimentaba la imperiosa necesidad de resolverme á salir de aquella angustia, procurando á toda costa recobrar mi tranquilidad.

Había pasado el sexto día de la agitación y de la inquietud que me devoraban, cerca de las convalecientes, y por la tarde, después de haber tomado el té en su compañía y en la de Milord y del aya, propúseme ésta que la acompañara á dar un paseo por el antiguo y bello jardín del palacio del gobernador general representante del rey de Prusia, soberano todavía entonces del cantón de Neufchatel, no obstante de com oner éste parte integrante de la República helvética.

No podía negarme cortesmente á la invitación, y momentos después nos internábamos en las espesas alamedas del antiguo castillo feudal.

Mister Edwards era mujer, no ménos distinguida por su nacimiento, que por su instrucción, finura y cualidades personales; viuda de un canónigo de la Iglesia anglicana, se había encargado de la educación de las huérfanas, á quienes miraba como hijas, siendo tratada por ellas más bien como tutora y segunda madre, que como asalariada, toda vez que disfrutaba mister Edwards de suficiente renta para haber podido vivir con modesta independencia. Pero habían existido antiguas relaciones entre la familia y el canónigo Edwards, y quedadas huérfanas las dos hermanas, mister H..., tío materno de ambas, había solicitado de Missis Edwards que se pusiera al frente de la casa, haciéndose cargo de la educación de sus sobrinas. La respetable señora ejercía, pues, verdadera autoridad moral en la familia, y podía ser considerada por el gran canciller de Inglaterra, tutor legal de las menores, como curadora y guardiana de ésta.

Entrados en el parque y dado que hubimos algunas vueltas, propuso la señora que nos sentásemos en uno de los rústicos cenadores del jardín, y no tardó su conversacion en tomar un giro que de lleno vino á herir las fibras más delicadas de mi agitado espíritu.

Ya que hemos tenido, me dijo, la suerte (*the happy luck*), de haber conocido á usted, á quien parece que la Providencia tenía destinado para ser el salvador de mis amadas niñas (*dear children*), y que se halla usted proscrito de su hermosa patria y sin familia ni deberes que le obliguen á determinada residencia, no debe usted separarse de nosotros.

Acompáñenos hasta terminar nuestra correría por Italia (*our Italian trip*) y véngase luego con nosotras á Inglaterra. El condado de Devon en que habitamos goza de un clima muy benigno. Allí poseen mis señoritas vastas herencias, y su tío materno, mister H..., que adora á Florence, á quien tiene instituida por heredera de su pingüe fortuna de más de 20.000 libras de renta, es el hombre más liberal de opinion y de hábitos de nuestro condado.

Basta que sea usted emigrado político por la causa de la libertad española para que Mr. H... quiera ser amigo de usted (*á great friend of yours*) y al saber que su sobrina predilecta le debe á usted la vida, no parará hasta conocer á usted y darle pruebas de su gratitud. Mr. H... posee una biblioteca heredada de sus antepasados que cuenta 30.000 volúmenes, y en ninguna parte podrá usted satisfacer sus inclinaciones literarias más agradablemente que en Howell, residencia que no me cabe duda se complacería su dueño en poner á disposición de usted.

Además, usted no puede separarse de nosotras, dejando á mis señoritas medio restablecidas, ni abandonar la compañía de su amigo Lord S...

No ha podido ocultarse á usted que su amigo quiere con extremo á Fanny, la que no se ha decidido aún á dar su palabra á Milord, y como su influjo de usted sobre el ánimo de las dos hermanas, deudas á usted de no haber perecido en el lago, su amistosa mediación puede asegurar la felicidad de su amigo, acabando usted de ser el buen génio de la caravana, que ha tenido la dicha de encontrar á usted en su camino.

Después de este franco y delicado exordio, encontró Missis Edwards manera natural y oportuna de hablar de la fortuna que poseían las dos hermanas y del realce que el rico patrimonio de ambas daría á los hombres de noble cuna y de distinguidas dotes personales que se uniesen á las opulentas herederas.

Las hermanas habían sobrevivido al único hijo varon que tuvieron sus padres y que, según la tradición legal de Inglaterra, hubiera sido el heredero de las 60.000 libras de renta á que ascendían los rendimientos de los bienes inmuebles de la casa. A cada una de las hermanas tenían sus padres reservado un dote en fondos públicos y valores mobiliarios que les aseguraban 10.000 libras de renta.

El fallecimiento del primogénito de la familia vino á cambiar la distribución de la herencia, habiendo dispuesto el padre que los bienes de la casa se dividiesen entre sus dos hijas, señalando á la mayor 40.000, y á Florence 20.000 libras de renta.

Pero el tío materno había resuelto nivelar la diferencia entre ambas, nombrando por su heredera universal á la hermana menor.

Estas explicaciones, dadas en los términos y con las circunstancias que lo fueron, tenían, según las costumbres inglesas, un significado equivalente al ofrecimiento de la mano de Florence, aunque hecho de manera que no pudiese resultar negativa ni desaire si el preliminar no surtía el efecto que se había propuesto la hábil negociadora.

Creo haber dado á conocer lo bastante mi carácter y sentimientos para que los lectores de estas Memorias no anticipen cuál fué el efecto que en mi ánimo debieron producir las insinuaciones de Missis Edwards, si el narrador no hubiese reservado para esta nueva peripecia de su Odysea la revelación de los coloquios que en los días anteriores habían tenido lugar á la cabecera de las enfermas. Antes de la terrible aventura del lago, el trato de las hermanas había labrado en mi ánimo sentimientos de viva simpatía. Admiraba las gracias que las distinguían, sus esquisitas maneras, su amabilidad y su instrucción; para decirlo todo de una vez, las dos me gustaban, pero no me había fijado en ninguna de ellas, ni aunque mi corazón hubiese experimentado los efectos de una pasión, el hombre delicado y pundonoroso se habría aventurado á aspirar á un partido tan desproporcionado al que podía ofrecer un expatriado, sin fortuna, sin posición y sin nombre.

El día antes del providencial naufragio había mirado la romántica y audaz idea de soñar siquiera en haber solicitado la mano de una de aquellas ricas herederas, como insensato fuera en un hombre cuerdo ambicionar una corona.

Pero los sucesos de aquel memorable día produjeron en mí una honda impresión y me colocaron en la más difícil situación en que puede verse un hombre recto. Al ver caer á Florence en el lago y precipitándome en su seguimiento, no ví otra cosa, ni fué impulsado por otro móvil que el de la caballerosidad, el del interés humanitario que llevado de mi confianza de buen nadador, me impulsó á salvar á una interesante jóven.

Pero confieso que al asirme de ella en el fondo de la laguna, una sensación viva y desconocida nació instantáneamente en el fondo de mi alma. Al debatirme en el agua y hallarme en contacto con el gracioso cuerpo que arrancaba de su sepultura, parecíame que el destino lo confiaba á mi guarda ofreciéndome un don al que no debía renunciar. A no haberse complicado los sucesos, el preliminar de aquel inesperado drama habría triunfado de mis escrúpulos, y decidí darme tal vez á correr el riesgo de hacer el amor á Florence, aunque hubiese siempre empleado las precauciones oportunas para no exponerme á un desengaño.

Pero cuando momentos después de mi primera inmersión, tuve que precipitarme nuevamente en el fondo de la laguna para rescatar á Fanny, y al serme notorio que esta se había arrojado al agua exclamando en alta voz que quería morir conmigo, sentíme herido como por un rayo de la cólera de Dios.

De la honda, de la profunda, de la inesperada pasión de Fanny, no dejaba la menor duda lo resuelto y desesperado de su arrebato, del sorprendente acto de precipitarse en el abismo, sólo por seguirme y perecer conmigo.

Y, sin embargo, aquella mujer era hermana de la que me sentía dispuesto á amar, era la pretendida del amigo de mi juventud, del noble y generoso lord S... ¿Por qué conjunto de fatales circunstancias venía yo, cual otro Edipo, á ser el inocente protagonista de un drama en el que, sin participación voluntaria mía, me veía siendo el instrumento que desgarrara el corazón del amigo y llevara la desunion y la desgracia al seno de una interesante y virtuosa familia?

Lo horrible de la situación en que me veía colocado, era tanto más acerba y cruel, cuanto que para tratar de salir de ella, hubiera debido recurrir á medios de doblez, de disimulo y de engaño que me repugnaban, y á los que jamás hubiera podido prestarme.

En las espansivas é íntimas conferencias que

con las dos hermanas había tenido sentado á su cabecera y haciéndolas compañía, Fanny me había declarado que no viviría sin mí, que desde que me vió le hubiera sido imposible aceptar la mano de otro hombre, que sin deliberación y por un irresistible movimiento impulsivo, se precipitó en el lago, y que ante la perspectiva de perderme, había ahogado todas las consideraciones sociales y cubierto el rostro de amargas lágrimas, acabó por declararme que si no la aceptaba por esposa, la vida le sería indiferente. Aquella exaltación de sentimientos llevaba el sello de la verdad, eran el síntoma de un resorte magnético que, sin que su voluntad pudiera retenerlo, hacia de aquella mujer una parte de mí mismo con sólo que yo hubiera abierto los brazos ó estrechado su mano en señal de adhesión. Pero habría sido á la vez una debilidad y una bajeza en mí haber dado aliento á la calentura de amor que abrasaba á la pobre Fanny. Me esforcé por calmarla, le pedí con encarecimiento como la mayor prueba que pudiera darme de su afección, que aplazara toda explicación hasta su completo restablecimiento. Que yo le era todo *devoué*, empleando esta intraducible locución francesa, rogándole que si algo creía deberme, me otorgase en recompensa no decirme nada que pudiese agitar su espíritu hasta su completo restablecimiento, ínterin permaneciéramos en Neufchatel.

Si por parte de Fanny el móvil de su pasión sólo podía explicarse por la existencia de un interno hilo magnético que la atraía hácia mí y había operado en su alma cual volcán subterráneo, que la modestia de sus pudorosos y cristianos sentimientos había contenido hasta que hicieron explosión ante el cráter abierto por el accidente del lago de parte de la tímida, tierna y simpática Florence, la gratitud era la que obraba en su ánimo, haciéndola mirar como un ángel al hombre que la había arrancado de los brazos de la muerte.

Yo creía no poder, sin hacerme reo de un homicidio de amor, elegir entre dos hermanas, ni la honradez me permitía continuar interponiéndome á ojos abiertos entre mi amigo y Fanny, ni menos era delicado y digno permanecer en la compañía é intimidad de aquella familia, haciéndome sospechoso á Milord y siendo una inevitable manzana de discordia entre las dos hermanas.

Un solo partido hubiera podido conciliar los deberes de caballero, con el interés de posición, de fortuna y de felicidad doméstica que habría encontrado uniéndome á Florence, para lo cual habría bastado, y á ello me abría la puerta las instancias y la mediación de missis Edwards, haberme puesto en relaciones con mister H..., con el amigo de lord S..., quien seguramente no se habría negado á bendecir la unión de su sobrina con el hombre que la había salvado la vida.

Pero este último temperamento se presentaba á mis ojos como una sórdida especulación, como un frío cálculo de egoísmo y de ambición, como el interesado sacrificio de la ardiente y generosa pasión de Fanny, como la codiciosa satisfacción de la preferencia que sentía por el tranquilo y agraciado afecto de Florence.

Ante consideraciones de tanto peso para mi alma delicada, toda duda y toda vacilación desaparecieron de mi atribulado pecho, y al regresar al hotel acompañando á Missis Edwards, mi partido estaba irremisiblemente tomado; y como temeroso de dejarme arrastrar por la ambición de una ventura comprada con deslealtad y doblez, dije resueltamente: *Vade retro* al halagüeño horizonte que un destino, á la par venturoso y cruel, abría para el emigrado que, maltratado por la fortuna, tenía delante de sí un brillante porvenir, y probablemente un dechado de felicidad doméstica, capaz de haber satisfecho la ambición de una naturaleza más positiva y ménos ideal que la que se abrigaba en el protagonista del triste episodio que voy narrando.

Pero estaba escrito en el libro de mi singular destino que debía responder con reiterados desdenes á los favores que en mi primera juventud y aun en mi edad provecida no cesó de brindarme la caprichosa fortuna, que tan perseverante se mostró en favorecerme, como yo lo estuve en sacrificar las realidades de la vida al engreimiento de mis opiniones en la región de lo vago y de lo desconocido.

Había desatendido en Egipto la oportunidad de las prosperidades mercantiles á que me convidó la amistad del cónsul Drovetti; decliné en Florencia la generosa protección del magnate ruso, que tantas instancias me hizo, y á quien merecí tan afectuosas simpatías.

La revolución de Julio de 1830 en París, debía más tarde ofrecerme nueva y brillante coyuntura para haber asegurado una posición política y social de primer orden, y el testimonio de todos los que en Madrid y en España han participado de la vida pública en los años trascurridos de 1835 á 1854, pueden dar testimonio de la insólita abnegación que constantemente me llevó á posponer mi engrandecimiento y mi fortuna privada, á la satisfacción de las necesidades morales, creadas por el culto de los principios que han constituido la fe política y las aspiraciones de orden moral á las que he consagrado una larga vida de sacrificios, de padecimientos y de trabajos en beneficio de lo que he mirado ser del interés de mis semejantes.

ANDRÉS BORREGO.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

Con ser Angulema población de tercero ó cuarto orden, tiene, como todas las capitales de departamento, muy buenos carruajes de alquiler, y los cocheros saben todo lo que hay que ver en la ciudad y sus alrededores; con lo cual y con las excelentes *Gulas* que se han publicado, los extranjeros pueden visitar cuanto hay de notable ó simplemente de curioso. Nosotros tomamos aquella mañana uno de esos carruajes, que era abierto y de los llamados victorias; en él recorrimos el recinto, gozando de los magníficos aspectos que desde él ofrecen los alrededores de Angulema, y visitamos luego sus edificios más notables empezando por la catedral, situada no lejos de las murallas y que está dedicada á San Pedro; aunque muy restaurada, del estilo románico y se construyó primitivamente en el siglo XII; la fachada es riquísima, llena de estatuas de carácter antiguo; sólo tiene una nave que coronan tres cúpulas; la torre fué enteramente reconstruida por M. Abbadie hace pocos años; en el interior la sillería del coro es del siglo XVI y sin ser muy rica es de buen gusto; también se ven incrustados en el muro los sepulcros de cuatro obispos, que no tienen más mérito que su antigüedad, pues pertenecen á los siglos XI y XII, en que las artes del dibujo estaban en su mayor decadencia.

La iglesia de San Marcial es muy linda y tiene un campanario de cincuenta metros de altura; pero, como otras muchas de Francia, es una imitación del estilo románico hecha del año 1852 á 53. Más curiosa es la iglesia de los Franciscanos, que sirve hoy de capilla al Hospital, pues conserva hermosas vidrieras, y allí existe el sepulcro del famoso *Guez de Balzac*. También es notable la colegiata de San Andrés, que fué edificada en el siglo XII, donde hay un púlpito que es una obra de arte. El palacio de Justicia y la fuente que está en la plaza del Moral, aunque obras modernas, son de mérito; pero lo tienen mayor para los curiosos el palacio Obisbal, edificio del siglo XVI, restaurado, la casa donde nació Balzac en 1597, y la de San-Simon, del gusto del Renacimiento.

La principal industria de Angulema es la fabricación de papel; tiene unas veinte fábricas, y las más notables son las de *Mauumont* y de *Veuse*, alimentadas por las aguas de la *Boivre*, á seis kilómetros de la ciudad, en el valle más pintoresco de aquellos contornos.

Terminada nuestra excursión, y sabiendo que habíamos visto lo más curioso de Angulema, después de almorzar, y ya bien entrada la tarde, emprendimos de nuevo nuestro viaje, llegando todavía con mucha luz á *Poitiers*, que dista de Angulema muy pocos kilómetros: el camino es ameno y hay en él varios túneles y otras importantes obras de fábrica.

La llegada á *Poitiers* es sorprendente, y el aspecto que ofrece la ciudad desde el camino, bellissimo, situada en la confluencia del *Clain* y de la *Boivre*, y rodeada por tanto de arboledas y de tierras de labor. Las torres y cúpulas de las iglesias y los techos de los principales edificios, parece que se destacan del fondo de un jardín inmenso, pero la llegada á la estación produce un gran desencanto, pues desde allí hay que subir por penosas pendientes á la ciudad, cuyas calles, tortuosas y estrechas, así como el caserío desigual y en general mezquino, no corresponden á la perspectiva que desde lejos ofrece; sin embargo, se nota por todas partes un carácter de antigüedad que no puede ménos de producir efecto en el ánimo de los aficionados á la historia, y un español encuentra ciertas analogías entre el aspecto de *Poitiers* y algunas de las antiguas ciudades de España, aunque existan entre ellas grandes diferencias; la primera impresión que me produjo la capital del antiguo *Poitu*, me recordó á Toledo, contribuyendo á tal recuerdo sin duda la subida desde la estación que en ambas ciudades es penosa. Así como en la capital de los *Recaredos* los coches suelen dejar á los viajeros en la plaza de *Zocodover*, á nosotros nos condujo el que tomamos en la estación, á la que allí llaman *du Palais*, porque en ella está situado el palacio de la Justicia, que da su nombre al principal hotel de la población donde nos alojamos. El edificio, que es moderno, para justificar su nombre, está adornado con los bustos de los jurisperitos más notables de Francia, especialmente de los que han florecido en *Poitiers*, cuya escuela de derecho y cuyo foro han producido hombres eminentísimos en diferentes épocas.

Allí nos encontramos ya instalados á los señores de Ulloa; nosotros llegamos á buena hora para comer, y después de limpiarnos el polvo del camino despachamos esta perentoria diligencia de un modo satisfactorio y agradable, pues es cosa sabida que fuera de España se dá á esta necesidad de nuestra mezquina naturaleza humana la debida importancia, sin que sea posible decir lo que á este propósito, con su natural ingenio, después de llevar algunos días de residencia en Sevilla y conocer sus costumbres, dijo D. Juan Nicasio Gallego, y es que "allí el comer no se tomaba á cosa seria."

Empezaban á envolver las sombras de la noche los edificios y á brillar en las calles y tiendas las luces de gas, cuando lo agradable de la temperatura nos convidó á dar una vuelta, dirigiéndonos por la calle tortuosa, pero no mezquina, que desde la plaza del Palacio conduce á aquella donde están las Casas Consistoriales ó sea el *Hotel de Ville*: la contemplación del edificio nos trajo á la memoria la historia de *Poitiers*, que, prescindiendo de su remota antigüedad y de su origen galo-céltico, es interesantísima y por todo extremo curiosa desde la Edad Media hasta que, incorporada definitivamente al reino de Francia, empezó á experimentar cierta decadencia. En este período perteneció á diversos señores, formando parte mucho tiempo del Ducado de Aquitania, y en 1356, de resultas de la batalla dada en los campos de *Mompertuis*, casi á la vista de la ciudad, en que fué deshecho el ejército francés y prisionero el Rey Juan por el famoso príncipe

Negro, cayó en poder de los ingleses, de que fué rescatada por el no ménos célebre Beltran Duguesclin que, así como el príncipe, hicieron teatro de sus hazañas á Castilla en el turbulento reinado de Don Pedro I, á quien favorecía el inglés, mientras que el auxilio del condestable, que llamaban *Clauquin* los españoles, aseguró la corona en las sienes de Don Enrique, ganando el primero la batalla de Nájera, donde fueron derrotados los partidarios del bastardo, y poniendo término el segundo á la lucha que asolaba á España en la memorable noche en que ayudó á Don Enrique á dar muerte á su hermano en los campos de Montiel, suceso aún más trágico que los que sirvieron de materia á Esquilo para su *Orestes* y *Eurípides* para su *Edipo*, y que la tradición castellana conserva en términos que no favorecen la memoria del héroe francés, sobre quien recae la culpa de tan horrible fratricidio.

Poitiers llegó al mayor grado de prosperidad en las turbulencias de los primeros años del siglo decimo quinto; fiel á los descendientes de San Luis, fué la ciudad más importante que primero reconoció como rey á Carlos VII, quien trasladó á ella, en 1418, el Parlamento y la Universidad de *Paris*, y en 1428 sirvió la ciudad de teatro de los extraordinarios sucesos de que fué heroína Juana de Arco, que al año siguiente derrotó á los ingleses é hizo coronar al rey en la basilica de *Reims*.

En medio de estos recuerdos, de vuelta en el hotel, concilié el sueño, que gocé profundo y tranquilo, hasta que me despertaron los acompasados redobles del tambor que oía primero vagamente á lo lejos, y que pronto noté que se acercaban hácia nuestra calle. Como el tiempo era tan benigno, tuve que tomar escasas precauciones para arrojarme de la cama y asomarme al balcón de mi cuarto, desde donde vi que el tambor venía á la cabeza de una larga procesion de hombres y mujeres, eclesiásticos y seculares, que entonaban cánticos religiosos, llevando algunas banderas ó estandartes; preguntando el motivo y objeto de aquella procesion, supe que era una peregrinación que de varios puntos había venido á visitar la tumba de Santa Redegunda, cuya fiesta se celebraba aquel día.

Ya con este motivo, aunque era muy temprano, nos dispusimos á hacer nuestras excursiones para ver las cosas notables de la ciudad, á cuyo fin, después de un ligero desayuno, nos dirigimos á la *Plaza de Armas*, que antes se llamó el *Mercado viejo*, y desde 1687 *Plaza Real*, por haberse erigido aquel año en medio de ella una estatua de Luis XIV; pero esta estatua desapareció con el nombre de la Plaza en 1793, y el lugar del monumento lo ocupa hoy una fuente.

Hácia el Oeste de esta plaza se abre una calle, aun no terminada, y á su final está el palacio de la Prefectura, edificio moderno de escaso gusto, en el que están los archivos del departamento, que encierran cerca de tres mil legajos, entre ellos varios que contienen documentos antiguos muy interesantes para la historia de la ciudad y aun de toda Francia.

No lejos de la prefectura esta la calle llamada *Nueva*, que hace años ha dejado de serlo, y en la esquina de la izquierda se ve incrustado en la pared un monumento formado por una pirámide sobre un basamento en el que, si bien mutilado, se descubre en alto relieve la figura de un obispo, el cual representa á San Hilario, que lo fué de la diócesis de *Poitiers*, y el monumento conmemora un milagro del santo, que consistió en devolver la vida á un niño que se había ahogado por haberle dejado su madre en un barreño para salir á ver al obispo; que pasaba rodeado de gran muchedumbre para visitar las iglesias de la ciudad.

Las Casas Consistoriales, que aun no están terminadas, no son, como edificio, muy superiores á la Prefectura, á pesar de la torre que forma la portada, en la que está colocado un reloj que debiera ser el regulador del tiempo en la ciudad. El Ayuntamiento de *Poitiers* es de los más antiguos de Francia, y su *fuero* data del último año del siglo duodécimo, habiéndosele otorgado Alienor de Aquitania; no hay para qué decir que el régimen municipal tuvo por aquella época gran desarrollo en toda la Europa occidental, y que los reyes lo favorecieron para contraponerle al predominio de los señores; en España la reconquista ayudó á este movimiento, y en Castilla, sobre todo las ciudades y villas, alcanzaron muy pronto mayor importancia que los magnates.

La Universidad de *Poitiers* se estableció en el mismo edificio que el Ayuntamiento, y fué creada por bula de Eugenio IV, dada en 29 de Mayo de 1431, y por privilegio de Carlos VII, fechado en Marzo del año siguiente; pero sus facultades y cátedras ocuparon diversos locales, y en el convento de los Jacobinos fué donde principalmente, y por más tiempo, se celebraron sus grandes ceremonias, habiendo sido también domicilio de las cátedras de teología las dependencias de la iglesia de San Oportuno; pero la historia de la Universidad de *Poitiers* está más especialmente ligada con la de *San Porchario*, que está cerca de la casa del Ayuntamiento. Saliendo de ella, á la izquierda, y como á unos doscientos pasos, nos encontramos frente á esta iglesia, cuya campana anunciaba los ejercicios literarios, y cerca de allí está una lumbre que da acceso á una cloaca; aquella piedra se llama el *Puente de San Porchario*, y este engañoso nombre servía á los alegres estudiantes para asustar á sus padres diciéndoles que se arrojarían desde el puente si no les otorgaban sus peticiones.

La iglesia de San Porchario era la parroquia más extensa de *Poitiers*, contando antes de la revolución más de dos mil feligreses de comunión: el edificio, obra del siglo décimo sexto, sólo es notable por ser uno de los templos que existen divididos en dos naves; pero lo es mucho la torre que sirve de fachada y que parece del siglo undécimo: se compone de la portada, que forma arco romano, con molduras y de tres órdenes de arcadas superpuestas, que se componen en el segundo y tercero de cuatro arcos geminados, coronando la composición un chapitel muy obtuso, formando el todo un conjunto armonioso y de mucho carácter.

Volviendo por la calle antes llamada de la Empera-

triz á la plaza de Armas, es de notar en ella la fachada de la iglesia de los Agustinos, del estilo del renacimiento, tal como se entendía en el siglo XVII, aunque la fundación de la primitiva iglesia se remonta al año de 1345, en que la hizo á sus expensas Roberto Berland, señor de la Halle, de una de las familias más antiguas de Poitiers.

En la misma plaza está el teatro, que como edificio vale poco, y cerca de él, en una casa donde se halla establecido un club ó casino, hay una lápida con una inscripción, en que se dice que el 22 de Febrero de 1840, murió allí Pedro Boncenne, decano de la facultad de derecho, que fué gloria del foro de Poitiers, y que escribió una obra que se tiene por clásica en la materia, y que, como expresa su título, es una *Teoría del procedimiento civil*.

Saliendo de la plaza de Armas por el ángulo del sudeste, y pasando por la calle de la *Lamproil* á la de *Evreuse*, encontramos en ella una puerta cochera que da acceso á un pátio, en cuyo fondo se vé una bóveda hemisférica sostenida por columnas, restos de la antigua iglesia de San Nicolás, perteneciente á la colegiata del mismo nombre, fundada y dotada antes del año de 1030, por Inés de Borgoña, tercera mujer de Guillermo el Grande, conde de *Poitou*. La construcción, que hoy sirve de caballeriza, es de aquella época, y en esto consiste su mérito. Al final de esta misma calle estaba el anfiteatro romano, á que debía aquel sitio el nombre de las *Arenas*, pero han desaparecido hasta los últimos vestigios de este monumento que fué muy famoso, y sobre el cual han escrito largamente los arqueólogos del *Poitou*, que generalmente atribuyen su construcción al emperador Galiano, aunque algunos la creen de la época de Adriano y Antonino. Este anfiteatro era de grandes dimensiones, y como todos los de su clase, de forma elíptica, midiendo su eje máximo total 155'80 metros y el menor 130, mientras en el de Nîmes, sólo miden el primero 129 y el segundo 97'98.

No lejos de estos sitios está el *Liceo de Poitiers*, que es uno de los más importantes de Francia, habiéndose incorporado en él los antiguos colegios de *Santa Marta*, de *Puygarreau*, y de *Montanaris*: en su portada se ve el busto de Enrique IV, con esta leyenda: *Enrique IV fundador*, y á un lado un medallón con la efigie de Luis XIV, en que se lee: *Luis XIV, bienhechor*. Después de muchas vicisitudes, este Liceo, que, como se sabe, equivale á nuestros Institutos de segunda enseñanza, aunque la que en ellos se dá es más extensa y tiene alumnos internos, ha llegado á contar cerca de seiscientos estudiantes.

En la calle de *Puygarreau*, inmediata al Liceo, y en el antiguo edificio de los carmelitas, existe la escuela de dibujo: pero lo más notable de esta calle es la casa señalada con el número 12, construida, según se lee en la portada, en 1554, y es un curioso ejemplar de la arquitectura de aquella época.

Inmediata á esta calle está la llamada de los Judíos, estrecha y oscura; en su fondo se ve aun un arco ojival al que debía corresponder otro en la entrada, por que lo mismo en Francia que en España las *juderías* estaban aisladas en medio de las ciudades y tenían puertas que se cerraban, no tanto por evitar que por las noches salieran de allí los judíos, como para oponer algún reparo á los ataques de que con tanta frecuencia eran víctimas en la Edad Media aquellos infelices.

En la plaza de *San Pedro Puellier*, y en la casa número 6, se conservan aun los restos de la iglesia de Santa Marta la antigua, cerca de la cual estaba el árbol á cuya sombra se durmió Santa Lohela, que según una tradición popular, acompañó á Santa Elena en la invención de la Vera Cruz, de que trajo á Poitiers un pedazo que se conservaba en la iglesia de San Pedro Puellier, que está en la misma plaza.

Cerca de la calle de San Simplicio están las religiosas de Santa Cruz, que, destruido su antiguo convento, ocupan el edificio que era antes el deanato: estas religiosas son las herederas de Santa Redegunda, y poseen varios objetos que le pertenecieron, custodiados en una arquita, obra notable del arte moderno, hecha por suscripción en 1856, por Juan B. Lassus. No lejos de allí está el edificio más notable de *Poitiers*, y sobre el que más se ha escrito; llámase vulgarmente la iglesia de San Juan. Algunos arqueólogos sostienen que es del siglo III y que fué construida bajo el imperio de Galiano, para mausoleo de Claudia Veronilla, mujer del gobernador de la provincia de Aquitania; pero prescindiendo de que la nave es construcción del siglo X al XI, el ábside, que es lo más antiguo, tiene en su parte interior varias señales, y entre otros el pez simbólico del nombre de *cristo*, que indican su carácter cristiano, y como las escavaciones que después se han hecho han descubierto restos de fábrica antigua que parecen de una piscina, lo más probable parece que el edificio de que hablamos sea el baptisterio de la primitiva catedral, hecho para administrar (como entonces se practicaba) el bautismo por inmersión.

ANTONIO FABIÉ.

(Continuará.)

SANTA TERESA Y SUS ESCRITOS.

Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, á la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire, he de poner á Shakspeare y Dante, y quizá al Ariosto y á Camoens; Fenelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan á ellos; pero toda mujer, que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo, comparada á Santa Teresa.

Y no la ensalzo yo como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los santos,

los doctores y los prelados sus contemporáneos la ensalzaban. No voy á hablar de ella impulsado por la fe poderosa que alentaba á San Pedro Alcántara, á San Francisco de Borja, á San Juan de la Cruz, al venerable Juan de Avila, á Bañes, á fray Luis de Leon, al padre Gracian y á tantas otras lumbreras de la Iglesia y de la sociedad española, en la edad de oro de nuestra monarquía, ni con el candor con que la amaban y veneraban todos aquellos sencillos corazones que ella robó con su palabra y con su trato para dárselos á su Esposo Cristo; sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo; incrédulo tal vez; con otros pensamientos, con otras aspiraciones, y, como ahora se dice, con otros ideales.

En verdad que no es este el punto de vista mejor para hablar de la Santa; pero yo apenas puedo tomar otro. No hay método además que no tenga sus ventajas.

Para las personas piadosas es inútil que yo me esfuerce. Por razones más altas que las mías, comparten mi admiración. Y en dicho sentido, nada acertaría á escribir yo ya que no hubiesen escrito tantos teólogos y doctores católicos de España, Alemania, Francia, Italia y otras naciones, devotos todos de la admirable monja de Avila, y que, en diversas lenguas y en épocas distintas, elogiaron sus virtudes, contaron su vida y difundieron su inspirada enseñanza.

Aunque este escrito mio no fuese improvisado, aunque me diesen años y no horas para escribirle, nada nuevo podría añadir yo de noticias biográficas, bibliográficas y críticas, después de la edición completa de las obras de la Santa, hecha por don Vicente de la Fuente, con envidiable amor, con afanoso esmero y con saber profundo.

Véome, pues, reducido á tener que hablar de la Santa sólo como profano en todos sentidos.

Mis palabras no serán más que una excitación para que alguien, con la ciencia y el reposo de que carezco, no en breve disertación sino en libro, exponga por el método que hoy priva aquella doctrina suya, que fray Luis de Leon llamaba *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron*.

Algo de esto ha hecho, para vergüenza nuestra, un escritor francés, Pablo Rousselot, en libro que titula *Los místicos españoles*, donde, si deja mucho que desear, aun nos da más que agradecer, ya que ha sido el primero en tratar el asunto como filósofo, moviendo á algunos españoles, á par que á impugnarle y completarle, á imitarle y á seguir sus huellas. Tales son un distinguido compañero mio, que no nombro, porque ofendería su modestia, y el filósofo espiritualista de Béjar, D. Nicomedes Martín Mateos, á quien me complazco en mentar aquí y con cuya buena amistad me honro.

La dificultad de decir algo nuevo y atinado de Santa Teresa crece al considerar lo fecundo y variado de su ingenio y la multitud de sus escritos; y más aun si tenemos en cuenta que su filosofía, *la más alta y más generosa*, no es mera especulación, sino que se trasforma en hechos y toda se ejecuta. No es misticismo inerte, egoísta y solitario el suyo, sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobó; desde la cámara del vino donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, porque él le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente; y embriagada con el vino suavísimo del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien, y ya no *muere porque no muere*, sino que anhela vivir para serle útil, y padecer por él, y consagrarle toda la actividad de su briosa y rica existencia.

Pero aun prescindiendo aquí de la vida activa de la santa y hasta de los preceptos y máximas y exhortaciones con que se prepara á esta vida y prepara á los que la siguen, lo cual constituye una admirable suma de moral y una sublime doctrina ascética, ¿cuánto no hay que admirar en los escritos de Santa Teresa!

Divertida y embelesada la atención en tanta riqueza y hermosura como contienen, no sabe el pensamiento dónde fijarse, ni por dónde empezar, ni acierta á poner orden en las palabras.

A fin de decir, sin emplear muchas, algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración que la agitaba y que movía á escribir su mente y su mano; un asomo de aquel estro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo, y que la mano la llevaba tan ligera que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embobada en ello que, aun cuando hiciesen ruido por allí, nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbaban.

No traigo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática, ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada había estudiado, en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo ser.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, á los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpétuo y as-

cedente. Es un milagro que crece y llega á su colmo en su último libro; en la más perfecta de sus obras: en *El Castillo interior ó las Moradas*.

La misma santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte*. [En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entonces, como dice el Sr. Lafuente, «una anciana de sesenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio parálitica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos.»

Así escribió su libro celestial. Así, con infalible acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme la había oído en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y oscuro de la mente; en mostrarnos, con poderosa magia, el mundo interior, el cielo empíreo, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

Su confesor el padre Gracian y otros teólogos, con sana intención sin duda, tacharon frases y palabras de la santa y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y en habla castellana, Fray Luis de Leon, vino á tiempo para decir que se podrían excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar á quien le yere *El Castillo interior* «que lea cómo escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor, y deje todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la Santa délo por no borrado, si no fuere cuando estuviere enmendado ó borrado de su misma mano, que es pocas veces.» Y en otro lugar dice el mismo fray Luis, en loor de la escritora, y censurando á los que la corrigieron: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía á escribir, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque, si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiere las tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura.»

Entiendo yo, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la santa, y singularmente de *El Castillo interior*, que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, aun miradas sólo como dechado y modelo de la lengua castellana, de naturalidad y gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado á principios de este siglo y con todos los resabios del enciclopedismo francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo á Santa Teresa y ambos Luises, y me decía que era por el deleite que le causaba la dicción de estos autores; pero que él prescindía del sentido, que le importaba poquísimo. El razonamiento de mi amigo me parecía absurdo. Yo no comprendo que puedan gustar frases, ni períodos, por sonoros, dulces ó enérgicos que sean, si no tienen sentido, ó si del sentido se prescinde por anacrónico, enojoso ó pueril. Y sin callarme esta opinión mía, y mostrándome entonces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo que, así en las obras de ambos Luises como en las de Santa Teresa, aun renegando de toda religión positiva, aun no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender, y no poco de que maravillarse; y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrían nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido sustancial, y sin sentir conforme al nuestro, esto es, humano y propio y vivo siempre en todas las edades y en todas las civilizaciones, mientras nuestro ser y condición natural duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia á su aplicación á las obras de la santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la *Vida*, en *El camino de perfección*, en los *Conceptos de amor divino* y en las *Cartas* y en *Las moradas*, un interés inmortal, un valer imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, y bellezas de fondo, que las bellezas de la forma no mejoran si no hacen patentes y visibles?

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero, ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicación de la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamientos no cabe y no se descubre en los caminos por donde la santa llega á la ciencia, la comprende y la enseña y declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observación, que descubre ó inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la oscuridad, iluminándolo todo con luz clara, y estudiando y reconociendo su ser interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede á nuestros místicos, y sobre todo á Santa Teresa, este gran valor psicológico: la compara con Descartes: dice que Leibniz la admira; pero Rousselot niega casi la trascendencia, la virtud, la inspiración metafísica de la santa.

Puntos son estos tan difíciles, que ni son para

tratados de ligera, ni por pluma tan mal cortada é inteligencia tan baja como la mia.

Me limitaré sólo á decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las Moradas*, la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente; y que la Santa, por el camino del conocimiento propio, ha llegado á la cumbre de la metafísica, y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera é irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.

El alma de la santa es un alma hermosísima, que ella nos muestra con sencillo candor: esta es psicología; pero, hundiéndose luego la santa en los abismos de esa alma, nos arrebató en pos de sí, y ya no es su alma lo que vemos, sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito, y más rico que el universo, y más luminoso que un mar de soles. La mente se pierde y se confunde con lo divino; más no queda allí aniquilada é inerte; allí entiende aunque es pasiva; pero luego resurge y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive con el cuerpo, corroborada por aquel baño celestial, y capacitada y pronta para la acción, para el bien y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar en esta existencia terrena.

Lo que la santa escribe como quien cuenta una peregrinación misteriosa, lo que refiere como refiere el viajero lo que ha visto, cuando vuelve de su viaje, no ganaría, á mi ver, reducido á un órden dialéctico; ántes perdería: pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase á hacer este estudio para probar que hay una filosofía de Santa Teresa.

JUAN VALERA.

ELECTRICIDAD Y MAGNETISMO.

X

Vemos, según lo dicho, que el *par de una pila* no es otra cosa que el conjunto de dos cuerpos electrizados en sentidos inversos, unidos por un hilo metálico. Mientras la comunicación no exista, los fenómenos son puramente de tensión, como no hay en las cañerías de agua más que presiones en tanto que las llaves están cerradas; pero la tensión se convierte en movimiento, ó sea en corriente, en el instante en que se cierra el circuito.

Presentemos aún otro ejemplo en que se ponga más en relieve la serie de fenómenos que en las pilas químicas ó termo-eléctricas se desarrollan.

Imaginemos un depósito de agua, y, por un medio mecánico cualquiera, determinemos en la masa líquida una violenta agitación; mas de tal modo, que el agua se acumule hacia un lado, abandonando el otro. Si en este instante colocamos entre las dos partes del depósito una compuerta ó tablado que ajuste perfectamente con las paredes é impida toda comunicación, claro es que el depósito principal habrá quedado dividido en otros dos depósitos parciales, en los que el nivel será distinto. En el que corresponde á la región hacia donde acumuláramos el agua, el nivel del líquido será superior al primitivo, en el opuesto habrá descendido la superficie, y si ponemos ambos compartimientos en comunicación por medio de un tubo, del depósito superior partirá una corriente que vendrá á restablecer el vacío del depósito inferior.

Esta es, reducida á su expresión más elemental, la teoría de la *pila eléctrica*. Puestos en contacto dos cuerpos,—zinc y agua acidulada, bismuto y antimonio, etc.,—la acción química, el contacto, el calor ú otra fuerza cualquiera, que poco nos importa cuál pueda ser, determina una violenta agitación en el éter, y á causa de la distinta constitución molecular de los dos cuerpos, el fluido etéreo se acumula en uno de ellos, que es el polo positivo, abandona al otro, que de esta suerte se convierte en polo negativo, y por el alambre eléctrico, si el circuito está cerrado, se descarga el éter en exceso, viniendo á llenar el vacío que en el polo opuesto se formó: la acción continuará mientras la causa del desequilibrio etéreo siga obrando.

El polo positivo de la pila es el depósito superior del ejemplo precedente; el polo negativo, el depósito inferior; el conductor, el tubo que unía ambos depósitos; y en vez de ser *agua* es *éter* la sustancia fluida que circula.

Más aún, si, volviendo al depósito de agua desnivelado, suponemos que tanto el compartimiento superior, como el más bajo, se unen por dos tubos á otro depósito infinito (el mar, por ejemplo), cuyo nivel constante sea el primitivo de nuestros dos depósitos, es evidente que, desde el punto en que se abran las llaves de las cañerías, aparecerán dos corrientes; una del compartimiento superior al mar, vaciándose de este modo el agua en exceso; otra desde el mar al compartimiento inferior, que llenará el vacío de éste, quedando al fin el mar y los dos depósitos en equilibrio, es decir, al mismo nivel.

Pongamos ahora los dos polos de una pila, no en comunicación directa, sino con el suelo, que es depósito infinito de éter, verdadero océano de este fluido: ¿qué sucederá?

Que se establecerán, como en el ejemplo anterior, dos corrientes: una del polo positivo al depósito común, y es el éter sobrante que fluye; otra desde la tierra al polo negativo, y es el océano de etéreo que llena el vacío de dicho elemento de la pila.

La semejanza entre aquel y este caso no puede ser más completa, ni la explicación más satisfactoria, ni más sencilla la hipótesis; pero no basta. No basta en la ciencia, repetimos, con semejanzas más ó menos perfectas, con analogías más ó menos ingeniosas; es preciso determinar leyes, obtener fórmulas, hallar relaciones numéricas y comprobar prácticamente estas leyes, estas fórmulas y estas relaciones. Tal es el método que ha dado fuerza y valor á la teoría de la atracción universal; el que siguió Ampère para comprobar la exactitud de la teoría electro-dinámica; y con el que Fresnel y Cauchy han elevado la teoría de la luz á la gran altura á que hoy se halla; tal es, en fin, el método que actualmente se emplea para buscar la explicación definitiva y analítica de los fenómenos caloríficos.

Pero las teorías exactas hacen más; no sólo *explican*, sino que *predicen*.

Así en astronomía se calcula y se anuncia el día, la hora, el minuto y el segundo de un eclipse; así se afirma, sin haberlo visto jamás, la existencia de un nuevo astro; así profetiza Hamilton, por el estudio analítico de la superficie de la onda, la existencia de la refracción cónica, hecho completamente desconocido, consecuencia inesperada, sutileza de cálculo que por algún tiempo sumerge á los físicos en profundas dudas, pero que al fin Lloyd comprueba con un gran cristal de aragonita, obteniendo de esta suerte un magnífico triunfo de la teoría de Fresnel.

Por más que la hipótesis del padre Secchi sea natural é ingeniosa, y satisfaga á la razón y esté en perfecta armonía con la tendencia de la Física moderna, preciso es confesar que no ha obtenido aún la sanción de la experiencia en el sentido que acabamos de exponer. Si explica con facilidad suma gran número de fenómenos, otras teorías hay que también los explican; así, por ejemplo, Mr. Renard, en una notable memoria (*Extrait des Mémoires de l'Académie de Stanislas*, 1365), supone que las corrientes eléctricas son debidas á las vibraciones longitudinales del éter, y aplicando las fórmulas de Mr. Lamé, halla y demuestra los principios fundamentales de la electro-dinámica.

Véase, pues, cómo el problema merece ser estudiado concienzudamente y sin dejarse arrastrar por apariencias seductoras.

XI

La hipótesis del padre Secchi no es una *teoría definitiva*, lo acabamos de decir, pero es algo más que una *hipótesis ingeniosa*.

No debe aceptarse incondicionalmente, pero fuera imperdonable ligereza rechazarla sin someterla á pruebas terminantes.

Y si no puede presentar en su abono fórmulas y comprobaciones numéricas, hay en su favor hechos por todo extremo notables, que hemos de citar, aunque de paso y á la ligera.

La corriente eléctrica, dice el padre Secchi, es una verdadera corriente: es el éter que circula por el conductor.

Hé aquí algunas pruebas en apoyo de esta hipótesis.

I. La cantidad de agua que pasa por un tubo depende, á igual de las demás circunstancias, de la longitud de la cañería; cuanto más larga, menor es la masa de líquido que pasa en 1" por cada sección.

La experiencia prueba que la cantidad de fluido eléctrico que pasa por el conductor, varía inversamente con la longitud de éste.

Hay, pues analogía entre ambos casos.

II. La masa de agua que corre por un tubo crece con el diámetro.

La intensidad de la corriente crece también con el diámetro del hilo metálico.

Continúa la concordancia entre ambos fenómenos.

III. Para la misma longitud y el mismo diámetro, el agua que lleva un conducto es tanto mayor cuanto menores son los rozamientos.

La intensidad de la corriente eléctrica varía con el coeficiente de conductibilidad, que mide en rigor la resistencia propia del hilo.

En resumen, el diámetro, la longitud y la resistencia influyen, no diremos de la misma manera, pero sí en el mismo sentido, sobre el movimiento del agua por un tubo, que sobre el movimiento de la electricidad por un circuito.

La comprobación sería más terminante si las expresiones analíticas de ambas leyes fuesen las mismas.

IV. A todo lo largo de una cañería la presión es variable y decreciente, y la línea de carga es rectilínea.

En armonía con este mismo principio, las tensiones eléctricas varían, según la teoría de Ohm, en todo conductor homogéneo y de diámetro constante, con sujeción á la misma ley lineal.

V. Si en un conducto de agua se cierra repentinamente una llave, la masa de la columna líquida en movimiento tiende á continuar su marcha y determina contra la extremidad cerrada de la cañería, un violento choque muy superior á la presión ordinaria. Este choque es el que se denomina *golpe de ariete*.

Al interrumpir una corriente etérea se presenta también en el extremo una mayor presión, tan grande á veces, que salta la *chispa eléctrica*. Puede decirse que el fluido golpea el extremo del conductor, y rompiendo la válvula atmosférica que lo cierra, se escapa en forma de surtidor luminoso, como en la fuente de la Puerta del Sol sale un penacho de espuma al encontrar abierta la extremidad del tubo.

VI. En toda corriente de agua la velocidad aumenta en los estrechamientos y disminuye en los ensanches; pues un efecto análogo se observa en los conductores eléctricos. Donde el diámetro del alambre es menor, la temperatura aumenta, y decrece allí donde es mayor.

¿Pero qué relación existe, se preguntará, entre la velocidad del éter en un circuito y la temperatura de éste?

La relación es bien natural. El éter circula entre las moléculas del hierro, empapando, por decirlo así, la masa del metal; va al través de las partículas ponderables, en cierto modo, como el agua va por un macizo de arena, aunque con extraordinaria rapidez, gracias á su esencia eminentemente sutil; en su movimiento choca con las moléculas del metal y las arranca de su equilibrio, y las pone en vibración, y esto es, según lo que ya sabemos, aumentar el calórico del hilo metálico; de ahí el hecho reconocido y demostrado de un desarrollo más ó menos notable de calor en todo circuito sometido al paso de una corriente eléctrica.

Del mismo modo que un río corre tranquilo donde el cauce es ancho y abierto, y donde se estrecha y cierra se precipita la corriente, arrastrando gravas y arenas, revolviendo el fondo, cubriendo de espuma la superficie, así el éter, en los conductores de gran diámetro pasa tranquilo haciendo apenas vibrar la masa, y en los hilos extremadamente delgados, se precipita impetuoso, pone en violenta vibración las moléculas, eleva, por consiguiente, la temperatura del metal, y tal vez lo enrojece, cubriendo la superficie de espuma luminosa.

VII. Una *pila eléctrica*; un *hilo metálico* que une sus dos polos, ya directamente, ya por el intermedio de la tierra, como sucede en los telégrafos; y á lo largo de este circuito, uno, dos ó más *voltímetros*, en los que la corriente eléctrica descompone el agua ú otros cuerpos, *máquinas electro-motrices*, *galvanómetros*, etc., este conjunto de aparatos, repetimos, trae á la memoria por semejanza admirable, la imagen de un río con sus vados y sus angosturas, sus caídas de agua, sus molinos harineros y sus artefactos de toda clase.

Como el agua corre, gastando la fuerza viva en socavar las márgenes, en hacer girar las piedras de los molinos, en mover las máquinas hidráulicas que encuentra en su curso, y al fin termina en el mar; así el éter, corriente maravillosa é invisible, pasa también por su férreo cauce agitando las moléculas del conductor (aumento de temperatura), transformando su fuerza viva en operaciones químicas en los voltímetros (reducción del agua), y en trabajo mecánico en los aparatos electro-motores, y en giros circulares galvanómetros, y al fin vierte en la tierra, océano infinito de fluido etéreo.

Si aún se quiere mayor semejanza, interrumpase el hilo conductor de trecho en trecho por pequeños intervalos, y del mismo modo que donde falta la continuidad de la pendiente en el río salta el agua en espumante cascada, donde falte la continuidad del conductor saltará el éter en forma de chispa eléctrica, verdadera *cascada de luz*.

VIII. No es lo que precede una vana y violenta analogía, que hay, por el contrario, gran fondo de verdad en todo ello; porque así como las presas establecidas, los artefactos contruidos, las pendientes y las secciones de un canal ó de un río, determinan el *gasto* de la corriente, su velocidad y sus presiones, así también la longitud del circuito, sus tensiones extremas, diámetros, coeficientes de conductibilidad, voltímetros y otros mecanismos establecidos en él, determinan y fijan la intensidad de la corriente, ó sea la masa de éter en circulación y al propio tiempo sus velocidades y tensiones.

IX. Considerando á las corrientes eléctricas como verdaderos *transportes* de éter, pueden aun explicarse las atracciones y repulsiones de los conductores y los fenómenos de inducción.

Permítasenos á este fin presentar algunos ejemplos, no como demostraciones, sino para dar relieve á nuestro pensamiento y que se comprenda con facilidad.

Imaginemos un río corriendo por su cauce; nadie ignora que, por lo general, son eminentemente porosos los lechos de las corrientes naturales y que, por lo tanto, á más de la corriente que se ve, circulan otras subterráneas, empapando el terreno ambiente; entre la corriente libre y las corrientes de filtración existe forzosa dependencia; nunca se alteran la altura, la velocidad, las condiciones generales del movimiento en la primera, sin que se modifique á la vez el régimen de las segundas, extendiéndose en ciertas ocasiones esta acción á distancias considerables.

Pues bien, toda corriente eléctrica que circula por un conductor es como un río de éter que fluye por un cauce metálico, y la atmósfera que le rodea es como la arena del ejemplo precedente que rodea á la corriente libre. Así los movimientos del éter en el circuito se transmiten, aunque difícilmente, á todo alrededor, llegando á los conductores próximos y determinando corrientes inducidas.

No entraremos en más detalles respecto á este

punto, muy interesante sin duda, pero que no aparece en la obra del padre Secchi con el rigor que fuera de desear.

XII

MAGNETISMO. Las manifestaciones más vulgares del magnetismo son el *iman* y la *aguja imantada*, y ambos fenómenos no son en el fondo otra cosa que *atracciones ó repulsiones*, y en suma, *movimientos* de la materia.

Dividen Oersted y Ampère la gloria de haber reducido la electricidad y el magnetismo á una sola teoría. El *primero* por haber descubierto las influencias atractivas ó repulsivas de las corrientes eléctricas sobre las agujas magnéticas; el *segundo* por haber creado, con su gran talento y sus profundos conocimientos matemáticos, la admirable teoría *electro-dinámica*.

Dos fenómenos al parecer diversos,—la corriente eléctrica y la direccion constante de la aguja,—han sido al fin resueltos en un hecho único, la *accion de las corrientes sobre las corrientes*, resultando de aquí la síntesis filosófica de la electricidad y el magnetismo.

El magnetismo no existe ya: el fluido magnético es un ente de razon, una palabra tan sólo, una creacion inútil; y con él se desvanecen los dos fluidos secundarios (el boreal y el austral), que al entender de los antiguos físicos constituían los elementos fundamentales de su doble y misteriosa esencia.

El magnetismo no existe, repetimos: sólo existe la electricidad, y así Ampère, semi-dios de la ciencia, ha creado el *iman* por medio del *solenoides*, es decir, haciendo circular por un hilo en espiral una corriente eléctrica.

Los imanes artificiales se dirigen al polo Norte, como la aguja imantada: se atraen por sus polos opuestos, y se rechazan por los del mismo nombre: se desvían bajo la acción de las corrientes, como la aguja de un galvanómetro: y aun ¡admirable comprobación! las agujas imantadas y los solenoides se atraen y rechazan del mismo modo y obedeciendo á las mismas leyes numéricas que si ambos fuesen solenoides, ó ambos fuesen imanes. Son, pues, individuos de la misma familia.

De aquí resulta este gran principio: *los cuerpos magnéticos son conjuntos de corrientes eléctricas en espiral*.

Por eso decíamos, al comenzar este último y larguísimo artículo, que la electricidad, aun sin ponerse en relacion con la luz y el calor, era ya una gran *unidad* y una gran *síntesis*, puesto que era el resultado de la fusion de tres series de fenómenos, muy distintos en la apariencia: los fenómenos estáticos, las corrientes eléctricas y los fenómenos magnéticos.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA RETIRADA.

CUENTO-SUCEDIDO.

V

Ya no estaba de moda el paseo de las Delicias, ya no había café de Solito en Madrid, y los dos amigos, que no abandonaban su antigua costumbre de pasear juntos, entraban en el Suizo al caer de una tarde de invierno, despues de dar la *vuelta grande* al Retiro.

D. Juan llamaba al mozo y D. Pedro alargaba la mano hácia un número de *La Iberia*; leía un poco, y decía con mal disimulado despecho á su inseparable:

—Mira, mira el juicio que hace Rosa Gonzalez de la nueva comedia estrenada en los Basillios, y de su ejecucion.

D. Juan cojía el periódico, y replicaba despues á don Pedro, sonriendo de un modo bastante triste:

—¿Y esto te extraña? Ese actor es un chiquillo... tiene buena figura...

—Sí, eso dicen las mujeres! (interrumpía D. Pedro.)

—Tiene buena voz... (continuaba D. Juan.)

—Dí que grita mucho (tornaba á interrumpir el otro); dí que grita mucho, y que en España ya no tienen razon más que los que gritan. Pero no son esas alabanzas lo que me ha indignado: por lo mismo que comprendo perfectamente que se escriben el con exclusivo propósito de molestar, no me hacen el menor efecto... Te lo aseguro. Lo que me irrita es lo que se dice del nuevo engendro de tu antiguo protegido. ¿Te has fijado bien en la frase? «Hoy no tiene nuestro teatro quien aventaje al aplaudido autor en este género de obras.»

—Había, efectivamente, saltado los párrafos en que sólo se ha querido zaherirme... Lo único que á mí puede molestar en este artículo, es lo que se refiere á tí... «No hay hoy día entre nuestros actores quien hubiera sabido dar al papel del conde de Castilla tanta verdad y tanto relieve...» ¡Cuidado si es absoluta la proposicion! En cuanto á la conducta del otro mocito conmigo, yo me tengo la culpa de todo lo que sucede... A mí me debe el haber metido la cabeza en el teatro... Sin la saludable severidad con que yo juzgué sus primeros mamarrachos, ¿qué habria sido de él? Pues ya ves cómo me paga: intrigando para que se me hagan desaires cuando sus amigos le celebran en los periódicos... ¡Hombre, si ha llegado hasta á no saludarme!...

—¿Es posible!...

—Como lo oyes; y lo más gracioso es que se funda en que yo he dejado de hacerlo antes que él. ¡Iba yo á devolver el saludo á un ente que siempre se me quitaba el sombrero de mala gana?

—Estás cargado de razon. Pero ¡Dios mio, qué cosas

le gustan hoy al público! Quisiera yo ver á estos jovencitos trabajando delante del público de nuestro tiempo.

—¡Ya lo creo! ¡Aquello era un público!

—Con aquel público no se jugaba.

—Y para que él aplaudiera una cosa, mérito habia de tener.

—Hoy día es bien sencillo el conquistar aplausos. Te dejas en casa la conciencia, te vas siempre derecho al efecto, te adelantas hácia las candilejas, le dices al público: «O me aplaudes ó te dejo sordo,» y ¡claro está! el público aplaude, unas veces por compasion y otras por miedo.

—Hoy día no hay premio más que para la extravagancia, la exageracion y la grosería. El que no pinte con brocha gorda, no espere que nadie repare en sus cuadros.

—¡Ya! Pero los que nos hemos criado de otra manera, los que siempre hemos tomado el arte en serio, los que consideramos nuestra profesion como un sacerdocio y no como un oficio, no somos capaces de echar las piernas por alto porque cuatro majaderos lo exijan.

—¿A quién se lo dices?

—Ya ves tú si á mí me seria fácil obtener aplausos desde el momento en que me olvidara de lo que me debo á mí mismo. Pero, á ese precio, no los quiero.

—Lo mismo, exactamente, me sucede á mí.

—Convengamos, sin embargo, en que es muy triste lo que nos pasa. No todo el mundo se da cuenta de la razon de las cosas, y no faltará por ahí quien achaque á impotencia este voluntario sacrificio que venimos haciendo en aras del arte y contra todos nuestros intereses.

—¡Hombre! ¡Tendria gracia que lo achacasen á impotencia!

—Y el caso es que uno no puede menos de desanimarse y de sentir ganas de echarse en el surco y dejar que todo se lo lleven los demonios.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡y nuestro deber?

—Nuestro deber... Desengáñate, Juan...

—Nuestro deber nos obliga á morir al pié del cañon ántes que entregarnos. Si no mirásemos más que nuestra conveniencia, si nos metiéramos en nuestra casa y dijéramos: «Ahí queda eso...»

—Que es lo que el público merece...

—Convenido; pero ¿qué seria de la generacion artística que ha de seguirnos? ¿Tenemos acaso derecho para privarla de toda guía en el principio de su carrera? ¿Vamos á ser capaces de dejarla sin otros modelos que los que le presenta *La Iberia*?

Y D. Juan cogió el periódico y lo estrujó indignado entre sus manos, prosiguiendo despues de una lijera pausa:

—¿Cuándo es tu beneficio, Pedro?

—Si te dijera que estaba por renunciar al que estipulé en mi contrato...

—Vamos á ver: ¿y á qué viene esa tontería?

—Para tener tres ó cuatro mil reales de entrada y para no recoger otros regalos que la corona que tú me echas todos los inviernos y las alhajas con que me obsequiaran *in illo tempore* y que mi mujer me envía en tales noches al teatro valiéndose de una porcion de recursos á cual más ingenioso...

—¡Tres ó cuatro mil reales!... Y ¿por qué no has de tener un lleno completo?

—Porque en los Basillios anunciarán aquel día la centésima representacion de *García del Castañar* ó de *El conde de Castilla* y cerrarán el despacho y no quedará público para mí. Ahí tienes la razon; ahí la tienes.

—Poco á poco: ¿quieres que se cierre el despacho de nuestro teatro la noche de tu beneficio y que los chorizos se mueran de frio y de hambre, como dice D. Serapio en *El café de Moratin*?

—Querer, si quiero...

—Pues con querer basta. Cuenta con una obra mia para tu beneficio. Ya está todo arreglado.

—Una obra tuya... ¿Nueva?

—Nuevecita.

—¿Cómo se llama?

—Como tú quieras, porque aún no he comenzado á escribirla ni sé lo que va á ser.

—¿Aún no sabes?...

—No: ya estoy harto de pasarme seis meses pensando una obra para que me la quiten del cartel á los cuatro dias; ya tengo ganas de demostrar á ciertas gentes que no hay cosa más fácil que hacerse aplaudir. Quince dias me sobran á mí para componer un drama del género á la moda... aunque escrito en castellano, porque yo no puedo escribir de otra manera... no sé escribir de otra manera...

—Ni hay necesidad de ponerse uno en contra de todas sus convicciones para conquistar aplausos. Hay que transigir, en cierto modo, con la corriente; pero nada más que transigir... «Transigir es gobernar,» como dijo no sé quien... ¿No fué Calomarde?

—No recuerdo; pero creo que no fué Calomarde. En fin, lo dicho, cuenta con el drama. Ya verás qué disgusto damos antes de un mes á los de los Basillios.

—Sí, es preciso hacerles entender que si no alcanzan ciertos triunfos, es lisa y llanamente porque no los queremos alcanzar.

—Porque renunciamos á ellos.

—Pero los tenemos siempre á nuestra disposicion.

—Y los conseguimos... sin desoir por completo las exigencias del arte!

—¡Eso por sabido se calla!

VI

La idea de D. Juan no podia ser más razonable ni más oportuna, y desde el momento en que ambos se ponian de acuerdo para hacer pública manifestacion de sus fuerzas y mostrar á sus engreidos rivales cómo se componia y como se representaba una obra de teatro, esta obra necesitaba encerrar en sí todas las condiciones del poema dramático y ofrecer al actor ancho campo para lucir todas sus cualidades.

—Una vez arrojado el guante, el desafío habia de ser en

regla; y nuestros dos valerosos combatientes decidieron que fuese á muerte. Y á muerte fué.

El drama se titulaba algo parecido á *Risas y lágrimas* (renunció á la tentacion de revelar su verdadero nombre): era, al mismo tiempo, cómico y trágico,—quiero decir que tenia escenas terribles á lo Shakespeare y otras festivas y retozonas á lo Tirso; no carecía de cierto carácter histórico, pero estaba lleno tambien de fantasia y de novedad: era una mezcla dichosa de clasicismo y romanticismo, de profundidad y de ligereza, de complicacion y sencillez: era, si el lector me tolera la frase, un arca de Noé en tres actos y en verso. Allí habia escenas de amor tan tiernas como las más acarameladas de *Julieta y Romeo*, relaciones tan terroríficas como la celeberrima del *Edipo* de Martinez de la Rosa, situaciones capaces de sorprender al autor de *El vaso de agua* y epigramas que no hubiera desdeñado el de *A Madrid me vuelvo*.

Don Juan habia, pues, encontrado manera de presentarse al público reuniendo en sí las aptitudes más opuestas, y D. Pedro se lisonjaba de ser la noche de su beneficio un Talma al par que un Delaunay, un Romea y un Guzman al propio tiempo.

Se anunció el beneficio y la entrada pasó de cuatro y áun de cinco mil reales, si bien no hubo necesidad de cerrar el despacho de billetes hasta despues de terminada la funcion. El público, que todavía conservaba cariño y respeto á las dos venerables ruinas, no se metió directamente con D. Pedro ni con D. Juan; pero (él se sabria por qué) se rió mucho en los pasajes más tristes y se enterneció visiblemente en los más alegres. El resultado total fué el mismo deseado y previsto por los dos célebres artistas: el público lloró y rió en una sola representacion; pero no lo hizo dentro de las situaciones que se habian elegido al efecto, y esto bastó para que aquellos dos caracteres, tal vez un poco susceptibles, no quedasen satisfechos del todo. Quedó D. Juan tan amostazado, que, lejos de consolarle, le exasperó la afirmacion hecha al día siguiente en *La Iberia* por D. Juan de la Rosa y Gonzalez, de que el drama *Risas y lágrimas*, aunque desdichadamente pensado, estaba muy bien escrito. En cuanto á D. Pedro, una corona que le echaron al terminar la representacion del drama y unas cuantas alhajas que le enviaron á su cuarto, tampoco tuvieron la virtud suficiente para ponerle de buen humor.

VII

Ni D. Pedro ni D. Juan podian disimularse: el desastre habia sido terrible. La misma relativa benevolencia del público le prestaba gravedad por lo que acaso tenia de necesaria, y la preusa unánime proclamaba á los cuatro vientos en mil tonos distintos y con voces que no habia medio humano de desoir, lo que á don Juan y á D. Pedro les decía tambien su misma conciencia, aunque muy bajito, muy bajito, sumamente bajito, en esa voz que el amor propio concluye por ahogar á poco que se lo proponga,—y se lo propone siempre muy de veras.

El desastre habia sido terrible; sobre esto no cabia duda: los hechos tienen algo de brutal y de axiomático que se opone á la discusion y la hace inútil. El autor de *Risas y lágrimas* y su inocente cómplice reconocian y confesaban que no habian producido efecto delante de algunos amigos que acogian esa idea, á la vez modesta y exacta, con una oposicion tímida y galante á la vez; pero tanto ellos como sus amigos trataban de encontrar, y encontraron al fin, una causa consoladora de aquel efecto lamentable. La causa no podia ser más que una para cada artista desairado y su complaciente camarilla.

Decian á D. Juan sus constantes admiradores:

—Desengáñate, chico, lo que te está pasando con don Pedro no tiene sentido comun. D. Pedro ha sido un gran actor, te quiere mucho, tú debes quererle mucho tambien, y nosotros te aconsejamos que le hagas toda clase de favores; pero no podemos aconsejarte que sigas haciendo dramas. Así como seria injusto negar que ayer tuvo una gran parte en tus éxitos (de igual modo que tú la tenias en los suyos), es preciso reconocer que hoy te priva de los que seguramente obtendrias si no te empeñaras en echarle á nadar con una bala de treinta y seis colgada al cuello. D. Pedro no está ya para nada: apenas se le oye, está atroz de figura y el pobre no puede dar vigor ni relieve á lo que dice, á pesar de sus buenos deseos. ¿Por qué dantes te obstinas en escribir para él, y sólo para él, cuando en otros teatros tienes elementos utilísimos y que no deberias desperdiciar? A tí te perjudicas con proceder así, y á él ¿qué beneficio le reporta tu abnegacion estúpida? Consentirle en que todavía sirve para el caso y exponerle á que el público se canse una noche y le dé la licencia absoluta á silbido limpio.

Los amigos de D. Pedro no eran menos explícitos. Oigamos y juzguemos:

—Te está muy bien empleado todo lo que te pasa, y no tienes razon ninguna para quejarte. Se te ha metido entre ceja y ceja no estrenar más obras que las de don Juan, y el día menos pensado, á él porque chochea, y á tí porque chocheas con él, os van á medir por el mismo rasero. ¿No conoces que es imposible sacar agua de un pozo agotado? ¿No conoces que donde no hay comedia, el actor, así tenga más talento que todos los actores del mundo juntos, no puede hacer nada aunque se vuelva mico? ¿No conoces que con esa mal entendida benevolencia te perjudicas de un modo horrible y das ocasion á tu amigo para acabar de desacreditarse? Déjate de tonterías, Pedro: admite alguna de las obras que te tenemos recomendadas nosotros, y, si desconfías de nuestra opinion encarga un papel á quien todos los dias está demostrando que sabria escribirlo. Muy buena es la caridad; pero el mismo Evangelio dice por dónde debe comenzar la bien entendida.

Ni D. Juan ni D. Pedro eran tan tercos ni tan vanidosos, ni estaban tampoco tan cegados por la amistad que se profesaban, que pudieran desconocer la verdad de aquellas observaciones. Las oyeron con dolor, eso sí; pero con resignacion y con mansedumbre verdaderamente

cristianas, y ambos al mismo tiempo (apresurémonos á consignarlo en su elogio) decidieron seguir al pié de la letra los leales consejos que les daban sus amigos.

—La verdad es que ya ha sonado la hora de cumplir el compromiso que tengo contraído con Pedro—decía el insigne poeta.—Debe retirarse, debe retirarse antes de que lo retire el público como retiró á aquella pobre actriz que estrenó en la Cruz, hace más de treinta años, la *Lucrecia* de Don Fulano. La escena podría repetirse muy bien en el estreno de una obra mía, y Perico, que es tan pundonoroso, lo sentiría por él y por mí... Yo lo sentiría también por los dos... Nada, nada, hay que dejarse de contemplaciones y hablarle al alma. Es un deber, es hasta una obra de caridad. Pero ¿cómo decirselo? ¿Cómo va á tomarlo? En verdad que debe ser tristísimo perder lo que se ha ganado á costa de tantos afanes, lo que á uno le parece que no puede perderse nunca!... Y lo peor es que esas cosas no se conocen... Perico se cree el mismo de siempre... Se cree superior al galán de los Basilio y piensa que por haberlo tenido bajo su férula en la cátedra del Conservatorio los separa siempre la misma distancia. No, pues no hay que negar que ese mozo trabaja bien. Tiene juventud, tiene una hermosa figura y una voz magnífica, y para ser actor esos requisitos son indispensables. El entendimiento no envejece con los años, dice perfectamente Cervantes; pero hay profesiones, y la de actor es una de ellas, en que no basta el entendimiento. El día en que un hombre de práctica y buen gusto escriba un papel al galán de los Basilio, éste llegará á donde llegó Perico en sus mejores tiempos. Hay que evitar á toda costa que llegue á tal altura antes de que Perico se retire, porque, de otro modo, Perico quedaría hundido para siempre. Nada, nada, ahora mismo voy á buscarle, nos damos un paseo y le suelto el toro... El pobre va á pasar un mal rato; pero ¿qué hemos de hacerle? Para estos casos son los amigos.

Reflexiones de la misma índole y tan semejantes que mi escrupulosidad de historiador puntual y verídico considera innecesario apuntarlas, hicieron adoptar también á D. Pedro la resolución de cumplir á D. Juan la tremenda palabra que ambos se habían dado la famosa tarde de las Delicias; y tanto fué así, que cuando el segundo llamaba á la puerta del primero, éste la abría por sí mismo, provisto ya de la gabina y de la pañoasa, como llaman los andaluces á la chistera y á la capa.

—A buscarte iba, amigo Juan.

—Pues aquí me tienes á tu disposición.

—¿Quieres que demos una vuelta?

—Venía á proponértelo.

—Pues, vamos andando.

Y en amor y compañía, se dirigieron al Retiro.

VIII

El lector lo sabe; siempre había reinado la mayor cordialidad entre D. Juan y D. Pedro; pero aquella tarde la cordialidad traspasaba los límites ordinarios y se convertía en suave ternura, en consideración meliflua, en cariñoso mimo. D. Juan daba el brazo á D. Pedro al bajar la escalera de su casa; D. Pedro le ofrecía al llegar al portal una magnífica breva; pasaban por una tienda de tiroleses, y D. Juan quería regalar á D. Pedro un precioso manatí que se veía en el escaparate; D. Pedro, á su vez, se obstinaba en llevar en coche á D. Juan, para que llegasen más ágiles y descansados al Retiro. Los dos comprendían lo doloroso de la operación que iban á hacer, y querían captarse toda la benevolencia del enfermo. Los niños que no disfrutaban de buena salud siempre están rodeados de juguetes... y de medicinas poco agradables de tomar.

—Tengo que pedirte un favor—decía D. Juan á don Pedro, pegándole un afectuoso golpecito en la espalda.

—¿Qué favor sería yo capaz de negarte á tí?—replicaba D. Pedro, considerándose feliz al poder obligar de algún modo á su próxima víctima, y alargándole un fósforo encendido antes de que D. Juan abriese su fosforera.—Con tanto más motivo cuanto que yo también tengo que pedirte una cosa.

—¿Es posible? ¿Soy tan dichoso que puedo servirte de algo?—replicaba D. Juan abandonándose al mismo contento, contento que nubló un instante el temor de que D. Pedro le pidiera un nuevo drama para un nuevo beneficio.

—El favor que yo espero de tí, Perico del alma, es que me des tu palabra de honor de que no has de incomodarte por nada de lo que yo te diga.

D. Pedro se sorprendió un poco del tono en que pronunció D. Juan las anteriores palabras; dió tormento á su imaginación por espacio de quince ó veinte segundos, y, como era hombre listo, al instante creyó haber dado en el quid.

—Vamos,—se dijo para su capote ó para su capa—éste quiero echarme un sermón por mis relaciones con la bailarina que he contratado últimamente:—y prosiguió, ya en voz alta y sin que su rostro presentase el menor signo de contrariedad:—Prometo no enfadarme, hombre, prometo no enfadarme. Ya hace días que debía esperar lo que hoy vas á decirme; y si hay aquí algo de extraño, es que no te hayas explicado más pronto conmigo sobre el particular.

Don Juan quedó á la vez sorprendido, confuso y en cierto modo humillado. Sorprendido de la sagacidad de su compadre, confuso al tener que irse derecho al asunto, y humillado ante tanta grandeza de alma.

—Prometo no enfadarme—repitió don Pedro;—pero te impongo una condición.

—La acepto, sea la que fuere.

—Bueno.

—Supongo que ésa será la cosa que por tu parte tenias que pedirme.

—Ésa, ésa es la cosa.

—Explícate.

—Yo también deseo hablarte, y necesito que me des, como yo te la he dado, formal palabra de no tomar á mal nada de lo que considere necesario decirte.

Aquí llegó su turno á don Juan de ponerse caviloso y de querer adivinar lo que don Pedro podía proponerle; pero por más que hizo no dió con ello, y supuso que lo que tan misteriosamente se le anunciaba no pasaría de ser una pequeñez, una cavilosidad de Perico, quien, como era hombre que en cualquier bagatela encontraba motivo de ofensa y de pique, suponía á todo el mundo de su condición, cumpliéndose en él la sentencia del vulgar adagio. Así es que replicó sonriéndose y alargando otro fosforito á don Pedro, el cual andaba tan preocupado con la difícil comisión que se había echado encima aquella tarde, que á cada paso se le apagaba la breva regalo de su amigo. Si en vez de ser breva llega á ser un cigarro del estanco, don Pedro se deja los pulmones en el Retiro.

Quedamos en que don Juan replicó sonriéndose:—Si no te enfadas tú con lo que yo tengo que decirte más que he de enfadarme yo con lo que tú me digas, me daré por contento.

—Habla sin recelo, tonto; ¿no comprendes que estoy harto de saber el sacrificio que vas á exigirme?

Don Juan cobró algunos ánimos y preguntó al venerable conquistador de bailarinas:

—Perico, ¿te acuerdas del paseo que dimos por las Delicias una tarde, hará cosa de treinta años?

Al oír semejante pregunta se desconcertó un poco don Pedro y abrió desmesuradamente los ojos. D. Juan, sin darle tiempo para explicar la causa de aquella extrañeza, es más, aprovechándose del asombro de su compañero de glorias y fatigas, añadió acto continuo y como quien desea pasar pronto un mal trago:

—Sí, hombre, sí, de nuestro pacto; de nuestra promesa de decirnos cuándo debíamos dejar la vida artística y...

Don Pedro no dejó terminar su frase á D. Juan. Se arrojó con ambos brazos á su cuello... y le dió el más tierno y cariñoso de los abrazos que se han dado en el mundo desde el que probablemente daría Adán á Eva al encontrársela en el Paraíso tan bonita y tan bien desnuda, hasta el de Maroto y Espartero en los campos de Vergara.

—¿Qué bueno eres, Juan, qué bueno eres!—repetía con sincera emoción el hábil falsificador de emociones; y cuentan las crónicas que á los abrazos de que ya se ha hecho mérito, se mezclaba tal cual ósculo entusiasta y ternísimo sobre toda ponderación.

Aquí le llegó á D. Juan su turno de asombrarse; y se asombró, y se espantó, y exclamó:

—¿Es posible, Perico, es posible? ¿Hasta este punto me agradeces...

Don Pedro no le dejó concluir y repuso:

—¿Pues no he de agradecerte que, comprendiendo de lo que yo iba á hablarte, lleves tu generosidad al extremo de sacarme una conversación que no podría menos de serme amarga aun cuando sólo fuera por lo que á tí te tiene que apesadumbrar?

Al oír esto se puso un tanto pálido D. Juan, y murmuró con voz breve y nerviosa:

—¿Qué me quieres decir?

Don Pedro replicó sin darse cuenta de nada, ofuscado por su alegría:

—¿Qué he de querer decirte, una vez que tú lo conoces todo? Que me limito á aplaudir tu acertada resolución de dar, por fin, descanso á tu inteligencia. Más tarde ó más temprano, hemos de hacer lo mismo cuantos vivimos del público, y el toque está en emprender á tiempo la retirada. Hoy te retiras tú: yo no podré ya tardar muchos años en seguirte.

Esta última frase la dijo D. Pedro obedeciendo á un noble impulso de generosidad. D. Juan, que no era tonto y que no podía menos de darse cuenta cabal de la intención de su compadre, lejos de afligirse, así que la vió clara y manifiesta, miró á D. Pedro de hito en hito y soltó una tremenda carcajada.

—¿Hombre! ¿tienes serenidad hasta para reírte?—interrogó el actor.

—¿Hombre! ¿y eres tú—interpeló el poeta sin parar de reír—quien me aconseja á mí que me retire?

—Yo debo ser, puesto que para hacerlo quedé comprometido contigo. Vuelvo á repetir que no comprendo tu risita.

—¿Cómo quieres que no me ría si tienes la frescura de darme tu consejo cuando yo te he traído al Retiro sin otra intención que la de hacerte abandonar las tablas!

—¿Que yo abandone las tablas? Luego... ¿esa es tu idea? ¿Luego tú me crees ya fuera de combate? ¿Luego yo á tus ojos no soy más que un trasto inservible? ¿Y eso me lo dice el hombre que me ha echado á perder mi beneficio con un drama irrepresentable!

D. Pedro dijo las anteriores palabras como no había dicho nada jamás en su larga carrera artística. D. Juan, aunque las escuchó con visibles muestras de enojo, se limitó á contestar:

—No te basta haberme matado el mejor de mis dramas? ¿Necesitas insultarme y desahogar en mí la ponzoñosa bilis de la impotencia?... Yo te perdono. Anda con Dios, pero olvídate de un amigo que no has merecido jamás.

Y D. Juan tiró por la calle de árboles que encontró más próxima, murmurando entre dientes.

—¿Es tontería! ¿No nos conocemos!

A pocos pasos de él resonaba la misma expresión en igual tono y forma.

—¿Era el eco?

No: era D. Pedro que opinaba exactamente lo mismo que D. Juan.

IX

El rompimiento de Pilades y Orestes—el de sus relaciones amistosas quiero decir, pues ellos hacia tiempo que estaban, por lo menos, cascados—no pudo menos de hacerse público; pero la verdadera causa de la riña permaneció oculta é ignorada. Ni aún á trueque de decir *urbi et orbi* que él hallaba fuera de combate á D. Pedro, quería decir D. Juan que D. Pedro le hallaba fue-

ra de combate á él. La gente de bastidores, tan inclinada á pensar mal como la gente que no es de bastidores, ó vive entre bastidores de otra clase, supuso y propaló que el poeta había tratado de suplantar al actor, si no en el corazón, en las cuentas de la bailarina que le sorbía el poco seso que le quedaba; y como semejante motivo de disgusto no era verosímil, pero era poco decente y hacía poquisimo favor á los dos ex-amigos, ¿quién no había de darse por satisfecho con él, ni qué necesidad había de buscar otro?

D. Juan y D. Pedro realizaron sobre la marcha sus propósitos, esperanzados, más que de tomar una revancha gloriosa, de dar un mal rato el uno al otro y el otro al uno. D. Juan escribía á todo escape un drama para el teatro de los Basilio, y D. Pedro ensayaba sin descanso un drama de un autor inédito al que había resuelto proteger y dar á conocer al público de Madrid.

Se estrenó la obra de D. Juan, y aquel galán de quien algo se ha hablado en el trascurso de este verdadero cuento, desempeñó admirablemente el papel de protagonista. Se vistió con gusto exquisito, lució la peluca rubia que había despertado una pasión volcánica en el pecho sensible de cierta abonada... para cualquier cosa; recitó ligero como una carretilla dos ó tres relaciones en quintillas, que eran lo mejor del drama, hizo varios desplantes magistrales, pegó cuatro ó seis gritos espantosos, y al final del tercer acto se murió muy á lo vivo y conquistó generales aplausos. Estos fueron los primeros conseguidos durante la representación del nuevo poema, con el cual estuvo el respetable público por demás frío y reservado. Al escucharlos D. Juan, que se encontraba lánguidamente apoyado en un saucel lloron de lienzo y madera (perteneciente al cementerio de *Don Juan Tenorio*), no pudo menos de exclamar dirigiéndose al traspunte, que le echaba de cuando en cuando una mirada entre protectora y compasiva:

—¡Al fin parece que ese hombre entiende su papel! Los alabarderos aprovecharon aquella ocasión propicia y, obedientes á una disimulada señal de su bizarro jefe, prorumpieron en entusiastas bravos y en aplausos atronadores y gritaron como desesperados:

—¡El autor! ¡El autor! ¡El autor!

D. Juan decía al galán de los Basilio que quería conservar el incógnito, y al propio tiempo entregaba al traspunte el abrigo y el sombrero y se adelantaba instintivamente hácia la escena. Resonó la campanilla del telón; pero, aún no se había alzado tres cuartas del suelo, cuando por aquel breve resquicio llegaban á los oídos del pobre poeta estas desconsoladoras voces:

—¡El autor, nó! ¡El autor, nó! ¡Los actores! ¡Los actores!

En vista de esto, D. Juan persistió en su firme idea de guardar el más rigoroso incógnito.

D. Pedro, por su parte, no se había dormido en las pajas. Repartió el drama del autor novel, y deseoso de contribuir eficazmente al éxito, se adjudicó el papel más difícil; el de un jovencito de poco más de veinte años, lleno de arrogancia y de brío y por cuyos pedazos se morían tres damas y una dueña que figuraban en la obra. Cierta cosa D. Pedro, al cabo de sus años, no estaba muy en figura que digamos para cierto género de papeles; pero para el verdadero talento, ¿hay acaso nada imposible? Nada hay imposible, absolutamente nada, ni siquiera que el público se le ría en las barbas, le tosa, le chichée, le silbe y le diga: «¡Que baile!» como con D. Pedro hizo la escogida concurrencia que asistió al teatro del Príncipe aquella triste noche en que un poeta inédito debía quedar inédito para siempre.

Tan lamentables sucesos tuvieron sus naturales y progresivas consecuencias. A D. Juan dejaron de pedirle y hasta de tomarle sus dramas; á D. Pedro dejaron de contratarle las empresas de Madrid, y se fué á provincias, donde, durante algún tiempo, todavía se le admiró bajo palabra, y se le aplaudió por fuera de hospitalidad. Pero los que un día fueron esplendentes lumbreras del arte, tardaron poco en llegar á ser pobres y menguadas lamparillas, cuya débil luz sólo servía para dar testimonio de su misero abatimiento. Sin embargo, como la naturaleza humana es siempre la misma, nunca tuvieron más amor al arte y mayor sed de notoriedad que entonces los malditos de cocer. D. Juan escribía comedias para publicarlas en los periódicos, y D. Pedro abría en su casa una cátedra de declamación y trabajaba en los teatros caseros, y hubiera sido muy capaz de aceptar un contrato para el teatro de Torrejon de Ardoz, si alguien hubiera sido capaz de proponérsela.

Y á todo esto, no habían vuelto á verse de cerca; tampoco se habían buscado; pero el tiempo no pasaba en balde y limaba muchas asperezas de lo ocurrido entre ambos compañeros.

D. Juan decía á todo el que le quería oír, y á algunos que no tenían el menor empeño en ello:

—Desde que Perico se retiró ¿quién se siente con ánimos de escribir para el teatro del Príncipe?

D. Pedro no era menos galante:

—Desde que Juan no escribe comedias (se le oía decir á menudo) he perdido por completo el gusto de hacerlas.

X

¿Conocían ellos estos delicados rasgos y se los agradecían mutuamente? Lo ignoro; pero una tarde de un año bastante próximo á este de 1879 en que yo escribo y tú me lees si tuviste paciencia para llegar hasta aquí, lector discreto y benévolo (¿qué pierdo yo con llamártelo ni qué perderías tú con serlo, si por acaso no lo fueras?); una tarde del mes de Octubre y cuando aún estaban en Atocha los puestos de las ferias, D. Juan y D. Pedro se tropezaron de manos á boca junto á un montón de comedias á real, muchas de las cuales nunca habían valido tanto.

Se vieron, y después de verse se miraron, y después de mirarse sintieron á la par y en lo más íntimo de su ser un magnético escalofrío, una nunca sentida ternura, una extraña sequedad de boca y humedad de párpados.

¿Era la conciencia del propio abandono, era la sed del ageno amor, era que los viejos se vuelven en efecto á la edad de los niños y, al dejar de ser hombres, sus pasiones se depuran y sus sentimientos retroceden hasta su origen y recobran la limpieza primitiva? No lo sé, ni es ya hora de ponerse á averiguarlo. D. Juan y D. Pedro estaban estrechamente abrazados y sollozaban y lloraban á moco tendido, no sin despertar la risa y la burla de algunos transeuntes que de seguro habrían encontrado menos ridícula la causa de su enemistad, á haberla conocido, que la forma de su reconciliación.

—¿Qué es de tí, Juan mío?—preguntaba D. Pedro á D. Juan cuando ya había habido tiempo de desahogar el corazón reconociendo mutuamente injusticias pasadas y previniendo tal vez franquezas nuevas.—¿Qué te haces? ¿Escribes algo?

—Sí, chico, algo escribo (contestaba D. Juan). Acaso la posteridad sea más indulgente conmigo que mis delicadísimos contemporáneos; y, después de todo, el que escriba tanto fátno y tanto ignorante, bien puede autorizarme á escribir á mí, aunque tampoco lo haga gran cosa...

—¡Calla, por Dios! (decía D. Pedro saliendo al paso de la suave pullita): ¿quién hay hoy día en España que pueda compararse contigo?

—¿Y tú has renunciado para siempre al teatro?—interrogaba D. Juan, pagando de este modo el piropo.

D. Pedro le daba cuenta de su vida y milagros, y ambos convenían en que el arte dramático estaba muerto; y, poco á poco, sin esfuerzo ni violencia, pasaron del ya antiguo decaimiento del arte al motivo de su riña, conviniendo ambos en que habían estado duros é injustos el uno con el otro, en que los dos valían muchísimo, en que el mal gusto arraigado en el público español había tenido la culpa de su temprana y respectiva retirada, y hasta de que, heridos en su amor propio, desconocieron ellos algún día la única razón de su mal éxito, y se cegaron hasta el punto de achacarlo á causas absurdas é imposibles.

—La verdad es (repetía el actor) que tú eres el primer autor dramático de nuestra época. Aunque estuvieras en decadencia, como algunos mal intencionados sostienen, aunque tu imaginación no conservara todo su vigor, aunque no tuvieses ya novedad ni...

—¿Cómo que yo no tengo ya novedad? (interrumpía D. Juan poco complacido de la suposición de su amigo.)

—¡La tienes! ¡La tienes! (se apresuraba á rectificar el otro), pero no te limitas á tener novedad; reunes á ella el gusto, y la ilustración, y la experiencia... ¡La experiencia, sin la cual no ha habido nunca artista completo!

—Eso mismo es lo que yo digo de tí (reponía D. Juan): aún cuando real y efectivamente tú no tuvieras ya figura ni voz, mientras te queden ojos y manos sabrás hacerte aplaudir y admirar.

—¿Quién dice que yo no tengo voz?—gritaba D. Pedro hecho una furia.

—¡Calla, hombre, no alborotes!

—Pues si alboroto, es prueba de que tengo voz; y el que alborota en un paseo, me parece á mí que bien puede alborotar en un teatro.

—No es á mí (observó D. Juan) á quien necesitas convencer de que eres un actor sin segundo.

—Si tú no me dijeras eso (respondió D. Pedro) te diría... pero va á parecer adulación, y me callo.

—Vente á comer conmigo (dijo D. Juan cerrando la conversación con llave de oro). Después de tomar café, te leeré el último drama que he compuesto.

D. Pedro no consintió que leyera D. Juan; cogió el manuscrito (que era una magnífica copia por cierto) y empezó á leerlo, variando voces y dando á cada pasaje la entonación que él juzgaba más adecuada y conveniente.

D. Juan creía asistir á una representación de su drama, lloraba de gusto y aplaudía á cada paso,—no se ha podido averiguar aún si la manera de leer de D. Pedro ó su propia manera de escribir.

D. Pedro se interrumpía también de cuando en cuando con exclamaciones de entusiasmo, que D. Juan atribuía, naturalmente, al efecto producido por las bellezas de su drama.

Pero es el caso que, al separarse ambos aquella deliciosa noche, D. Juan se quedó diciendo:

—¿Qué tal escribiré yo cuando hasta leído por ese infeliz produzco efecto?

Y D. Pedro se marchó pensando:

—¿Qué actor seré yo cuando hasta leyendo esas pampinas me hago aplaudir?

CÁRLOS COELLO.

LOS BUFONES EN LA ANTIGÜEDAD.

El oficio de bufon es uno de los más antiguos que se han conocido. Se creó tan luego como hubo cortes de soberanos y como hubo hombres poderosos que deseaban tener quien les divirtiese. Tan indispensable parecía un bufon en una corte ó en una casa grande, que los griegos, que hicieron á los dioses á su imagen y semejanza, como han hecho otros muchos pueblos, entendieron que la corte celestial no podía estar sin un bufon, y divinizaron la risa, los gestos y los dichos agudos y punzantes, simbolizándolos en el dios Momo, personaje importante del Olimpo.

Cuéntase que el Olimpo estaba triste y que su residencia se hacía bastante aburrida. Los dioses bostezaban muchas veces, y Júpiter se quejaba de no encontrar entre ellos uno con bastante talento y gracia para divertir á la divina asamblea.

—Padre,—dijo Mercurio,—lo que aquí nos falta podemos encontrarlo en la tierra. Mira ese país que está junto al Peneo, y observa cómo sus habitantes están alegres, comen, beben, bailan hasta

caer rendidos. Sería una cosa divertida enviarles una lluvia que los refrescara y aguase la fiesta. Así nos reiríamos nosotros también.

—Poca diversion seré esa para los dioses, hijo,—contestó Júpiter;—pero tu idea puede mejorarse. Que el sacerdote, que está dormido en ese templo abandonado, anuncie una próxima lluvia y diga que no mojará más que á los locos. Veremos el resultado.

En efecto, oyóse á orillas del Peneo zumbiar el trueno, á cuyo ruido despertó el digno sacerdote que ocupaba el templo. Salió á la puerta y anunció al pueblo reunido que pronto iba á caer la lluvia, pero que sabía, por inspiración celeste, que la tal lluvia no mojaría más que á los necios.

Estaba á la inmediación del templo un filósofo recostado en un poste, y no bien oyó el anuncio de la próxima lluvia, se apresuró á meterse en su casa, y se encerró en su estudio. Los demás, seguros cada cual de no mojarse, pues que la lluvia era sólo para los tontos, continuaron en sus diversiones, esperando mayor placer cada uno al verse libre de la lluvia y á su vecino mojado hasta los tuétanos. Cayó, en efecto, la lluvia, y todos quedaron empapados. Cuando cesó de llover, el filósofo salió de su casa y se dirigió á la plaza del mercado. Pero los que estaban mojados, al observar que el filósofo no tenía una sola gota de agua, le llamaron idiota y loco, le acometieron á palos y pedradas, desgarraron su túnica, le arrancaron los pelos de la barba y le persiguieron hasta la puerta de su casa. Allí, apaleado y rendido, pero sin perder su serenidad, se volvió á la multitud y le dijo:

—¡Oh, asnos perspicaces! Tened paciencia por un minuto, y os probaré que no soy tan loco como pareceo.

Todos se callaron aguardando la demostración y satisfechos del cumplimiento que el filósofo les había dirigido. Este, inclinando la cabeza y levantando las manos al cielo, exclamó:—¡Oh padre de los dioses, de los sabios y de los necios! dignate enviar sobre mí un diluvio de agua para mi uso particular é individual. Mójame hasta los huesos como lo están estos imbéciles; vuélveme tan necio como ellos, y permíteme, por consiguiente, que viva en paz entre estos majaderos.

Al oír estas palabras, las dos asambleas, la de los idiotas abajo y la de los dioses arriba, rompieron á reír con carcajadas inextinguibles. La lluvia pedida cayó inmediatamente sobre la persona del filósofo, y éste se levantó después de bien mojado, mucho más inteligente que antes.

Todavía estaba conmovida la barba de Júpiter á fuerza de reír, y Juno se secaba las lágrimas que la risa había atraído sobre sus ojos, cuando el padre de los dioses exclamó:

—Hemos echado á perder la túnica de ese buen hombre, pero haremos su fortuna.

—Eso ya está hecho,—observó Juno,—porque acabo de inspirar al jefe del distrito la idea de que se lleve á su casa al filósofo para que sea su maestro y su bufon.

—Ese hombre,—gritó Júpiter,—será el fundador de una raza. De aquí en adelante, cada corte tendrá su loco que la divierta, y los locos y bufones serán por largos días los predicadores y consejeros de los reyes. Hijos,—añadió, dirigiéndose á los dioses,—bebamos á su salud.

Los dioses saltaron de nuevo la carcajada sin poder beber.

—Mi amo,—dijo Hebe, que estaba detrás del padre de los dioses;—se rien porque no has dicho locos como éste, sino locos solamente.

—Esa es cuenta de los reyes el escogerlos bien,—respondió Júpiter.—Bebamos, entre tanto, á la salud del primero de los locos.

Desde entonces apareció Momo, hijo de la Noche.

Momo no se cuidaba de saber si agradaba ó irritaba á sus augustos amos. Así, cuando Minerva, habiendo edificado una casa, ponderaba orgullosamente su construcción, el bufon del Olimpo dijo:

—Si alguna vez me hago arquitecto, haré una casa portátil.

—¿Para qué, asno inteligente?—preguntó la diosa que era un poco franca en el hablar y bastante amiga de las antítesis.

—Porque entonces,—contestó Momo,—podré mudar de vecindad cuando ésta sea mala, y evitar la cercanía de las mujeres necias que conversan con los murciélagos.

De este género eran las sátiras de Momo, las cuales irritaban al dios ó diosa que era objeto de ellas, aunque hacían reír á los demás. Cuando ya los tuvo indignados á todos, le echaron á puntapiés del Olimpo, de donde vino también la costumbre de dar esta clase de pago á los bufones en las cortes y palacios. Cayó Momo en la tierra con una careta en una mano y una figurilla en la otra, y dijo á la multitud que estaba reunida viéndole bajar:

—Ya veis que vengo del cielo, y por tanto soy digno de que me adoreis.

El pobre pueblo, que no sabía que si bajaba del cielo era porque le habían echado á puntapiés, le levantó altares, puso su imagen en ellos y todos bailaron alrededor como locos gritando: ¡viva la locura!

Desde que cayó Momo, la locura no ha abandonado la tierra; y entre tanto en el cielo le sucedieron primero Vulcano, que también fué expulsado, después Sileno, Polifemo, Pan y otros menos notables.

Los filósofos de la antigüedad algunas veces

desempeñaron el oficio de bufones, aunque no con tanto éxito como los de las cortes modernas, con la diferencia de que lo ejercieron muchas veces con impunidad y pudieron hablar libremente á los tiranos, aún para decirles cosas desagradables. En esto fueron imitados muchas veces por los poetas, y el poeta de la corte solía también desempeñar el oficio de bufon.

El filósofo, y al mismo tiempo bufon, que excedió á todos en Grecia, y merece el primer lugar entre los hombres notables, lo mismo que entre los antiguos bufones, fué el fabulista Esopo, que nació en Ammorfo, ciudad de Frigia. La naturaleza le dió un alma libre y grande, pero un cuerpo muy deforme y sujeto á esclavitud. Tenía la cabeza que terminaba en punta, las narices anchas, el cuello muy corto, los labios muy gruesos, el color tirando á negro, de donde le vino el nombre de Esopo, que es lo mismo que Etiopie, el vientre muy prominente, las piernas cortas, era tartamudo y de voz oscura. Todas estas cualidades corporales le designaban para la esclavitud en una época en que la hermosura y la fuerza material reinaban por completo. Al principio sus amos, creyendo que no podría servir para los servicios domésticos, le pusieron á cavar en el campo. Allí le sucedió que habiendo el amo mandado guardar unos hermosos higos para su mesa, otros criados se los comieron y echaron la culpa á Esopo. El amo, muy irritado, mandó llamar al esclavo, le reprendió; y como no pudiera disculparse tan pronto á causa de su tartamudez, le mandó azotar. Sufrido el castigo, Esopo rogó á su amo que hiciera traer al sitio donde estaban una ánfora de agua tibia. Bebió de ella, después se metió los dedos en la boca y excitó el vómito, haciendo notar á su amo que nada tenía en el estómago, y rogándole que mandara beber del mismo modo á los demás criados. Estos bebieron, en efecto, y con las náuseas devolvieron los higos que se acababan de comer. Entonces Esopo dijo sentenciosamente: El que hace mal á otro, edifica su propio mal.

Dicen sus biógrafos, que por haber enseñado el camino á varios sacerdotes de Diana estraviados, la diosa le curó la tartamudez y le dió el don de la elocuencia. Su amo entonces le vendió á un mercader, el cual, al serle presentado, dijo: ¿Qué me traes aquí? ¿Es un tronco ó un hombre? Si no tuviera voz humana, creería que era un odre hinchado. Entonces Esopo le dijo:

—¿No tienes niños traviesos y llorones? Yo seré su preceptor.

El mercader se echó á reír y preguntó á su amo en cuánto le vendía. El amo le pidió tres óbolos; es decir, tres monedas de las más pequeñas que había en Grecia, cada una de las cuales equivalía á unos seis maravedises de nuestra moneda.

—Como nada me vendes,—dijo el comerciante,—me lo das por nada.

Tenía el comerciante dos niños de muy corta edad que estaban llorando en la falda de su madre, y cuando entró Esopo tuvieron tanto miedo, que al momento se callaron.

—Ahí tienes como te soy útil,—dijo Esopo.

Poco tiempo después mandó el mercader á sus esclavos que se preparasen para el viaje que iba á hacer al Asia. Cada esclavo debía llevar un fardo al hombro. Esopo rogó á su amo que le diera lo menos pesado por no estar acostumbrado á tal trabajo. Contestóle el amo que escogiese lo que quisiera llevar, y Esopo eligió una banasta llena de panes que estaba preparada para que la llevasen dos hombres. Los esclavos se echaron á reír creyéndole estúpido, pues escogía el peso mayor cuando había pedido que le dieran el menor. Cargados todos echaron á andar, y cuando llegó la hora de comer y luego la de cenar se fueron distribuyendo los panes que Esopo llevaba, de manera que cada día se le había aligerado el peso y al cabo de pocos días ya iba completamente descargado. Al llegar á Efeso el mercader, vendió varios géneros y esclavos, quedándose con tres, que eran: un gramático, un cantor y Esopo. De Efeso marchó á Samos, y vistiendo con trajes nuevos al gramático y al cantor, los expuso en el mercado, poniendo á Esopo entre los dos, feo y súcio, para hacer el contraste. Habitaba entonces en Samos el filósofo Xanto, y pasando por el mercado estuvo un rato contemplando aquel espectáculo. Acercóse al cantor y le dijo:

—¿De dónde eres?

—De Capadocia.

—¿Qué sabes hacer?

—Todo.

Aquí Esopo se echó á reír y los discípulos de Xanto se admiraron al ver que aquella masa deforme se reía. Xanto se llegó al gramático y le preguntó también:

—¿De dónde eres?

—De Libia.

—¿Qué sabes hacer?

—Todo.

Nueva risa de Esopo y nueva admiración de los discípulos del filósofo. Este se fijó entonces en Esopo y le dijo:

—¿Qué eres?

—Negro,—respondió Esopo.

—No es eso lo que te pregunto, sino dónde has nacido.

—En el vientre de mi madre,—contestó Esopo.—Tampoco es eso, sino en qué lugar viniste al mundo.

—Mi madre no me dijo si había nacido en lugar alto ó bajo.

—¿Qué has aprendido á hacer?—volvió á preguntar el filósofo.

—Nada.
—¿Cómo es eso?
—Como estos dicen que lo saben todo, no me han dejado nada á mí.
—¿Quiéres que te compre?—volvió á preguntar el filósofo.

Esopo respondió:
—¿Qué, necesitas consultarme? Haz lo que te parezca mejor.
—Si te compro, ¿te escaparás?
—Si quisiera escaparme no te lo consultaría,—dijo Esopo.

—Eres muy feo y muy deforme,—dijo Xanto.
—Conviene ¡oh filósofo! examinar la inteligencia y no la cara.

Estas respuestas indujeron á Xanto á comprar á Esopo y á llevarsele á su casa.
Teniendo un día muchos convidados á su mesa, y estando Esopo á sus espaldas, como acostumbraban los esclavos para servirle, tomó uno de los platos más escogidos y lo dió á Esopo diciendo que lo llevara á la que más le quería. Esopo fué á su casa y en el vestibulo puso el plato en ocasion que salía la mujer de Xanto su señora.

—Esto envía mi amo á la que más le quiere; pero no á tí.

Diciendo y haciendo, llamó á una perrilla que tenía el amo, y le dió cuanto tenía el plato, volviéndose enseguida al sitio del banquete.

—¿Diste lo del plato á la que más me quiere?
—Sí, señor, y todo se lo comió delante de mí.
—¿Y qué dijo al comerlo?
—A mí no me dijo nada; pero en su interior te daba las gracias.

Entre tanto la mujer de Xanto, viendo aquel agravio, se retiró á su cuarto á llorar. Volviendo Xanto á su casa la mujer le dijo:

—Dáme mi dote y me marcharé, porque no quiero vivir más contigo despues de haberme preferido una perra.

Xanto, admirado, preguntó:
—¿No comiste del plato?
—De ninguna manera, Esopo se lo dió á la perra.
Xanto llamó á Esopo y le preguntó:
—¿A quién diste el plato?
—A la que más te quiere. ¿No me dijiste que se lo diera á la que más te quiere? Pues es la perra. La mujer á la menor ofensa se enfada y se marcha, y la perra, aunque la castiguen, todo lo olvida y hace fiestas al amo.

Xanto, volviéndose á su mujer, quiso convencerla de que la culpa no había sido suya sino del esclavo; pero la mujer no se conformó, y separándose de su marido, se volvió á casa de sus padres. Esopo entonces volviéndose á su amo exclamó:

—¿No te dije yo bien que más te quería la perra que mi señora?

Despues de aquella reyerta, Xanto, que en efecto, quería entrañablemente á su mujer, se contristó mucho, y un día Esopo le dijo:

—No te aflijas, que yo haré que vuelva voluntariamente mi ama.

En efecto, fué al mercado y compró ánades, gallinas y multitud de comestibles y se dirigió á su casa, diciendo á todo el que encontraba, que llevaba todas aquellas provisiones, porque Xanto iba á celebrar aquella noche su union con una mujer. Súpolo la del filósofo y acudió furiosa, diciendo á su marido que mientras ella viviera no podría tener otra; y descubierta la traza de Esopo, se reconcilió aquel matrimonio.

Otra vez, Xanto, que quería dar un banquete á sus discípulos, mandó á Esopo que pusiera lo mejor que hubiese. Esopo se dirigió al mercado reflexionando y diciendo:

—Yo enseñaré á mi amo á no dar órdenes estúpidas.

Compró lengua tan sólo y la puso con diversas salsas. Llegó la hora del banquete y presentó el primer plato de lengua; los discípulos lo alabaron, pero cuando vieron que todos los demás platos se componian de lengua tambien, comenzaron á quejarse, y Xanto irritadole preguntó:

—¿No te dije que trajeras de lo mejor para comer?

—¿Y qué cosa mejor que la lengua? La lengua es el instrumento por el cual se enseña toda clase de doctrina y filosofia, con el cual se saluda, se bendice, se hacen versos; con ella se hacen las bodas, se levantan ciudades, y en ella consiste, por decirlo así, toda nuestra vida. No hay cosa, pues, mejor, que la lengua.

Los discípulos de Xanto, convencidos, se levantaron de la mesa y le dejaron solo. Al día siguiente Xanto les volvió á convidar y mandó á Esopo que llevase para la cena lo peor que pudiera encontrar. Esopo les puso tambien lenguas como dia el antes.

—¿Qué es esto?—exclamó Xanto.—¿No te mandé que pusieras lo peor?

—¿Y qué cosa es peor que la lengua?—exclamó Esopo.—Por ella se destruyen las ciudades, se matan los hombres; es el instrumento de todas las mentiras, de todos los perjuros; por ella se deshacen las bodas y se arruinan los reinos.

Xanto, en fin, no pudo nunca castigar con justicia á su siervo; mas, por lo general, era peligroso chancearse con los amos.

Cuando Alejandro recibió en una batalla una herida profunda, le dijo su filósofo y bufon favorito:

—Eso muestra que, despues de todo, no eres más que un hombre y no un dios, como el pueblo dice y tú pareces creer.

Alejandro, compadecido de la ignorancia de su

filósofo, se sonrió; sin embargo, estaba presente Nicocreonte de Salamis, grande adulator de Alejandro, y se mostró tan resentido de aquellas palabras, que, cuando murió Alejandro, mandó que el filósofo fuese machacado en un mortero hasta morir.

—Machacad, machacad,—decía el filósofo cuando caian sobre él los martillos de hierro;—no reducis á pulpa más que mi cuerpo; no podreis convertir en polvo mi alma.

Nicocreonte le dijo que si no se callaba, le cortaría la lengua; pero Anaxarco, mordiéndola, la partió en dos pedazos y la escupió á la cara del tirano.

El filósofo Zenon se vió tambien en situacion idéntica por órden de Nearco; y cuando le estaban machacando, llamó á este último como para comunicarle alguna cosa de importancia. Nearco se inclinó sobre la boca del mortero, y Zenon, aprovechando la oportunidad y teniendo magníficos dientes, le arrancó con ellos una oreja, dando lugar al adjetivo *mordaz*, que se aplica á cierta clase de observaciones en memoria de la mordedura de Zenon.

Cuando Alejandro sitiaba á Lampsaco, esta ciudad se resistió tan valerosamente, que irritó mucho al conquistador. Imposibilitados los de Lampsaco de llevar la defensa más adelante, enviaron proposiciones á Alejandro por medio del filósofo y poeta Anaxímenes. Tan luego como Alejandro le vió venir, adivinando el mensaje que llevaba, exclamó en un acceso de cólera:

—Me niego absolutamente de antemano á todo, y juro hacer todo lo contrario de lo que me pidas.

Anaxímenes entonces rompió á reir en presencia de Alejandro, y le dijo:

—Cumple tu juramento, irresistible divinidad, porque el favor que vengo á pedirte es que destruyas la ciudad de Lampsaco, reduzcas á esclavitud á todos sus habitantes, y mandes matar á su mensajero, que está delante de tí.

El conquistador se echó á su vez á reir, recompensó el talento de aquel hombre, y le tuvo muchos años á su lado.

Cuando el rey Antígono encontró una vez á su poeta favorito de Rodas, Antagoras, guisando un pez, le preguntó si sabía que Homero se hubiera entretenido alguna vez en hacer la cocina mientras registraba los hechos del grande Agamemnon, rey de los hombres.

—No lo sé,—contestó el poeta de Rodas;—pero sé que Agamemnon no se entretenia en averiguar si en su ejército habia quien cocia peces ó se los comia crudos.

Pocos de los bufones de Dionisio de Siracusa se aventuraron á decir ninguna cosa que fuese desagradable á aquel tirano; pero Antífono, entre otros, y Platon despues, fueron una excepcion. Antífono, preguntado por Dionisio qué bronce le parecia mejor, contestó:

—El de que están hechas las estatuas de Harmodio y Aristogiton.

Si se considera que Harmodio y Aristogiton fueron los que asesinaron á Hiparco y rescataron á Atenas de la tiranía de los pistirratidas, se puede comprender si le gustaria á Dionisio aquella respuesta. Sin embargo, no castigó por ella á Antífono en aquel momento; aguardó una ocasion en que Antífono se negó á elogiar sus versos, y por esta negativa le condenó á muerte.

Dionisio queria que todo el mundo le elogiase, especialmente en sus composiciones literarias. Platon, que tambien se negó á elogiarle, fué enviado á la cárcel y retenido allí mucho tiempo. Luego que Dionisio le creyó bastante amansado, le mandó sacar, y le leyó otra composicion poética de que estaba muy orgulloso.

—¿Qué te parece?—preguntó al filósofo.

—Que me vuelvan á la cárcel,—contestó éste.

Esta anécdota recuerda la que se refiere de nuestro Quevedo, á quien un poetaastro presentó dos sonetos para que le dijese cuál era el mejor. Quevedo leyó el primero y dijo:

—El mejor es ese otro.

—¿Cómo lo juzga Vd. sin haberlo leído?—preguntó el jóven.

—Porque peor que éste no puede ser,—contestó Quevedo.

Platon no volvió á la cárcel porque, á pesar de todos los caprichos de los tiranos, éstos y el pueblo estimaban en mucho á los poetas y á los hombres de agudo ingenio. Así hay en los antiguos tiempos muchos casos de pueblos que llevaron luto por la muerte de sus poetas favoritos. Eupolis, poeta cómico de Atenas, cuyo ingenio sutil y satírico tanto molestaba á Alcibiades, pereció en un combate naval entre los atenienses y lacedemonios; y los atenienses se affigieron tanto con la pérdida de su poeta favorito, que hicieron una ley para que ningun poeta pudiese en adelante ir á la guerra. Artajerjes lloró tambien la muerte de su esclavo Tiridates, que le habia divertido en gran manera con su ingenio; verdad es que su llanto solo duró tres dias, á consecuencia de los consuelos que le prodigó Aspasia. Tambien fué llorado por sus patronos el poeta cómico Timocreonte de Rodas, famoso por la agudeza de su apetito, tanto como por la de sus versos. Uno de sus colegas puso esta inscripcion sobre su epitafio:

*Multa bibens, et multa vorans, mala denique dicens
Multis, hic jaceo Timocreon Rhodius.*

Epitafio que convendría á muchos poetas, y no poetas, que han vivido desde entonces.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DOLORES.

(Continuacion.)

—¡Ah, no te vayas!—exclamó anhelante Casquetillo.
—Es necesario: sufro; estoy violentamente agitada: tu encuentro ha despertado en mí recuerdos penosos... recuerdos de dolor: mi permanencia á tu lado los aviva... déjame... necesito reposar de esta fatiga del alma... y luego ¡es esta la última vez que hemos de vernos! Yo volveré.—Y dió un paso hácia la puerta.

—Espera,—dijo Casquetillo tomando la cartera que habia puesto en el sofá:—voy á darte esa carta que yo no quiero guardar.

—¡Ah! ¡esa carta!—exclamó Matilde cuyo semblante se enrojeció de vergüenza, y se nubló con una expresion de desesperacion.—¡Esa carta que acusa un crimen!.. guárdala, guárdala; pero donde nadie pueda encontrarla: guárdala como si fuera un tesoro: esa carta pone en tus manos á un hombre temible, le hace tu esclavo: aunque yo no te protegiese, ese hombre, dominado por tí, por medio de esta carta, haria tu fortuna.

—Pero yo no puedo usar de esa carta sin comprometerme á tí,—dijo Casquetillo.

—¡Oh! ¡Qué conversacion tan terrible!—exclamó Matilde.—¡Qué duda tan espantosa! ¡Tú me aceptas... tal cual soy!

—Tú eres mi alma.
—¡Pero, entonces, tú tienes el alma tan negra como la mía!—exclamó en una expresion de desesperacion Matilde.

—No lo sé, no lo sé,—exclamó Casquetillo:—pero yo te adoro, yo me abraso en tí... Tú eres para mí todo cuanto puede haber de inmenso, de infinito en la vida para una criatura.

—¡La terrible providencia de Dios!—exclamó Matilde.—Déjame, déjame, porque tú representas para mí algo insuportable, algo que me aprieta el corazon y que me hiela el alma; déjame, porque mi cabeza se extravía, porque me siento morir.

Y aprovechando un momento de estupor de Casquetillo, causado por aquel desbordamiento de pasion, escapó, ganó la puerta del salon, desapareció por ella. Instantáneamente se oyó el golpe de la puerta del cuarto que se cerraba. Poco despues, el rodar de un carruaje que partía.

XXXCV

Casquetillo habia quedado inmóvil, como aniquilado, con la cartera en la mano. Su semblante aparecia pálido, demudado, descompuesto. En su mirada se representaba el estravio.

—¡Ah!—exclamó desesperado,—no hay razon, ni conciencia, ni temor, ni poder que me separen de ella. Tal cual es, y sean cuales fueren las consecuencias de mi amor con ella, yo la acepto... ¡ah! ¡y ella me ama! ¡ella enloquece por mí! ¡Me ha conocido por mi madre! ¡Pero qué historia ha existido entre mi madre y ella?... ella se extremecia recordando á mi madre... ¡ah! ¡pero yo la adoro sobre todo!... ¡sobre todo!... ¡y Dolores!... ¡oh, Dios mio! ¡Mi pensamiento se oscurece!... ¡No veo... no siento... no siento nada más que á ella!..

Y Casquetillo se dejó caer abatido sobre un sillón.

CXXXVI

Así permaneció un largo espacio. Retenia en la mano la cartera.

—Sí, sí,—dijo al fin;—suceda lo que suceda, venga lo que viniere, no importa lo terrible que pueda ser... yo la acepto... ella es mi vida... más que mi vida, mi alma, quizá mi desgracia... una desgracia terrible... no importa... no importa... ¡la amo!

Casquetillo necesitó limpiarse el sudor que corria por su frente. La cartera le embarazaba.

—¡Ah! ¡esa carta!—exclamó;—ella me ha recomendado que la guarde... la guardaré... ella me guiará... yo haré lo que ella me diga que haga.

Sobrevino en Casquetillo la calma que sigue á toda resolucion absoluta; se sintió con más dominio sobre sí mismo.

Entonces Dolores volvió á ponerse, como representando el dulce Angel de la guarda, entre él y Matilde. Volvió á perturbarse Casquetillo: Dolores luchaba en su alma con Matilde. Dolores reivindicaba sus derechos sobre el corazon de Casquetillo. Neutralizaba de una manera poderosa la atraccion, la fascinacion que por Matilde Casquetillo sentia. Empezaba una batalla reñida de éxito dudoso.

—Es necesario,—dijo Casquetillo,—que yo vea á Dolores, que la engañe, que la tranquilice... que no sufra por mí. Pero yo no debo presentarme á ella con este traje flamante, elegantísimo. La sorprenderia.—Casquetillo se quitó el traje que tenia puesto, y recobró su traje anterior por completo. Guardó la cartera. Salió, bajó, dió la llave del entresuelo al portero, y entró en el carruaje de alquiler que aún le esperaba. Se hizo conducir á su antigua casa.

CXXXVII

Era ya por la tarde. Dolores estaba inquieta. Sentia por Casquetillo una malestar, una preocupacion que no podia explicarse. ¿Y por qué esta inquietud? Casquetillo debia estar como de costumbre en la administracion del periódico. Pero no debia tardar. Se acercaba la hora de la comida, de una comida que no se habia preparado. Pero no importaba. Se comeria cualquier cosa. Dolores tenia un huésped, el señor Blas. Ya sabemos que éste habia subido con Dolores á la bohardilla.

La niña estaba muy agitada por una violenta excitacion nerviosa. Pero no sobrevenia el accidente. Dolores envió al señor Blas á buscar á su médico, y volvió con él al poco tiempo. Dolores le refirió lo que habia acontecido. El señor Blas le mostró el ástil de su violín contado por el rayo. Aquello era de todo punto curioso. Además

del fenómeno de haber dejado ileso la chispa eléctrica al señor Blas, el corte del ástil era de todo punto limpio, preciso, como hecho por un obrero práctico por medio de un instrumento apropiado. El médico declaró que parecía haber cesado el idiotismo de Carmen, que esto se comprobaría por la observación, y recetó una bebida calmante. El estado de la niña no ofrecía por el momento cuidado alguno. En sus exclamaciones inarticuladas se revelaba la voz, en su mirada la percepción y la reflexión, en su movimiento hacía la parte que resonaba un ruido se manifestaba el ejercicio de la facultad auditiva. Si aquel estado se fijaba, la curación era completa.

Dolores estaba ébria de alegría. Reía, lloraba, daba las gracias con toda su alma al Supremo médico, que había enviado desde las entrañas de la tempestad á su querida niña el medicamento que necesitaba para su curación. Se asombraba de los misterios de la Providencia.

¿Por qué había sentido la necesidad de acercarse á la tumba de los padres de Carmen? ¿por qué, á pesar de lo tempestuoso del día, había ido? La acción de la Providencia se revelaba claramente á Dolores. Tal vez la Providencia le enviaba también al señor Blas: á aquel hombre que había recogido á su madre, en cuya casa había nacido ella, había sido amparada después de la muerte de su madre y había vivido tres años. Para Dolores el señor Blas era un individuo de su familia. El único pariente, por decirlo así, que tenía en el mundo. El señor Blas lo comprendía esto de tal manera, que se sentía en su casa en la bohordilla de Dolores.

CXXXVIII

—Gracias á Dios,—dijo cuando se hubo ido el médico—que al fin encuentro un dulce lugar de reposo. Es necesario que yo me pure y acabe en paz el tiempo que me queda de vida. Aquí nos arreglaremos como podamos, á lo pobre. Yo soy un buen zapatero. El arte divino de la música no me ha hecho olvidar el oficio mecánico. Para ayudarte, porque yo no puedo ni debo pesar sobre tí, trabajaré, y con lo que se ahorre, después de cubrir lo necesario, compraré otro violín. Además, que será muy posible me admitan en una orquesta, aunque esta sea la del teatro Real, y que me adelanten para que me compre mi instrumento.

—¿Y cuánto se necesita para ello?—dijo Dolores.

—¡Bah! por lo pronto yo me arreglaré con veinticinco ó treinta duros,—dijo el señor Blas.

—Pues los tenemos,—dijo Dolores.—No hay necesidad de que usted se avergüence. Además, tenemos la necesidad de un traje. ¿A dónde se va usted á presentar que le atiendan con esa facha?

—Me vas á hacer llorar, hija mía,—dijo el señor Blas:—ya tengo mojados los ojos... y un consuelo en el corazón... Eres hermosa como tu madre, buena como tu madre.

—¡Oh, madre mía!—exclamó Dolores:—¿cuánto daría yo porque viviese!

—¡Ah! ella vivirá si no hubiese infames en el mundo,—dijo el señor Blas,—y tú no serías jorobada; porque tú te jorobaste en el vientre de tu madre cuando la pobre, lanzada por su casa por aquel miserable, aturdida, cayó rodando por las escaleras.

—La voluntad de Dios,—dijo con su dulce resignación Dolores;—no hablemos de eso... es demasiado triste. Pero usted tal vez no habrá almorzado.

—Sí, hija mía, sí. Antes de ir á la puerta del cementerio comí dos riquísimas tajadas de bacalao y un panecillo, y me tragué dos medios chicos. Esto es bastante para mí, bastante para veinticuatro horas. Aun me han quedado tres reales; así pues, mi situación no era mala. Tenía para tabaco y para pagar la cama. Además, hubiera ganado algo paseando mi admirable música por las calles, porque si no hubiese ido al cementerio, el rayo no me hubiera roto el violín. Un magnífico violín: cuando yo cantaba con él las seguidillas gitanas, se venían á mí volando las perrás chicas ó las piezas viejas que era un contento: cuando yo interpretaba á Bethóven ó á Mozart ó á cualquiera otro de los grandes maestros, por obligación, por respeto, por placer, porque yo no puedo pasarme todo un día sin adormirme en un trozo de grande ejecución, no me salía la cuenta; el grupo que me rodeaba era poco numeroso; no salía de él ni una partícula de dinero: pero cuando tocaba á grande efecto jotas, oles, jaleos, rondallas, habaneras, y sobre todo las gitanas, ¡oh! entonces granizaba el cobre, resonaba á cada paso sobre el empedrado; yo gano, yo gano, yo poseo el gran secreto, yo conmuevo el alma de los que me escuchan y la fundo en lágrimas ó la hago estallar en explosiones de entusiasmo... Con la *Marsellesa* sobre todo. Yo podía tener mucho dinero, mucho; yo he ganado el oro á ríos como concertista; á mí me han oído todos los soberanos del mundo, los de derecho divino y los de derecho popular; me han admirado todas las aristocracias, desde la de la sangre hasta la del talento: el vulgo se ha estremecido agitado por las ondulaciones de armonía de mi violín, como se conmueve el mar bajo las ondulaciones del viento; yo he producido tempestades de aplausos: pero y bien, los caprichos, los vicios, la bebida, el juego, el mal genio, la irascibilidad, una conducta deplorable, mi mala facha, que no he podido educar como mi entendimiento, como mi predisposición para la música, han cerrado para mí la escena y los salones, y me han arrojado á las plazas, á las calles. La prostitución del genio, como la belleza prostituida, se pagan á vil precio: ¡miseria! No se puede hacer la vida cómoda, la vida de las emociones, de los delirios: pronto se ve el fin de lo que no está en relación con las necesidades: siempre la fatiga y el afán: pero y bien, estoy en la segunda etapa de mi regeneración; el padre Pascual, revelándome el arte divino, la música, me inició en el sentimiento, educó mi alma, abrió para mí horizontes desconocidos, pero no me sacó de los vicios: tú, hija mía, lo siento, lo reconozco, acabarás la obra, me purificarás, me convertirás.

—¿Y quién es el padre Pascual?

—¡El padre Pascual! Una inmensidad, un abismo, un

sábido: una mómia viviente que cuenta más de siglo y medio, y en la que se conservan de una manera maravillosa todas las actividades del cuerpo y del alma. ¿Dónde diablos andará el padre Pascual? Debe haber cumplido ya su condena. Tenía dos años más que yo. Cuando salí del colegio, me olvidé de todo: me sonreía la fortuna; fui ingrato; por allá, en la *universidad*, el padre Pascual fué mi ángel. Desde que entré, antes de conocerle, me consoló: después de haberme puesto la condecoración académica y el traje reglamentario, me echaron á una galera; así se llaman aquellas admirables aulas donde el hombre más largo, el hombre que más sabe, se convence de que era un niño de pecho, un inocente, un *lililó*, y á poco que estudia se depura, se perfecciona y se afina como un coral: se ve que el mundo estúpido que no ha andado á puñetazos con las leyes, está en la infancia, en la barbarie; que no sabe una palabra de filosofía, y que entiendo por derecho lo que no es más que una *filfa* inaplicable, una monserga contradictoria y absurda, una convención que degrada, rebaja y esteriliza á los que se sujetan á ella y se pavonean con la calificación de hombres de bien. ¡Pobres idiotas, esclavos de su ignorancia! ¡criaturas dejeneradas, bastardeadas, envilecidas, sometidas al látigo!

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué moral señor Blas!—exclamó Dolores.

—Cada mundo tiene su moral especial, hija mía. Esta que yo te estoy manifestando, es la de los hombres fuertes, que no reconocen otro derecho que el de la fuerza; la de los desheredados sometidos por la fuerza colectiva: la moralidad del presidio.

—Acabemos, señor Blas:—dijo dulcemente Dolores:—si se trata de una sátira, la acepto.

—¿Quién sabe cuales son los destinos del hombre? ¿Quién sabe donde está la verdad?

—En el sentimiento, en Dios, en los preceptos de la Iglesia, en la resignación á la desgracia, en la esperanza que se funda en la justicia y en la misericordia divina: en la fuerza del alma,—exclamó con un fuego extraordinario de sentimiento y de fe Dolores.

—Bueno, bien,—dijo el señor Blas:—me encantas, hija mía; ya te he dicho que tú me convertirás, que tú acabarás en mí la obra del padre Pascual.

—Sí, sí, hablemos del padre Pascual,—dijo Dolores.

—¡Ah! ¡el hechicero, el mago, el filósofo, el artista!—dijo con el entusiasmo de la veneración el señor Blas:—un santo: yo le sentí antes de conocerle: la primera noche que dormí en la galera, allá tarde... muy tarde... yo estaba desvelado y acojonado: me acordaba de mi casita, de mi Paca... me acordaba de tí también, hija mía, con todo el amor de un padre; por que yo te había visto nacer, por que yo había gozado tu primer sonrisa, me había recreado con tu primer gracioso balbuceo, te había paseado mucho cantándote lo que se canta á los niños; yo te había visto profundamente dormida, soñando con los ángeles, junto al cadáver de tu madre, en cuyos ojos abiertos aun se veía la expresión del dolor y de la ansiedad por tí; y yo al cerrarla los ojos, exclamé: «Duerme tranquila, pobre víctima, que tu hijas mi hija.»

—¡Oh! ¡gracias, gracias con toda mi alma, por mi madre y por mí!—exclamó profundamente conmovida Dolores.

—Sí, sí; hay momentos en que el hombre espantado y conmovido por el no ser, por el dolor y por la desgracia, jura á Dios con la intención de su alma y Dios oye los juramentos que, por ser formulados por sí mismos, del alma brotan: yo tengo la obligación, la tengo, la tenía Paca de velar por tí... pero sucedió una desgracia, una verdadera desgracia: no lo hice yo, pero me pidieron la cuenta á mí; me echaron á presidio, y la Paca, por seguirme te metió en el Hospicio... yo lo sentí... lo sentí mucho... ¿pero qué hacer? Lo más terrible de las desgracias que nos suceden á los que tenemos familia, es que sus consecuencias alcanzan á inocentes.

—Pero la Providencia vela por los desventurados; en el Hospicio me han acostumbrado á la resignación, á la humildad, al trabajo.

—Pues mira, hija mía, esas tres virtudes tienen una fabricación de primer orden en el presidio; porque allí el que no se resigna revienta; al que no es humilde lo baldan, y al que no trabaja le arrean; y si no fuera porque allí se aprenden otra infinidad de cosas útiles, aunque no meritorias, del presidio al cielo. Yo no me puedo quejar: entré rudo, zafío, ignorante; he salido civilizado y filósofo: es más, me he iniciado en el maravilloso arte de la música y... ya me oiste en el cementerio.

—¡Magnífico, admirable!—exclamó con entusiasmo Dolores.

—¡Ah, sí! y sobre todo original: si el espíritu de Meyerbeer andaba por allí, debió morir de envidia: ¡á él que le gustaban tanto los grandes concertantes! ¡á él que tenía tanto colorido! El trueno era mi director y mi coro, todo á un tiempo: yo cantaba con la tempestad: te aseguro que no sentía el frío, ni la lluvia ni el viento: estaba trasportado, inspirado: particularmente en el momento en que el rayo vino á dejarme sin violín. ¡Oh! ¡si me hubiera oído en aquel momento el padre Pascual!

—¡Ah, sí, nos habíamos olvidado del padre Pascual!—dijo Dolores.

—No, yo no me había olvidado: es que como sobre un motivo he hecho á causa de él algunas variaciones: un poco de *fioriture*; pero al motivo me vuelvo. Estaba yo desvelado la primera noche que me cubrió el techo protector del presidio, y ya te lo he dicho: pensaba en mi libertad perdida, en mi pobre Paca, abandonada contigo á la miseria, y lloraba, lloraba tan amargamente como San Pedro debió llorar cuando negó á Jesús. Tenía el alma amarga, me desesperaba. No podía pegar los ojos.

Frente á mí había una gran reja abierta, á causa del calor, y por ella veía desde mi petate, en que me revolví sin poder coger el sueño, un gran pátio iluminado por la luna. Con algunos instantes de diferencia, algunos relojes de iglesia, aquí y allá, cerca ó lejos, dieron las dos. No se oía otra cosa que los ronquidos de los pícaros que dormían en la misma galera, y los pasos de un cen-

tinela que se paseaba acompasadamente en el pátio: todo desapacible, todo penoso, todo triste: de tiempo en tiempo rasgaba aquel silencio el vigoroso *¡alerta!* de los centinelas del recinto. Esto avivaba en mí el dolor de la pérdida de mi libertad: aquellos centinelas me guardaban.—De improviso, una melodía divina sonó lánguida, dulcísima, se dilató, creció: era un violín: yo no conocía lo que el violín cantaba: no lo conocía aun; después lo supe: era la *Plegaria del Moisés*. Yo me incorporé como atraído por aquella música incomparable. Poco á poco fueron cesando todos los ronquidos. Uno de los presidiarios que estaba despierto, había corrido la palabra para que todos despertasen. Poco después, más de cincuenta pícaros estaban agolpados á la reja y con el alma en los oídos. El centinela del patio había cesado en su paseo; todos, todos estábamos pendientes de aquel violín mágico.—¿Quién es ese que toca!—pregunté á uno de mis compañeros.—¿Pues quién ha de ser sino el padre Pascual?—me respondió bruscamente.—Mientras duró la *plegaria* no se repitió el *¡alerta!* de los centinelas. No parecía sino que todos escuchaban y no querían mezclar su voz á la prodigiosa armonía que nos encantaba á todos. Cesó el violín y aun permanecimos algún tiempo en la reja. Después de una larga espera en que no se rompió el silencio todos se volvieron á sus petates: á poco se oían los insoportables ronquidos, la voz de los centinelas resonaba de tiempo en tiempo, las campanas anunciaban fatidicamente las horas y una corneta hacía oír de cuando en cuando su graznido. Me dormí al fin rendido, cerca del amanecer, para ser inmediatamente despertado por el tambor de la guardia que tocaba diana. Yo no me había olvidado del músico. Pregunté quién era el padre Pascual, y me dijeron que estaba allí por una causa de envenenamiento.

—¿De envenenamiento!—exclamó estremeciéndose Dolores.

—Sí, hija mía, sí;—dijo el señor Blas con la mayor naturalidad:—no se va á presidio por echar bendiciones. Aquel mismo día conocí al padre Pascual.

—¿Un eclesiástico!

—No, hija mía, no: á los eclesiásticos que delinquen los degradan para enviarlos á presidio y dejan de ser padres de almas. A aquel envenenador le llamaban padre por viejo. No he visto nada más viejo. Parecía que le habían desenterrado, y que la tierra de la sepultura se le había quedado adherida á la piel. En el momento en que me vió se vino á mí. Yo era una novedad.

—¿Cuándo has entrado?—dijo.

—Ayer,—le respondí.

—¿Qué te has comido?

—Dicen que he hecho una muerte.

—¿La de todos!—respondió:—ninguno ha hecho nada.

—Yo estaba entre Pinto y Valdemoro, cuando dí la mojada, le respondí, y no me hice cargo.

—¿Y qué oficio tienes?

—Zapatero.

—Bien, te rebajaremos y te llevaremos al taller,—me dijo.

Y me volvió la espalda. Me dijeron que el padre Pascual tenía vara alta en el presidio. Me rebajaron, en efecto.—Yo sentía un gran consuelo, cuando oía tocar el violín al padre Pascual. En fin, y por abreviar, hija mía, él me enseñó á leer y á escribir. Empeñó mi educación, me instruyó, me puso el violín en las manos. A los tres años era yo el artista que has conocido: á más de esto, instruido en un millon de cosas que yo ignoraba; trasformado, en una palabra.

CXXXIX

En aquel momento se abrió la puerta y apareció don Pedro: venía flamantemente vestido, hecho un señor. Había echado fuera esa especie de ruñera, esa especie de acobardamiento y de tristeza que acusan la miseria. Se comprendía al mismo tiempo en la cargazon de sus ojos y en la inseguridad de su paso que había bebido demasiado.

—¿Quién es este hombre?—preguntó de una manera agresiva al ver al señor Blas.

—Es mi segundo padre,—dijo con viveza y con solemnidad Dolores al ver que el señor Blas, que era algo más joven que don Pedro, hacía un movimiento para levantarse y ponía mala cara:—es el que recogió á mi madre abandonada, el que me crió y me tuvo en su casa mientras pudo.

—¡Ah, pues entonces todos somos de la familia!—dijo don Pedro;—lo celebro. Se vendrá con nosotros; haremos lo que se pueda por él.

—¿Y á dónde hemos de ir nosotros?—preguntó cuidadosamente Dolores.

—Hemos ascendido en posición,—dijo don Pedro:—somos ricos; por consecuencia, dejamos nuestros nidos de vencejo; descendemos sobre la calle: me caso, mi mujer es rica; reivindicó uno de los títulos de mi familia y tú, tú, hija mía, ocuparás á mi lado la posición que debes.

Todo esto lo dijo don Pedro con la lengua entorpecida, de una manera desentonada: estaba en un estado muy próximo de la embriaguez.

—Perdone usted, padre mio,—dijo dulcemente Dolores, pero con firmeza;—aquí murió mi pobre señora, aquí he sufrido yo y velado por su desgraciada hija, desde aquí veo la tumba de los padres de esa inocente; este es mi mundo; yo no saldré de aquí hasta que muera.

—Pero este no es tu padre,—dijo levantándose el señor Blas.

—Soy su abuelo,—dijo don Pedro.

—El padre del padre de esta,—dijo el señor Blas,—el conde de X, murió envenenado tres años antes de ir yo á presidio. Le envenenó el padre Pascual.

Pasó por don Pedro algo extraño, algo terrible. Una expresión de espanto apareció en sus ojos.

—¿Dios mio!—exclamó Dolores.

—Los abuelos maternos de esta,—añadió el señor Blas,—eran unos pobres aldeanos gallegos que murieron antes de que esta naciese. Yo sé muy bien esa historia. Usted no es su abuelo.

—Sí, sí, es verdad;—dijo don Pedro retrocediendo hacia la puerta.

—A no ser que,—dijo el señor Blas,—fuese usted el antiguo amante de la hermosa condesa de X.

—¡Por Dios, por Dios!—exclamó Dolores poniéndose entre el señor Blas y don Pedro.

El zapatero-artista había puesto muy mala cara.

—No, no,—exclamó don Pedro ya de todo punto desconcertado;—yo no soy su abuelo... yo no he conocido a la condesa de X.

Y de improviso escapó. El señor Blas se puso en movimiento para seguirle. Pero antes que él, llegó a la puerta Dolores y la cerró. Se oían los precipitados pasos de don Pedro por la escalera.

—Usted no se moverá de aquí,—dijo con firmeza Dolores.

—Bueno, bien, tiempo hay de sobra;—dijo el señor Blas;—yo espero, hija mía, que has de dejar de ser pobre, que has de ser lo que debes ser. ¿Pues para qué estoy yo en el mundo? ¿Para qué he venido a Madrid? ¿Para qué te he buscado?

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!—exclamó Dolores,—¡qué día tan terrible!

En aquel momento se abrió la puerta, y Dolores lanzó un grito de inmensa alegría. Acababa de entrar Casquetillo.

CXL

Venia pálido, preocupado.

Había tropezado rudamente en las escaleras con don Pedro; pero no le había reconocido. Eran aquellas escaleras como las de las antiguas casas de vecindad de Madrid, altas, estrechas y oscuras.

Había sobrevenido una ágría exclamación de Casquetillo, que había provocado una ronca réplica de don Pedro, cuya voz, además de estar alterada por la embriaguez y el miedo, era poco conocida del muchacho. Era muy nervioso, iba preocupado y le había irritado el encuentro.

—¿Qué hombre es este?—dijo al ver al señor Blas, cuya facha era muy poco a propósito para recomendarle.

En el semblante de Casquetillo había algo grave, algo denso, algo que indicaba en él un cambio de carácter y aun de sentimiento, que impresionó a Dolores y la hizo sentir una ansiedad vaga.

El señor Blas aparecía también atento y cuidadoso.

—Es él,—dijo Dolores,—el señor Blas, mi segundo padre, el que recogió a mi madre.

—¡Ah! ¡pero tú no me habías hablado de él! tú no tenías noticias de él! tú no te acordabas más que del Hospicio y vagamente de una mujer, de un zapatero, de una boardilla.

La expresión sombría de Casquetillo se había esclarecido un tanto.

—Me figuro,—dijo el señor Blas, cuya expresión aviesa se había dulcificado también,—que este es tu novio. Se coloreó súbitamente Dolores.

—Es mi hermano del corazón, como usted es mi padre del corazón,—dijo con la voz trémula.

—Y aunque fuera tu novio,—dijo el señor Blas;—las mujeres no tienen más guiso que casarse y me parece bien este chico.

Y tendió su mano a Casquetillo. El muchacho, que era espontáneo, estrechó sin reserva la ruda mano del presidario.

—Bueno, me alegro,—dijo Casquetillo.—Yo le doy a usted las gracias por lo que ha hecho por mi hermanita: más que si lo hubiese usted hecho por mí. Ya nos conoceremos. Supongo que usted se quedará con nosotros.

—Pues por supuesto,—dijo Dolores.

—Sí, en familia,—dijo el señor Blas.

—Me alegro,—dijo Casquetillo,—tanto más, cuanto que han variado mis circunstancias y no me será posible pasar la noche en casa.

Dolores se inmutó.

—¡Que han variado tus circunstancias!—exclamó.

—Sí, he encontrado mi familia.

—¡Tu familia!—exclamó con ansiedad Dolores.

—Sí, mi abuelo, ó mi bisabuelo, ó más allá todavía, porque es viejo, muy viejo,—dijo Casquetillo;—no te puedo decir más, no ha habido tiempo de explicarse: solo sé que mi abuelo se llamaba el padre Pascual.

—¡El padre Pascual!—exclamó el zapatero.

Una rápida, una poderosa, una elocuentísima mirada de Dolores le contuvo.

—Sí, el padre Pascual,—dijo con acento incisivo Casquetillo, para quien no había pasado desapercibida la mirada de Dolores;—¿qué tiene eso de extraño?

—Nada,—dijo el señor Blas;—un clérigo es un hombre, y puede muy bien tener nietos.

—No es clérigo,—se apresuró a decir Casquetillo;—le llaman el padre Pascual por su grande ancianidad. Pero vamos al negocio. Ha sido una casualidad. Un encuentro en la calle. Mi abuelo me reconoció porque me parezco, según me ha dicho, extraordinariamente a mi madre. Me ha hablado, me ha preguntado, ha adquirido la certidumbre de que soy su nieto... y ya ves... mi abuelo es muy rico, riquísimo... quiere que yo viva con él: además me ha recomendado eficazmente a un amigo suyo, al director del *Espectador*, y se me ha dado una plaza en la redacción: una plaza importante.

A pesar de sus picardías, Casquetillo menta con un gran trabajo, y tenía reventando de lágrimas los ojos.

Abarcaba con una mirada indefinible a Dolores, que aparecía admirable por su serenidad, por la fuerza de voluntad con que dominaba la horrible angustia que sentía.

—La suerte se ha cansado de atormentarnos,—dijo Casquetillo;—toma, Dolores, toma, no te privas de nada... somos ricos.

Y sacó su cartera, a la que había pasado los dos billetes de cuatro mil reales que contenía el rico portamonedas de Matilde.

Una mirada, que hubiera podido llamarse de garfio, partió rápida, profunda y apenas perceptible de los ojos del galeote, y fué a agarrarse a la cartera de Casquetillo.

Dolores tomó con una mano, distraída, los dos billetes que la daba Casquetillo:

—Bueno, bien,—dijo acreciendo en serenidad;—así podremos ayudar eficazmente a la completa curación de la niña.

Y aún tuvo fuerzas para sonreír.

—¡Ah! Sí, sí, la pequeña,—exclamó distraído Casquetillo;—la llevaremos al extranjero, buscaremos a los médicos más hábiles del mundo, pagaremos su ciencia a peso de oro. ¿Y dónde está?

—Duerme,—respondió Dolores.

En efecto, Carmen dormía de una manera profunda y tranquila.

—¡Y desde ahora vas a vivir con tu abuelo!—dijo Dolores con un acento dulce y en la apariencia confiado.

—Sí, es necesario,—dijo Casquetillo;—y ya ves, Dolores, la Providencia nos protege; ha venido el señor.

—Es mi segundo padre,—dijo Dolores.

—Bien, usted se quedará con ella, ¿no es verdad?—dijo ardientemente Casquetillo.

—Pues por supuesto, ¿quién lo duda?—dijo el señor Blas.—Yo me consagro con todo mi corazón a ella... a vosotros... y yo os lo aseguro, todo irá bien, mejor que pensáis.

—¡Ah! Pues entonces...—exclamó con la voz insegura Casquetillo;—perdóname, Dolores... pero mi abuelo me aguarda... necesitamos explicarnos... yo volveré...

—Sí, sí, véte, véte,—dijo Dolores, que comprendía que su situación del momento agobiaba a Casquetillo; que para sí misma necesitaba libertad para entregarse a su situación: que no podría ya sostener por más tiempo su aparente calma.—Hasta mañana.

Y se levantó y le dió la mano.

—¡La primera vez que Dolores daba la mano a Casquetillo.

La mano de la niña ardía, temblaba, estrechaba con una fuerza extraordinaria la de Pedro; parecía que quería retenerle: que temía perderle para siempre.

Casquetillo apretaba de igual manera la mano de Dolores.

Su emoción se hacía sentir poderosa, inmensa.

—Adios, adios,—dijo:—yo volveré, tal vez esta misma noche.

Y se fué, olvidándose de saludar al señor Blas y sin cuidarse de Carmen, que continuaba durmiendo tranquilamente.

CXLI

Dolores permaneció inmóvil, como sobrecogida, mientras se oyeron los precipitados pasos de Casquetillo, que parecían los de uno que huye.

Caía la tarde. Un rayo del sol poniente, penetrando de soslayo por la claraboya de la bohardilla, iluminaba parte de la megilla izquierda de Dolores, é iba a caer sobre el dormido semblante de Carmen.

El fondo gris de la bohardilla hacía destacar el hermoso perfil de Dolores, produciendo un efecto encantador y conmovedor de una manera punzante, por el sentimiento de desolación, de agonía, que idealizaba la dulce belleza de Dolores.

Los billetes de Banco que ella había abandonado distraída sobre su falda, habían caído cuando se levantó y estaban en el suelo a sus pies.

¿Qué le importaban a ella en aquel momento todos los tesoros del mundo?

CXLII

Cuando se hubo extinguido el ruido de los pasos de Casquetillo, Dolores se estremeció, se irguió y exclamó: —¡Ah, yo sabré todo lo que se pueda saber! ¡yo haré todo lo que se pueda hacer!

—Nada temas,—la dijo el señor Blas con la voz ronca:—no sufras: voy creyendo que me ha traído Dios: el padre Pascual es mío.—Toma, toma eso y guárdalo,—añadió recogiendo los dos billetes que estaban en el suelo:—eso es muy poco; tú eres inmensamente rica.

Dolores rechazó los billetes.

—Guárdelos usted,—dijo.

El señor Blas guardó los billetes con una indiferencia que le hacía honor.

—¡Poco, muy poco!—murmuró para sí:—en la cartera debe haber algo de mucho más valor: la abrió como quien se recata: aun así, yo he pescado una cosa como retrato de mujer.

CXLIII

Dolores, cuya excitación iba en aumento, se había puesto su manto: se había arreglado rápidamente para salir.

—¡Vas a seguirle?—le preguntó el señor Blas.

—¡Ah, no!—contestó Dolores:—voy... yo sé a dónde voy. Mire usted, la niña duerme. Cuide usted de ella; si cuando despierte extraña verse sola con usted, llame usted a la vecina de al lado, a Marta. ¡Ah! espere usted.

Y fué a la cómoda, la abrió, tomó un dinero y lo dió al señor Blas.

—¡Y para qué esto?—dijo con extrañeza el zapatero.

—Usted no ha comido, yo puedo tardar; que Marta le traiga a usted de comer.

—No te olvides de nada, hija mía,—dijo dominado por la irresistible magia de Dolores el señor Blas;—pero nada temas, nada... ni por él, ni por tí... ni por tu amor... él te ama... te ama... y yo... yo... ¡El padre Pascual es mío!

—¡Adios! ¡adios!—exclamó Dolores.

Y fué a la cama, y besó levemente, por no despertarla, a Carmen.

—¡Ah! ¡hija de mi alma!—exclamó.

Y rompió en llanto.

Luego ganó la puerta y salió.

CXLIV

—Pues no he podido llegar a mejor hora,—dijo el señor Blas, ni llamado con campanilla.—¡Dios! ¡Dios!

¡Bah! ¡Y quién duda que hay en los cielos un Dios! Bueno, bien, sí: esto marcha; pero yo necesito la cartera de ese buen mozo, y la tendré.

Se había operado un cambio en el señor Blas.

Una expresión profundamente reflexiva había aparecido en sus ojos. El ruido de los ligeros pasos de Dolores se había perdido en la profundidad de las escaleras. La tarde se extinguía. Empezaban a sentirse ya las primeras vaguesidades del crepúsculo. El fondo de su bohardilla aparecía envuelto ya en una penumbra.

De improviso sonó un ruido leve, que fué acreciendo.

Eran pasos en las escaleras: pasos de mujer, á juzgar por un crugimiento, semejante al que produce una falda de seda.

Aquel ruido se oyó al fin distintamente; cesó, de pronto, á la puerta de la bohardilla. Sonó en ella un golpe mesurado. El señor Blas salió de su abstracción, se levantó y abrió. En la puerta apareció una dama. Aquella dama era Matilde.

Al ver al señor Blas se sorprendió.

—Debo haberme equivocado,—dijo:—yo buscaba a una jóven.

—¿Cómo se llama esa señora, si usted gusta?—dijo el señor Blas, que miraba de una manera profunda á Matilde.

—Dolores... sí, Dolores,—respondió ella.

—¿Es jóven esa jóven?

—No lo sé... pero aquí vive, además, un jóven que se llama Pedro.

—Sí, sí, señora: no está Dolores en casa: acaba de salir.

Matilde pareció vivamente contrariada.

—Y bien,—dijo,—volveré mañana.

—¿Quién la diré que ha venido á buscarla?

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará.)

REVISTA ESPAÑOLA.

El régio enlace.—Un dilema.—Las alianzas posibles y la elección acordada.—Las reformas en Cuba.—Martínez Campos y la mayoría.—La lógica y la política.—Los constitucionales al poder!

Desde el último Consejo de ministros celebrado en la Granja, el proyecto de union entre Don Alfonso XII y la archiduquesa María Cristina de Austria, ha entrado en la esfera de las discusiones estrictamente constitucionales, como cualquiera otro acuerdo del Gabinete responsable. Su aspecto político, los actos del Gobierno, ya en la preparación de aquel acontecimiento anunciado, ya en las estipulaciones relativas á lo porvenir, no pueden ménos de ser objeto de libre debate, mientras la ley de imprenta no formule por modo categórico los dos preceptos que viven en la mente de los conservadores: callar y aplaudir. Sin embargo de este perfecto derecho, la mayoría en la prensa y en los partidos rehuyen el ocuparse en los problemas relacionados con el proyecto. La costumbre de temer, el instinto de conservación siempre despierto ante las mallas elásticas de una fiscalización suspicaz, el alejamiento de elementos vitales y partidos poderosos de toda política de presente, y la atonía é indiferencia creadas por el exclusivismo conservador en el espíritu público, así en las masas populares como en las aristocracias de la inteligencia y del capital, han logrado que apenas se entablen discusiones sobre un suceso que en toda monarquía reviste excepcional importancia, y de esta suerte, la opinión ha seguido más curiosa que preocupada los incidentes más nimios de los preparativos del suceso, olvidando cuanto ofrece interés político ó representa una idea de trascendencia, como base justificativa del proyecto hoy ministerial.

Cien descripciones fueron trazadas de la faz, del tocado, del gallardo talante de la ilustre princesa: sabe España hasta el tornasol de sus cabellos, la color de las cintas del sombrero y la piel delicada de los guantes que usa: no perdonó algún corresponsal esfuerzo ni molestia los días pasados hasta que logró enterar á su patria del precio de las ricas telas para regalos de boda y las menudencias más íntimas preparadas para el régio menaje. Y cuando tanto sabe el país, aún no ha tenido espacio para apreciar lo que gana ó lo que pierde con la union austro-hispana aconsejada por los ministros de la Corona. La atención pública se ha fijado en los episodios siempre interesantes de los preparativos de una boda, en que por la elevada esfera de los novios aparece el amor con especialidad atractiva; los que en el futuro matrimonio ven un asunto de Estado han guardado silencio receloso ó indiferente. ¡Pobre y desconsolador cuadro de las poquedades de la opinión y las demasías de los gobiernos!

El camino de las restricciones y de las suspicacias agobiadoras habían de traernos á tan misérrimo estado: parece que con la libertad fueron al ostracismo las manifestaciones vigorosas de la inteligencia y de la razón: el fuego que encienden los ideales, no deshace el hielo de la indiferencia: el lenguaje de la fantasía habla solo, y los entusiasmos que alegran curiosidades femeninas tienen el monopolio de la espectación pública.

Pero los matrimonios de los reyes, replica una gran parte de la prensa oficiosa, han perdido ya el carácter trascendental de otros tiempos: ageno, por lo tanto, á la política internacional el próximo á realizarse en España, es un acto privado del mo-

narca, en el cual el Gobierno sólo se propone la dicha doméstica del rey y el asegurar herederos directos á la corona, sin que se haya tomado más trabajo el Consejo de ministros que consultar las inclinaciones y los afectos particulares del jefe del Estado. Si esto fuera así, los partidos conservadores se verían precisados, no sólo á declarar en quiebra sus doctrinas y su fé respecto al concepto que tienen de la institucion monárquica, sino que también á hacer graves y profundas concesiones al espíritu democrático y á los principios revolucionarios de nuestros días.

Digno de nota viene siendo tal espectáculo. Cuando en sus teóricos ensayos la revolucion estableció una monarquía democrática,—no juzgamos sus glorias ni sus desaciertos,—los estadistas conservadores, los que luego capitanearon las mudanzas restauradoras, impugnaron con gran clamor aquel sistema, y ni los respetos al principio de autoridad ni el prestigio que para ellos en sí debía tener, pudieron contenerlos dentro de las conveniencias y acatamientos debidos. Privar á la Monarquía de su esplendor, exclamaban, ¡qué delirio! Rebajar la condicion del soberano á la modesta esfera casi de la vida privada, negar las consecuencias intrínsecas á la régia institucion, arrancar á los pueblos el prestigioso respeto de los sentimientos tradicionales y despojar el oficio de rey de aquella religion y culto del principio autoritario, decian á toda hora, equivale á una disolvente parodia en que es de caña el cetro, de espinas la corona y el trono como el balcon del pretorio, lugar de exhibicion ante los juicios desaforados de las muchedumbres tumultuarias. Otro concepto tenían de la Monarquía: el Sinaí habia de humear y relampaguear por do quiera: la zarza de Horeb habia de arder sin consumirse: la chispa eléctrica consagrada á transmitir el pensamiento humano pareciale concepto vulgar y prosaico, y solicitábanla con la grandiosidad amenazadora del rayo.

Ha llegado su época, y si el Rey se casa se apresuran á negar trascendencia política al enlace: si se apunta la posibilidad de alianzas á ese propósito, son ellos los primeros en proclamar que la eleccion de reina es un acto privado de los sentimientos del monarca. Si este un día desea emprender un viaje al extranjero, el Gobierno aconseja la partida y la ausencia del jefe del Estado sin precauciones, dejando á Dios y á la ventura las contingencias posibles de tal acto como si se tratara de la persona menos necesaria en el país. Si la ley ha creado el delito de lesa majestad y ha extremado la sancion penal contra la más leve ofensa inferida al jefe del Estado, es porque lo considera de tanta importancia para la paz del pueblo que necesita dar garantía extraordinaria y prendas excepcionales de seguridad á su persona inviolable. Ahora bien, desde que el rey salvó la frontera pirenaica y durante todo el espacio de su residencia en territorio francés, ha estado despojado de aquella garantía, ha vivido sujeto al derecho comun de la vecina república.

Es decir, que una injuria penada aquí con tremendo castigo, hubiera podido ser proferida allí casi impunemente, y un atentado fracasado, que aquí trajera en pos de sí la última pena, allí habria sido objeto de prision correccional. La cuestion que se presenta para la responsabilidad del Gobierno es incontestable: ¿cree innecesarias las garantías con que nuestros Códigos defienden la persona del monarca? Y si las juzgan imprescindibles, ¿cómo han podido aconsejar sin grave culpa, que el jefe del Estado haya permanecido sin aquella égida y sin otro amparo que la ley comun de una república extranjera, esencialmente enemiga de tronos y coronas?

Tanto fermentó en sus ánimos la levadura revolucionaria, que al restaurar la monarquía secular y sus antiguos y esenciales atributos se sometieron á gran parte de los procedimientos que condenaron: parece que ponen especial empeño en privar á la institucion, centro de gravitacion de sus ideas, de la atmósfera lumínica de los antiguos prestigios.

Hacen viajar al rey fuera del país como otro ciudadano cualquiera: proyectan casarlo sin consultar otro interés que las aficiones del joven monarca; y hasta de la aristocracia, cohorte indispensable y auréola brillante de los tronos, llega un momento en que el presidente del Consejo de ministros formula leal y sangrienta censura, diciendo que á su vuelta de Cuba «no conoce ya á nadie por su nombre.»

Pero ni áun escudándose el Gobierno con la razon de que se ha propuesto en el régio enlace rehuir toda inteligencia ó compromiso internacional, puede evitar la discusion bajo el punto de vista del alcance político que tiene aquel proyecto. No ya en España, donde la Constitucion vigente atribuye tan amplias facultades al poder real, y donde la adulacion de los aspirantes al mando estimula el imperio de las influencias personales, sino en todos los países y los tiempos se han repetido innumerables casos en que las simpatías de familia trascendieron con eficacia extrema á los asuntos de Estado. Ante contingencias de tal linaje, y en todo aquello que las bodas reales pudieran influir en las relaciones de España con otras Cortes, el Gabinete no tiene derecho á reclamar los plácemes del país por la union acordada. La alianza austriaca nada significa ni representa para el desarrollo de nuestra política internacional ni para la reconciliacion solicitada por los constitucionales entre la dinastía y las conquistas del derecho moderno.

La princesa Beatriz de Inglaterra habria sido

prenda firmísima de la libertad religiosa, vínculo de amistad con la gran potencia marítima que siempre hallamos en nuestro camino. La princesa Amelia de Bélgica habria traído como ráfaga refrigerante la memoria y el ejemplo de un país y de una dinastía, modelos de constitucionalismo: la hija de los condes de París completaba la union de las dos ramas de la familia Borbon, sin el inconveniente que la anterior boda ofrecia respecto á la participacion del duque de Montpensier en los acontecimientos de 1868: una princesa alemana, con la amistad del gran imperio, nos habria facilitado el acceso en las trascendentales combinaciones de la política que rige el curso á los sucesos del mundo y que no descansará hasta recomponer por completo el mapa de Europa.

La union austro-española ¿qué representa? ¿qué trae? Al interior, la influencia de aquella familia imperial, centro del legitimismo europeo y foco de las tendencias feudales y góticas del pasado: en nuestras relaciones extranjerias, la amistad de una nacion en el ocaso de viejos esplendores, minada por el antagonismo de razas incompatibles bajo un mismo cetro y sujeta á la voluntad omnipotente de su implacable vencedora de Sadowa.

Alemania le prohíbe toda influencia sobre la raza germánica, Italia sostiene viva la amenaza de consumir las mutilaciones empezadas arrebatándole los últimos súbditos de la raza latina; y oprimido el antiguo sacro imperio por el Norte y el Occidente, le queda por toda empresa presidir y costear los funerales de Turquia en beneficio de otros herederos más poderosos; le queda el asistir á esa liquidacion de razas, de religiones y de pueblos siempre amenazadora y jamás conjurada en la península de los Balkanes, participando de los riesgos y de las ruinas, no de la presa y el botín de la victoria. ¿Qué representa Austria en la política occidental? ¿Qué en las relaciones con el nuevo mundo? ¿Qué en la influencia europea sobre el Africa? ¿Qué respecto al poder colonial de nuestro archipiélago asiático?

Así, pues, si el proyecto del Consejo de ministros se ha inspirado en un pensamiento político, en un interés nacional, preciso es convenir que el acierto no ha correspondido á sus deseos; pero si, por el contrario, como asegura la imprenta oficiosa, en todo se ha pensado menos en la trascendencia política é internacional, contrae el Gobierno dos grandes responsabilidades; una respecto á sus deberes monárquicos al quitar toda importancia á uno de esos actos que hacen época en las dinastías, y otra más grave aún para con la patria, cuyas conveniencias é intereses no ha tenido en cuenta ni ha hecho presente en esta ocasion al jefe del Estado.

Mayor gravedad, sin embargo, envuelve en sí la cuestion magna del momento: el problema de las reformas en Cuba.

Cada correo que llega despierta por modo prodigioso las impresiones y los sentimientos aletargados en esta inercia de los enrarecimientos doctrinarios.

Las nuevas recibidas, á unos sorprenden, á otros estimulan, á otros espantan, á los de más allá aturden ó regocujan. En la Península yace la democracia, cual nuevo Segismundo, desposeída de su derecho y secuestrada entre las prisiones de la torre: en la grande Antilla las huestes democráticas formulan las más atrevidas y absolutas afirmaciones. El eco de su potente voz produce en este hondo y prolongado silencio el efecto de un trueno en un oido enfermo por la falta de uso. ¿Aquellos remotos ecos de la tempestad son el adiós de las agitaciones pasadas ó el anuncio providencial de posibles turbulencias? Grandes son á las veces los peligros de la verdad; pero mejor es arrostrarlos que dejarse seducir en un reposo fingido por los halagos de una holgada ignorancia.

La cuestion cubana se halla envuelta para la prensa y los políticos españoles en un doble círculo de sombras que nadie osa despejar con mano varonil. Arca santa del patriotismo, muchos tiemblan comprometer sagrados intereses si á ella se aproximan: la incertidumbre de lo que es lícito decir amedrenta el instinto de conservacion en los más, y no faltan quienes, incapaces de luchar con los obstáculos, se encierran en el recurso pusilánime de los aplazamientos.

De aquí resulta que, próxima una legislatura en que las reformas para las provincias cubanas van á discutirse y habrá que plantearlas con urgencia evidente, no se sabe de un plan combinado y concreto: ignórase si el mismo Gobierno tiene acordado su proyecto: la Junta consultiva nombrada en dos emisiones, aún no se ha reunido ni es fácil conjeturar si sus individuos presentarán varios proyectos ó si vendrán siquiera á convenir en uno. En fecha no lejana—fines de Julio próximo anterior—cantidad de representantes de Cuba consignaba en un solemne Manifiesto que aún no se habia formado un plan preciso ni entre ellos ni en los partidos militantes de la gran Antilla.

Mientras las vacilaciones y las incertidumbres impiden aquí todo consejo y determinacion decisivos, allá entre los partidos insulares se desarrollan con los entusiasmos de la novedad los principios más radicales y las tendencias más extremas. El partido que hasta aquí se llamó liberal, acaba de realizar una profunda evolucion y se ha declarado autonomista. Hora es de que los hombres de gobierno hablen, y los partidos que asumen las responsabilidades de nuestra época pongan de una vez sobre el tapete lo que hoy apa-

rece como problema, para que mañana no tome las proporciones de conflicto.

Los consejos de una gobernacion restrictiva y resistente en la isla son fáciles de formular, imposibles ya de cumplir. Tras los infinitos y luminosos informes dictados en todo tiempo pidiendo reformas y libertades para la hermosa Antilla, no caben promesas, sino actos; no esperanzas, sino garantías de sus derechos é intereses. La cuestion no se plantea en la esfera de lo conveniente, sino en el terreno de lo posible. Inútil es que se formulen proyectos autoritarios, ni que se ensayen términos medios que aplacen ó desvirtúen las reformas: hay que aceptar la realidad tal como es, y esta vez la realidad es la justicia.

Dos soluciones se presentan y fuera de ellas no queda camino práctico: la asimilacion y la autonomia: ambas ofrecen sus peligros, mas en término perentorio tiene España que optar por uno de los dos problemas. Pero aún las reformas políticas no dividen tanto á la mayoría conservadora-liberal como el problema de la abolicion de la esclavitud: la asimilacion política será sostenida con más ó menos transacciones por el partido imperante; la cuestion social, por lo mismo que representa grandes intereses, será la tea de la discordia que devore la union y disciplina en las mayorías parlamentarias.

El general Martínez Campos se halla en este punto combatido por las más opuestas tendencias: hombre de corazon y acostumbrado á abarcar como insigne táctico con una mirada la situacion del campo de batalla, comprende que Cuba sólo puede vivir con leyes y costumbres democráticas; en tal conviccion no sólo las inauguró, sino que prometió solemnemente completar el régimen, cuyas primicias le dieron tan inmensa popularidad.

Pero llega á la Península y para sostener las intituiciones á que habia consagrado su brazo y su corazon, no ve más que un sólo partido que no le inspire desconfianzas: el partido conservador-liberal. Gobierna con él, pero con él no puede cumplir los compromisos de Cuba. Allí ha sido el libertador, el jefe del movimiento democrático; aquí la espada de la reaccion y el jefe de las fuerzas conservadoras. ¿Es sostenible esta incompatibilidad de criterio? Al general Martínez Campos le parece excesivamente dilatoria la abolicion gradual de la ley Moret: sueña en la abolicion inmediata y resolviendo recursos en su mente, recuerda el procedimiento seguido en la Jamaica, trasformando la esclavitud en patronato.

En la mayoría se levantarán enemigos defensores del capital y de los derechos adquiridos buscando tréguas y moratorias que anulen toda reforma abolicionista de rápida eficacia. Llegará el momento en que el general presidente tenga que optar entre su propio criterio y el criterio de su partido. Hermanar ambos sistemas es lo absurdo, y en pos de lo absurdo se levantan siempre las grandes catástrofes nacionales.

La monarquía de derecho divino protegió en el siglo pasado con el apoyo de Francia y España la independencia de la república Norte-americana, y la lógica impuso bien pronto sus inflexibles y fatales consecuencias, derribando el trono de San Luis y llevando el incendio de la rebelion invencible al vasto imperio colonial de la Corona española. En nuestros mismos días ha sostenido sangrienta lucha el Imperio moscovita por redimir la nacionalidad búlgara y dotarla de libertades que niega al pueblo ruso. Las glorias militares han sido olvidadas en seguida, y las luminarias de las victorias han sido pronto oscurecidas por los incendios del nihilismo. El desnivel en la política produce inundaciones más devastadoras que el desnivel de las aguas que se rompen en torrentes y en cataratas.

Sostener la democracia en Cuba y la reaccion en España es tan imposible como privar á Cuba de las libertades allí recientemente planteadas. La lógica es la ley fatal de la política, y no impunemente se infringen sus preceptos. Lo que la ciencia de la razon acusa como absurdo, en la vida de los pueblos se llama expiacion, nihilismo en Rusia, socialismo en Alemania, commune en Francia, canton y guerra civil en España, desolacion, sangre y ruinas en todas partes.

Y esa lógica que impide al general Martínez Campos continuar la política conservadora en la Península, impone con el planteamiento de la cuestion de Cuba un cambio radical en el Gobierno: la renovación de la política en las esferas del poder. Renunciar á la libertad es renunciar á Cuba: y el partido liberal conservador no tiene fuerza ni voluntad para gobernar con libertades. Para los altos directores de la política imperante, se aproxima la crisis suprema en que optar por la paz y los intereses públicos ó por los consejos de su última desesperacion; por entregar el poder al partido constitucional.

ANDRÉS MELLADO.

Han sido nombrados para la Comision que ha de informar sobre los proyectos de ley que se someterán á las Cortes, respecto de Cuba, el conde de Casa Moré, don Felipe Lima y Renté, D. Francisco Loriga, D. José Güell y Renté y Marqués de Aguas Claras, senadores; y los diputados á Cortes, D. Antonio Daban, D. Francisco Gumá y D. Francisco de los Santos Guzman.

ANUNCIOS.

BANCO DE ESPAÑA.

Nota de las obligaciones del Banco y del Tesoro, serie exterior, que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las bolitas que representan los lotes.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.	Numeracion de las bolitas que representan los lotes.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.
20	Del 1.901 al 2.000	2.497	Del 249.601 al 700
57	5.601 700	2.544	254.301 400
88	8.701 800	2.636	263.501 600
112	11.101 200	2.653	265.201 300
201	20.001 100	2.675	267.401 500
241	24.001 100	2.685	268.401 500
336	33.501 600	2.699	269.801 900
360	35.901 36.000	2.717	271.601 700
413	41.201 300	2.719	271.801 900
491	49.001 100	2.759	275.801 900
552	55.101 200	2.801	280.001 100
561	56.001 100	2.802	280.101 200
566	56.501 600	2.864	286.301 400
571	57.001 100	2.991	299.001 100
744	74.301 400	3.073	307.201 300
806	80.501 600	3.143	314.201 300
810	80.901 81.000	3.184	318.301 400
831	83.001 100	3.240	323.901 324.000
866	86.501 600	3.370	336.901 337.000
923	92.201 300	3.441	344.001 100
932	93.101 200	3.468	346.701 800
935	93.401 500	3.518	351.701 800
964	96.301 400	3.729	372.801 900
974	97.301 400	3.743	374.201 300
980	97.901 98.000	3.765	376.401 500
1.023	102.201 300	3.871	387.001 100
1.025	102.401 500	3.915	391.401 500
1.031	103.001 100	3.946	394.501 600
1.038	103.701 800	4.067	406.601 700
1.232	123.101 200	4.134	413.301 400
1.312	131.101 200	4.141	414.001 100
1.369	136.801 900	4.268	426.701 800
1.454	145.301 400	4.346	434.501 600
1.457	145.601 700	4.438	443.701 800
1.509	150.801 900	4.447	444.601 700
1.518	151.701 800	4.609	460.801 900
1.543	154.201 300	4.654	465.301 400
1.733	173.201 300	4.752	475.101 200
1.856	185.501 600	4.770	476.901 477.000
1.894	189.301 400	4.827	482.601 700
1.956	195.501 600	4.828	482.701 800
2.094	209.301 400	4.850	484.901 485.000
2.426	242.501 600	4.862	486.101 200
2.428	242.701 800	4.936	493.501 600
2.487	248.601 760	4.992	499.101 200

Madrid 1.º de Setiembre de 1879.—El Secretario, Manuel Ciudad.—V.º B.º—P. El Gobernador, Secades.

Nota de las Obligaciones del Tesoro sobre la renta de Aduanas que han sido amortizadas en el sorteo celebrado en el día de hoy.

Numeracion de las bolitas que representan los lotes.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.	Numeracion de las bolitas que representan los lotes.	Numeracion de las obligaciones que deben ser amortizadas.
40	Del 3901 al 4000	1684	Del 168301 al 400
59	5301 900	1755	175401 500
63	6201 300	1827	182601 700
65	6401 500	1835	183401 500
152	15101 200	1931	193001 100
153	15201 300	1968	196701 800
210	20901 21000	2008	200701 800
219	21801 900	2014	201301 400
424	42301 400	2030	202901 203000
439	43801 900	2226	222501 600
573	57201 300	2238	223701 800
624	62301 400	2389	238801 900
696	69501 600	2423	242201 300
755	75401 500	2439	243801 900
756	75501 600	2533	253201 300
863	86201 300	2555	255401 500
991	99001 100	2577	257601 700
1009	100801 900	2602	260101 200
1039	103801 900	2606	260501 600
1050	104901 105000	2639	263801 900
1275	127401 500	2685	268401 500
1287	128601 700	2825	282401 500
1432	143101 200	2840	283901 284000
1450	144901 145000	2874	287301 400
1489	148801 900	2893	289201 300
1494	149301 400	2918	291701 800

Madrid 3 de Setiembre de 1879.—El Secretario, Manuel Ciudad.—V.º B.º—Por el Gobernador, Secades.

Debiendo verificarse la corta de los cupones correspondientes á los depósitos constituidos en este establecimiento en obligaciones del Banco y del Tesoro, series exterior é interior del Tesoro sobre la renta de Aduanas y de los bonos, que vencen en 1.º de Octubre próximo, se previene á los depositantes que quieran retirar los referidos cupones en rama se sirvan manifestarlo ántes del día 10 del corriente para que deje de cortarlos el Banco.

Este establecimiento, sin embargo, cortará y cobrará el cupon corriente de los valores citados que se depositen con él hasta el 28 del actual.

Madrid 1.º de Setiembre de 1879. = El Secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

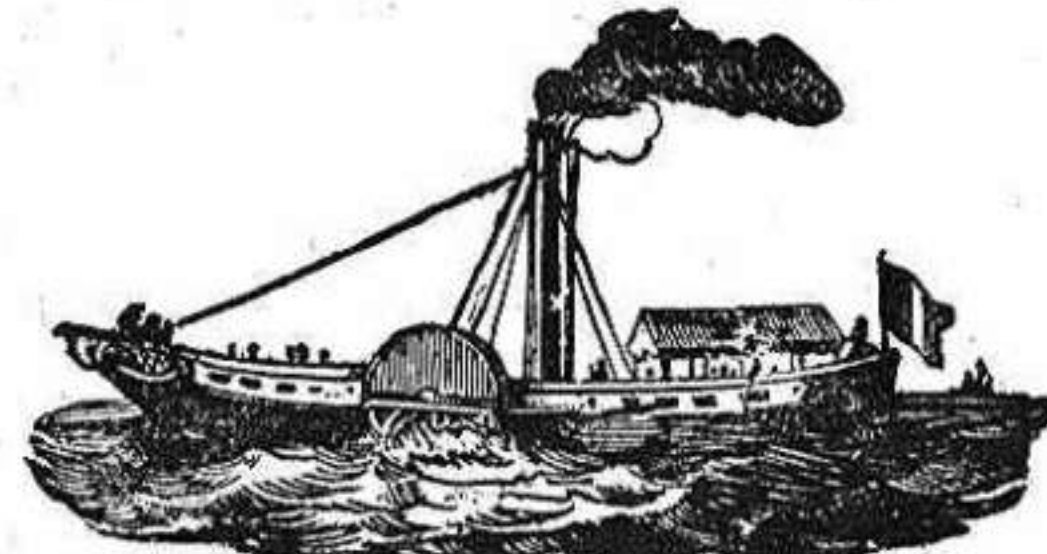
Situacion al 1.º de Agosto de 1879.

ACTIVO.		Pesos fuertes.
Caja.....		148.064'920
Gastos amortizables en ocho años.....		64.377'307
Gastos generales.....		124.280'248
Deudores.....		601.668'309
Emission de Obligaciones.....		493.915'753
Intereses.....		214.137
Bonificacion.—A los accionistas de la Peninsula..		170.653'169
Idem.—Sobre beneficios á los accionistas de Cuba.		3.602'400
Interés fijo al 8 por 100 anual á las acciones.....		900.000
Letras por negociar.....		666.771'100
Empréstito. { Pagars en depósito al Tesoro..... 750.000		
{ Idem en cartera... 28.938.883'140		29.688.883'140
Custodia... { De acciones..... 7.072.500		
{ De obligaciones.. 1.448.400		8.520.900
		41.597.253'346
PASIVO.		
Capital.....		15.000.000
Acreedores.....		1.112.555'316
Obligaciones en circulacion.....		4.331.300
Intereses del { Por cobrar..... 9.851.698'140		
empréstito. { Cobrados..... 1.970.001'540		11.821.699'680
Reserva de { Del primer año.. 50.482'612		
beneficios. { Del segundo año.. 57.288'538		107.771'150
Aumento de recaudacion por el 50 por 100.....		703.027'200
Depósitos.. { De acciones..... 7.072.500		
{ De obligaciones... 1.448.400		8.520.900
		41.597.253'346

Barcelona 29 de Agosto de 1879. = El Contador, P. Aleu Arandes. = V.º B.º = El Gerente, P. de Sotolongo.

En el sorteo de amortizacion de una serie de las obligaciones emitidas por esta Sociedad, ha resultado favorecida la letra S. En consecuencia, los tenedores de las obligaciones de la serie indicada, que resulta amortizada, pueden presentarse desde el día 1.º al 12 de Octubre á pedir las quinientas pesetas (500) importe del valor nominal de las mismas, á la vez que las siete pesetas cincuenta céntimos (7'50) á que asciende el cupon trimestral que vence en dicho día; en los términos del anuncio que se publicará oportunamente.

Barcelona 1.º de Setiembre de 1879. = El Gerente, P. de Sotolongo.



VAPORES-CORREOS TRASATLANTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1879.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA

salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.

Se expenden tambien billetes directos, vía de Cádiz, para SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana si se desea.

Más informes: en Cádiz, A. Lopez y Compañia.—Barcelona, D. Ripoll y Compañia.—Santander, Angel E. Perez y Compañia.—Coruña, F. la Guarda.—Valencia, Dart y Compañia.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Julian Moreno, Alcalá, 28.

EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.

CONTIENE:—1.º *Advertencia*.—2.º *Decretos y bandos sobre la paz y reconstruccion de Cuba*, publicados en la *Gaceta de la Habana*.—3.º *Constitucion de la Monarquia española*, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.º *Ley Municipal*, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.º *Ley Provincial*, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.º *Ley Electoral para Municipios y Diputaciones*

provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.º *Ley Electoral para diputados á Cortes*, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.—8.º *Ley Penal* para los delitos electorales.—9.º *Circular* de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecucion de la *Ley Electoral*.—10.º *Ley Electoral del Senado*, de 8 de Febrero de 1875.—11.º *Ley de Extranjeria*, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matriculas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12.º *Ley Moret*, de 4 de Julio de 1870, para la abolicion gradual de la esclavitud. Obra de actualidad, de unas 200

páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á *La Propaganda Literaria*, O'Reilly, 54.—Habana.

MANUAL DEL SECRETARIO

O PRÁCTICA DE OFICINAS

Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por

ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA. UN TOMO EN 4.º DE BILLETES 3 PESOS unas 100 páginas. fuertes ejemplar, franco de porte.

Indice de las materias que contiene: Invitacion á los Secretarios.—Certificacion.—Introduccion.—*Primera parte*.—PERSONAL.—Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.—Educacion.—Moralidad.—Dignidad.—Instruccion.—Actividad.—*Segunda parte*.—MATERIAL.—Oficinas.—Libros.—Documentos.—Oficios.—Cartas.—Informes.—Ordenes.—Decretos.—Consultas.—Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones, Indices y Registros.—Memorias.—Copias.—*Formularios*.—Citacion á junta.—Memorial.—Informe.—Oficio.—Certificacion.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificacion.—Otro memorial.—Exposicion al Rey.—Expediente para la construccion de obra nueva.—Solicitud para ser inscripto en la matricula de comerciante.—Invitacion.—Oficio para remitir un titulo.—De los Secretarios de los Juzgados de Paz.—De los Secretarios de los Institutos.—De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—Extractos de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA «LA PROPAGANDA LITERARIA» O'REILLY, 54,

CASA GENERAL DE TRASPORTES DE JULIAN MORENO CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE, Y UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMP.ª MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA SASTRES. 3. PUERTA DEL SOL, PRAL 3.

LA AMÉRICA Año XX.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre. En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

En PUERTO-RICO.—Señores Sanchez Enriquez.

En PARÍS.—E. Denne, librería española, 15, rue Monsigny.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª Caños, 1.